

Un compromiso anunciado

Un compromiso anunciado

Cuando Griffin Sinclair anuncio que Dora y él iban a casarse, ella se quedó muy sorprendida… ¡Sobre todo porque ni siquiera se lo había pedido! Griffin se había inventado aquel compromiso para evitar que su madre siguiera tratando de imponerle una novia y parecía que Dora no tenía más remedio que seguirle la corriente. Tendría que pasar mucho tiempo junto a aquel hombre tan atractivo, pero no le iba a resultar fácil, ya que llevaba años enamorada de él en secreto.

CAPÍTULO 1

LA CAMPANILLA de la puerta tintineó con la alegría acostumbrada, anunciando la llegada de un cliente. Pero aquel inocente sonido no podía avisarla de que Griffín Sinclair estaba a punto de irrumpir en su vida de nuevo.

—¿Izzy? ¡Izzy! Solo pasaba para... ¡Santo cielo, chica! ¿Qué demonios te has hecho? Tu prometido, mi querido hermano Charles, lleva casi un año muerto. ¿Es que nadie te ha explicado que los allegados a una persona fallecida ya no tienen que vestir de luto tanto tiempo?

La personalidad y franqueza de aquel hombre siempre la hacían sentirse incómoda, a pesar de que no lo veía desde el funeral de Charles, diez meses atrás.

— ¿Izzy, estás enferma? —le preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Izzy? —repitió con impaciencia.

—Dora —dijo finalmente en tono suave.

—¿Cómo? —Griffín estaba cada vez más enojado.

—Me llamo Dora —le repitió con firmeza, algo más recuperada de la impresión que le había causado el volverlo a ver—. ¡Y cierra la puerta si te vas a quedar! ¡Hay corriente!

Cerró la puerta y se acercó a ella.

—En primer lugar, nunca me ha gustado el nombre de Dora —dijo, desestimando con arrogancia su primera afirmación.

A Dora se le ocurrió que Griffin Sinclair parecía totalmente fuera de lugar en su librería. Llevaba unos tejanos tan viejos y descoloridos como las botas marrones que calzaba, una camiseta negra y una cazadora de cuero marrón. Pero, a pesar de la indiferencia que parecía mostrar hacia la ropa que vestía, la fuerza y el dinamismo de su cuerpo eran patentes, como un león que estuviera a punto de saltar sobre su presa.

Dora decidió que era el tipo menos ortodoxo que había visto en su vida. Tenía el pelo castaño dorado y mucho más largo de lo que lo llevaba la última vez que lo había visto. El largo de aquellos cabellos contrastaba con un rostro de facciones duras, que parecían talladas en piedra: el mentón cuadrado, los labios carnosos, la nariz recta y arrogante, y unos maravillosos ojos verdes.

En realidad siempre le había costado creer que Griffin fuera el hermano pequeño de Charles.

—No me parece que tenga importancia si te gusta o no mi

nombre, Griffin.

—Bueno, me encanta el nombre de Izzy —dijo deliberadamente despacio—. E Isadora me gusta bastante; el único que no soporto es Dora —hizo una mueca de asco—. ¡Es nombre de heroína de Dickens!

Griffin se dio una vuelta por la tienda con una expresión burlona en el rostro, que demostraba lo que pensaba acerca de los clásicos que los rodeaban.

—Dora es nombre de solterona y de mujer anticuada —añadió, después de mirarle la ropa que llevaba puesta—, Isadora es más elegante —Griffin continuó diciendo—. Pero Izzy… Bueno, Izzy ya es otra cosa —murmuró con admiración.

Dora se sonrojó de tal modo que el color de sus mejillas semejaba al de su cabello.

—Creí que habíamos acordado no volver a referirnos a eso nunca más —le soltó con aspereza.

Él se encogió de hombros quitándole importancia al asunto.

—Eso era antes. Ahora las cosas han cambiado.

—No para mí —lo interrumpió Dora.

Sus ojos verdes la miraron de nuevo de arriba abajo.

—Eso está claro —se burló, sacudiendo la cabeza con gesto reprobador—. Charles era mi hermano, Izzy, y como tal lo amaba pero también conocía sus fallos. Y hay algo de lo que estoy totalmente seguro… No era el tipo de hombre que inspiraría un amor tal que a su muerte provocara un duelo de por vida,

Dora lanzó una exclamación entrecortada.

—Eres tan…

—¡Por Dios, mujer! —continuó diciendo Griffin—. Incluso mi madre se ha recuperado del golpe que la muerte de Charles supuso en sus planes para perpetuar la fama de nuestro apellido. Y ambos conocemos su empeño en que Charles hiciera una buena boda; y en que siguiera los pasos de nuestro padre en la política y, al final, recibiera un título de sir —dijo Griffin haciendo una mueca de burla.

Pero Griffin no mentía. Dora siempre había sabido lo que Margaret Sinclair ambicionaba para su hijo mayor: que siguiera la carrera política que su padre había abandonado a su muerte veinte años antes. Y Dora Baxter, hija de un famoso catedrático de universidad hasta su jubilación hacía diez años, había sido la elección perfecta para Charles.

Desgraciadamente, Charles había muerto en un accidente de

tráfico hacía diez meses y con él todos los planes de Margaret. Y aunque a Griffin Sinclair le hubiera interesado la política, que no era el caso, no era de los que se dejaban moldear por las ambiciones de otra persona, y menos aún por las de su madre.

—Y además, estoy seguro de otra cosa —continuó diciendo Griffin—. Si en lugar de conducir él hubieras conducido tú y hubieras sido tú la muerta, él no te estaría guardando luto diez meses después. Pasado el tiempo de rigor habría empezado a buscarte una sustituta; y si no, lo habría hecho mi madre, para que Charles pudiera continuar con su carrera.

Dora sabía que en eso tampoco mentía y la crueldad de aquellas palabras acentuó la palidez natural de su rostro.

—¿Y tú, qué? —la provocó Griffin—. ¿Aún no te ha buscado tu padre un buen partido para poder moldearlo a su gusto?

Dora pensó en Sam, un médico con quien había salido varias veces durante aquellos últimos meses, y supo que no coincidía en absoluto con la descripción de Griffin. Sam estaba completamente dedicado a su trabajo; pero ocurría que Dora no sentía por él nada especial. Y sabía que a su padre, que tan solo lo había visto en una ocasión, no lo había impresionado demasiado.

—Sabes, estando tu padre y mi madre viudos los dos y siendo tan parecidos, no sé por qué no se casan; ambos son crueles, maquinadores...

—Mi padre murió la semana pasada, Griffin —Dora lo interrumpió en tono seco—. Por eso estoy de luto.

Por un instante se quedó perplejo y luego hizo una mueca irónica.

—¿Estás segura? ¿Lo comprobaste antes de que...?

—¡Griffin! —exclamó, sin poder dar crédito a la falta de consideración hacia su dolor.

Había pensado muchas cosas de Griffin, pero no que fuera una persona insensible...

—No entiendo por qué has odiado siempre a mi padre. ¿Qué te hizo, Griffin?

Que ella supiera, lo único que su padre había hecho era mostrarse contrario al estilo de vida del hermano de Charles.

Griffin representaba todo lo que su padre despreciaba en un hombre: no tenía un hogar fijo y trabajaba cuando le daba la gana. Y en cuanto a ese pelo... No, jamás le había gustado Griffin. Pero lo que no lograba entender era por qué este sentía lo mismo hacia su padre... Fuera lo que fuera, ambos hombres se habían odiado desde

el día en que se conocieron.

—Griffin, al entrar has dicho que habías venido a hacer algo —le recordó con firmeza—. Quizás te decidas a decirme de qué se trata y así podré seguir trabajando —lo miró fijamente con sus ojos grises.

Él echó una significativa mirada a su alrededor, hacia las estanterías que almacenaban principalmente libros encuadernados en piel.

—La tienda no está que se diga llena de clientes —dijo en tono seco—. ¿Qué vas a hacer con ella ahora que tu padre no está? Venderla, me imagino —asintió como respuesta a su propia pregunta.

—No tengo la intención de vender esta tienda —Dora saltó indignada—. Yo… tengo mis propios planes; quiero hacer cambios —añadió con cautela.

Aún le parecía algo irrespetuoso el hecho de hablar de hacer cambios en la tienda que había sido de su padre durante diez años, dado que tan solo llevaba diez días muerto.

Su padre había sido un hombre bastante difícil. Desde la muerte de su madre hacía diez años, cuando Dora, que entonces tenía dieciséis, estaba haciendo los exámenes finales del bachillerato superior, habían vivido solos los dos. Tras superar los exámenes, Dora se había dedicado a llevar la casa y a ayudar a su padre en la tienda, aplazando sus propios planes para ir a la universidad.

Así, con veintiséis años, Dora era finalmente libre para poder continuar con sus antiguos planes. Sin embargo, después de tanto tiempo le daba la impresión de que ya era demasiado tarde. Tenía la casa, y aquella tienda, y la intención de disfrutar de la vida. ¡A pesar de las burlas de Griffin Sinclair!

Verdaderamente era un hombre increíble. No parecía seguir ninguna de las convenciones por las que se guiaban la mayoría de las personas. Su comentario acerca de la muerte de su padre, por ejemplo, había sido tremendo.

—¿ Qué tipo de planes? —Griffin la observaba con los ojos entrecerrados—. ¿No me digas que estás pensando en convertir este lugar en un establecimiento del siglo XX?

Podía burlarse cuanto quisiera, pero sus planes eran solo asunto de ella y no pensaba discutirlos con él.

—Escucha Griffin, sé que esto te resulta difícil de creer —le dijo en tono provocador—, pero no toda la gente desea viajar por el mundo, sin un hogar, con una maleta de un lado a otro… Por cierto,

¿qué asunto tan importante te trae por aquí esta vez? —le preguntó.

Por la cara que puso, parecía que aquellas palabras lo habían molestado. Además, en realidad no estaba siendo demasiado justa con él. Lo último que había oído era que tenía un apartamento en Londres. Además, viajar era parte del trabajo de Griffin y siempre iba a hoteles de primera clase. Las guías de viaje que escribía tenían mucho éxito, y resultaban divertidas a la vez que informativas.

Claro que, en la tienda, no había ni un solo ejemplar de esos libros; su padre siempre había pensado que tales publicaciones estaban escritas en un estilo demasiado ligero y frívolo como para tomarlas en serio.

—Una crisis familiar —contestó con brusquedad—. Que por cierto me recuerda que... Oye —murmuró en voz baja al oír sonar la campanilla que había sobre la puerta—, me pondré a mirar los libros como si fuera otro cliente; así parecerá que tienes la tienda llena.

La señora que entró, de alrededor de sesenta años, miró a Griffin cuando este empezó a sacar un montón de libros de varios estantes.

La señora, que estaba hojeando unos volúmenes, empezó a mirar en dirección a Griffin cada vez con más curiosidad. Griffin no prestó ninguna atención a esas miradas, y siguió curioseando en una estantería donde había libros sobre animales prehistóricos.

Cuando le guiñó un ojo a Dora sin que la otra mujer lo viera, a ella casi le dio un síncope.

¡Qué hombre tan insoportable!, pensaba mientras lo miraba con cara de pocos amigos.

—Oiga, señorita —la señora se acercó a ella y le habló en susurros—. Ese joven que está ahí... —movió la cabeza en dirección a Griffin.

¡Joven! ¡Pero si ya tenía treinta y cuatro años!

—¿Sí? —Dora respondió atentamente.

—Se parece mucho a Griffin Sinclair —le dijo con emoción—. Ya sabe, el que hace esos programas de viajes en la tele —añadió al ver la expresión perdida de Dora—. ¿Cree que podría ser él? —añadió emocionada, y se ruborizó de la turbación que le producía el pensar que pudiera ser Griffin Sinclair.

Hasta ese momento, Dora no sabía que Griffin trabajara en un programa de televisión. Claro que no le sorprendía; en casa no tenía televisión. A su padre nunca le había parecido una buena manera de entretenerse y, de hacer algo, prefería escuchar la radio. Claro que ya...

—¿Por qué no va y se lo pregunta? —le sugirió Dora con naturalidad, mirando a Griffin con otros ojos.

En realidad tenía un físico y una presencia muy adecuados para aparecer en televisión. Y si la reacción de la señora era indicador de algo, seguramente tendría un montón de seguidoras.

—¿Cree que debería? —la mujer miró a Griffin con una mezcla de ansiedad y timidez.

—Pues claro que sí —le dijo Dora, deseando presenciar la reacción de Griffin hacia la obvia admiración que aquella mujer le profesaba.

—¿Pero, y si no fuera él?

—Estoy segura que se trata de él —le aseguró Dora, poniéndole la mano en el brazo—. Además —añadió con malicia—, dudo que haya algún hombre que pueda parecerse a él.

La mujer lo miró con adoración.

—Es único, ¿verdad? —suspiró con añoranza.

Único era una definición perfecta para Griffin; al menos Dora jamás había visto a nadie como él, ni parecido, ni en el físico ni en su manera de ser.

—Supongo que le pareceré tonta; eso es lo que me dice mi marido —reconoció la señora con pesar—. Pero la verdad es que adoro las novelas de piratas, aventureros y bribones, y Griffin Sinclair me parece como una versión actual de esos héroes.

—Venga —dijo Dora agarrando a la mujer del brazo—. Nos enfrentaremos juntas a este pirata tan especial.

Dora estaba segura de que Griffin se había dado cuenta que las dos mujeres se aproximaban a él, pero siguió fingiendo interés por los libros que tenía delante.

—¿Señor Sinclair? —Dora ladeó la cabeza—. Esta señora es una admiradora suya y le gustaría saludarlo.

Él se volvió con amabilidad para recibir el saludo de su seguidora y Dora los dejó charlando.

Griffin sabía perfectamente que en casa de los Baxter no había televisión por la aversión del padre de Dora y que a esta difícilmente le habría dado tiempo a comprar una desde la muerte del señor Baxter. Por eso era consciente de que, hasta que la mujer no se lo había comentado, ella no sabía nada de la aparición de Griffin en la televisión.

—... es tan amable por su parte, señor Sinclair —oyó decir a la mujer—. Lo guardaré siempre como oro en paño —añadió emocionada.

La señora se refería a un libro que Sinclair había insistido en comprarle; un par de minutos más tarde, cuando la mujer se disponía a salir, le abrió la puerta con galantería.

—Mira la cara que tienes, Izzy Baxter —le dijo Griffin mientras se sentaba sobre un extremo del mostrador—. Te conozco demasiado bien como para que puedas engañarme con esa calma aparente reflejada en tus ojos grises.

Dora bajó la vista inmediatamente.

—Lo cierto es, Griffin, que no me conoces en absoluto.

—Siento diferir contigo, Izzy —arqueó una ceja rubia significativamente—. Pero dejemos eso —dijo con ligereza mientras ella seguía mirándolo con frialdad—. Apuesto que es la primera biografía de Dickens que vendes con un autógrafo de Griffin Sinclair.

¿Eso era lo que había hecho? ¡Imposible!

—Dudo que eso haya aumentado su valor —le dijo en tono mordaz.

—¡ Ay! —murmuró sin dejar de mirarla—. Al menos me alegro de que entre Charles y tú padre no consiguieran acallar del todo tu naturaleza divertida y resuelta —dijo con gravedad.

—Ni Charles ni mi padre me levantaron jamás la mano —se defendió indignada.

—No hizo falta —se burló Griffin—. Las continuas humillaciones pueden tener el mismo efecto que un golpe.

Dora lo miró perpleja durante varios segundos. Pero al ver que no tenía intención de disculparse por lo que acababa de decirle, se volvió y se puso de pie, ya que de repente sintió la necesidad de apartarse de aquel hombre.

—No haces más que decir tonterías —dijo con impaciencia—. Ahora me gustaría que me contaras a qué has venido y que te marcharas —como ocurría siempre que lo veía, Griffin la estaba sacando de sus casillas—. Y estoy seguro de que a tu madre no le haría mucha gracia si se enterara de que has venido a visitar a la prometida de tu difunto hermano.

Margaret siempre había estado en contra de la aparente familiaridad que Griffin había mostrado hacia Dora en el pasado y esta pensaba que la mujer seguiría pensando lo mismo al respecto, aun cuando Charles estuviera muerto.

Griffin se relajó.

—Sé de sobra que la opinión de mi madre no me interesa en absoluto.

Eso era algo que siempre le había llamado la atención en el pasado. Margaret Sinclair era una mujer alta y autocrática. Enviudó cuando sus hijos eran aún pequeños y adoptó el papel de cabeza de familia nada más morir su esposo.

Charles, el hijo mayor, había sido educado para seguir los pasos de su padre en la política y recuperar la antigua posición social de los Sinclair. Charlotte, como era la pequeña y la única hija, había sido educada para ser madre y esposa, aunque todavía no había hecho ninguna de las dos cosas, que Dora supiera. Griffin, el hijo mediano, era muy distinto a sus hermanos, tanto físicamente como en su forma de ser. Había sido el rebelde de la familia y no había encajado en ninguna de las carreras que a Margaret le hubieran gustado para él.

Y tras estar un tiempo tratando con la familia, Dora se había dado cuenta de que el de rebelde era un papel que Griffin adoraba.

— ¿Y qué le ha parecido a tu madre lo de la televisión?

Él la miró de reojo, con sorna.

—¿A ti que te parece?

—Oh, no —Dora se echó a reír.

Se imaginaba perfectamente cuál habría sido la reacción de Margaret al ver a su hijo en un programa de televisión que, conociendo a Griffin, no sería demasiado serio. Pero, tal y como había hecho en el pasado, Dora tenía la intención de mantenerse al margen de la contienda que existía entre Griffin y su madre.

—Está horrorizada —le confirmó Griffin alegremente—. En realidad —siguió diciendo—, se enfadó tanto conmigo cuando se retransmitió el primer programa que se pasó un mes sin dirigirme la palabra. ¡Fue el mes más tranquilo de mi vida! —añadió con vehemencia.

Dora se echó a reír otra vez. La verdad era que hacía tiempo que no se reía...

—Y a pesar de eso, es a ti a quien recurre cuando hay una crisis familiar —eso último lo dijo a modo de pregunta. Margaret siempre había sido tan dueña de sí misma, tan capaz...

Griffin se encogió de hombros.

—Mamá no ha vuelto a ser la misma desde la muerte de Charles —frunció el ceño—. En realidad, fue eso lo que provocó la pelea entre Charlotte y ella.

—¿La muerte de Charles? —Dora lo miró con interés.

Los dos hermanos no siempre se habían llevado bien, siendo tan distintos en todos los sentidos, pero tanto Margaret como Charlotte

siempre habían adorado a Charles; Dora no podía imaginar a las dos mujeres peleándose por él.

—Ha sido por culpa de una fecha —Griffin asintió sombríamente —. ¿Recuerdas a Stuart, el prometido de Charlotte? Pues bien, le han ofrecido un empleo en Estados Unidos y tiene que incorporarse dentro de un par de meses. Charlotte, naturalmente, desea marcharse con él.

—Y a tu madre no le hace gracia que los dos vivan juntos, ¿no? —Dora asintió, aunque no entendía aún qué tenía eso que ver con Charles.

Griffin soltó una carcajada.

—Desde luego que no le gustaría nada si ese fuera el caso —dijo con sorna—. Aunque creo que a sus veintiocho años Charlotte es lo suficientemente mayor para decidir lo que hacer su vida. Pero no, Charlotte y Stuart van a hacerlo como Dios manda y se van a casar. Fue la fecha que Charlotte puso para la ceremonia lo que provocó el problema. Dentro de cuatro semanas, contando a partir de este sábado —le explicó—. Así podrán marcharse de luna de miel antes de que Stuart se incorpore al nuevo trabajo.

—Deduzco que tu madre piensa que la fecha de la boda es una falta de respeto a la memoria de Charles —adivinó.

—No me digas que estás de acuerdo con ella… —dijo, mirándola otra vez de soslayo.

—No. por supuesto que no —contestó con impaciencia—. Tienes unas opiniones muy extrañas acerca de mí, Griffin —frunció el ceño, recordando uno de sus comentarios anteriores—. Me alegro mucho por Charlotte y Stuart —dijo Dora, que siempre había sentido cariño hacia la pareja; en realidad Charlotte era el único miembro de la familia con el que se había seguido viendo de vez en cuando tras la muerte de Charles.

—¿Porque se van a casar, o porque van a perder de vista a mi madre? —murmuró Griffin sombríamente.

Dora meneó la cabeza. Griffin era la persona más irrespetuosa del mundo.

—Estoy segura de que la intención de tu madre es buena, Griffin —razonó evasivamente; durante su corto compromiso con Charles, Dora se había dado cuenta de que Margaret sería una suegra imponente.

—¿Ah, sí? —Griffin la miró con los ojos entrecerrados—. Ojalá confiaras en mí —añadió con indignación—. Sea como sea, la boda sigue en pie y se celebrará dentro de cuatro semanas.

—¿Cómo lo has conseguido? —se preguntó Dora con curiosidad.

—Con chantaje —Griffin dijo en tono grave—. Pero ahora ya está hecho y, bueno, por eso estoy aquí hoy —se metió la mano en los bolsillos de la cazadora—. Para traerte en mano tu invitación de boda. Lo siento —hizo una pausa—. Parece que se ha amigado un poco —le pasó un sobre algo doblado.

Dora miró el sobre con perplejidad. ¿Su invitación?

—No te va a morder —se burló Griffin al ver que no reaccionaba.

Charlotte había sido muy amable al invitarla a la boda, pero Dora sentía que su compromiso con la familia Sinclair había terminado con la muerte de Charles.

Sacudió la cabeza.

—Dudo que pueda ir.

—¿Y por qué?

Dora miró a Griffin con irritación.

—Después de la reacción inicial de tu madre ante la fecha de la boda, y la razón para ello, imagino que yo sería la última persona a la que esperaría ver allí.

Él arqueó las cejas.

—¿Tienes miedo, Izzy? —se burló.

—No seas ridículo, Griffin —saltó—. Solo intentaba ser delicada con los sentimientos de tu madre.

—Sabiendo que ella jamás piensa en los sentimientos de los demás, yo no me molestaría —se dio la vuelta—. Además, ahora que hemos vencido sus recelos iniciales, se ha volcado en los preparativos de la boda para vengarse. La discreta boda que deseaba Charlotte se ha convertido en un circo social —explicó con desagrado.

Razón de más, pensaba Dora, para no ir. Desde luego seguía teniendo todas las cualidades que tanto Charles como su madre habían encontrado tan convenientes para representar el papel de futura esposa: conversaba con facilidad con todo tipo de personas, era atractiva, aunque de una belleza discreta y serena, y su nombre estaba limpio de escándalos.

Sencillamente no le hacía ni pizca de gracia ser la «pobre prometida de Charles», objeto de lástima y curiosidad. La muerte reciente de su padre sería una buena excusa para no aceptar.

—Como ningún miembro de mi familia estaba enterado de la muerte de tu padre, él está, por supuesto, incluido en la invitación —Griffin parecía haberle adivinado el pensamiento—. Pero ni se te

ocurra pensar en no ir; asistirás a la boda como mi pareja.

Dora se lo quedó mirando. ¿Su pareja?

—No lo creo, Griffin...

—Bueno, pues yo sí —le contestó en un tono que no admitía réplica—. ¿Podrías cobrarme estos libros? —indicó el montón sobre el mostrador que había elegido mientras la señora estaba en la tienda—. Tengo otra cita dentro de una hora.

Dora arrugó el entrecejo.

—No querrás llevarte todos estos libros, ¿verdad?

Él hizo una mueca.

—Además de no hablar conmigo durante un mes, mi madre decidió hacer limpieza en la que solía ser mi antigua habitación. La limpieza incluyó tirar una colección de clásicos que yo tenía desde niño —le dijo con tristeza—. Estoy intentando reponerlos.

Dora sabía que la madre y el hijo nunca se habían llevado bien, pero hasta ese punto...

—Si recuerdas los demás títulos que te faltan, quizá pueda conseguírtelos —se ofreció.

Los libros siempre habían sido importantes en su vida y nada se le antojaba más horrible que perder alguna de las colecciones que había reunido durante años, y que aún seguía leyendo una y otra vez.

—Gracias —asintió—. Haré una lista y te la daré.

Dora deseó que no la mirara con la intensidad con que lo hacía mientras hacía la cuenta; la ponía nerviosa y no era capaz de concentrarse.

Pero él no dejó de mirarla de aquel modo tan especial, como si entendiera lo que ella estaba sintiendo.

—Debías de tener una biblioteca considerable —le dijo mientras metía los libros en bolsas; algunos de ellos también los tenía ella en la biblioteca de casa.

—¡Y tú pensando que no sabía leer!

—Ya estás diciendo tonterías otra vez —alzó la cabeza y lo miró con sus tranquilos ojos grises, más tranquila sabiendo que él estaba a punto de marcharse—. Soy consciente de que has escrito varios libros.

Torció la boca con gesto burlón.

—Apuesto a que aquí no hay ninguno de ellos —miró a su alrededor de forma harto significativa. Ella se puso tensa como reacción a su burla deliberada.

—Tenemos, por supuesto, libros de viajes...

—Pero no de Griffin Sinclair —dijo con certeza—. Tu padre no me quería más que yo a él.

—Te he dicho que tengo intención de introducir algunos cambios —contestó bruscamente—, Y los libros escritos por personajes conocidos de la televisión serán seguramente éxitos de venta —añadió para pincharlo.

—¡Qué graciosa! —Griffin hizo una mueca mientras agarraba una bolsa de libros con cada mano—. Te veré dentro de cuatro semanas —fue hacia la puerta de la tienda—. La boda es a las tres de la tarde, así que iré a buscarte a tu casa sobre las dos.

Entonces lo acompañaría a la boda de su hermana, sería su acompañante...

—Ah, Izzy... —se detuvo ante la puerta.

Ella lo miró con recelo.

—¿Sí?

Sonrió al notar su mala gana.

—No te vistas de negro, ¿de acuerdo? Para empezar, no es el color apropiado para una boda —continuó antes de que ella pudiera decir nada—. Y, además —añadió en tono burlón—, no te queda bien.

Cuando Griffin salió, Dora se volvió a sentar despacio. Griffin Sinclair, decidió, era el hombre más escandaloso que había tenido la desgracia de conocer.

Pero qué extraño que la señora mayor lo hubiera comparado con un pirata contemporáneo, porque cuando Dora lo conoció, también a ella le había parecido un hombre de otro tiempo.

Claro que, el lugar había contribuido a crear esa ilusión. O al menos esa fue la excusa que se dio a sí misma para explicar su comportamiento. Fuera cual fuera la razón, se había dejado hechizar. Al menos durante un breve período de tiempo...

CAPITULO 2

EL POSIBLE vendedor, un hombre que poseía un libro que su padre quería comprar, le había parecido por teléfono un tipo bastante excéntrico; pero cuando Dora vio el hotel de Devon que le había recomendado para que pasara la noche, supo que aquella visita de negocios iba a ser memorable.

Al cruzar las enormes puertas de roble del vestíbulo, sintió como si hubiera entrado en otra época. La minuciosa restauración le había devuelto a Dungelly Court su antiguo esplendor, al menos eso decía el folleto que había leído al entrar. Cuadros antiguos y tapices adornaban las paredes, pintadas en un color inorado oscuro, de donde además colgaban ornamentales espejos. En las dos habitaciones que daban al vestíbulo había sendas y enormes chimeneas que, al estar encendidas, creaban un ambiente acogedor.

El lugar era ciertamente surrealista.

—Dentro de un momento vendrá alguien a atenderla.

A Dora estuvo a punto de caérsele la bolsa de viaje que llevaba en la mano al oír aquella voz de hombre, profunda y bien modulada. Miró con cautela hacia la habitación que había a la derecha de la puerta principal, pensando que estaba desierta.

De pie junto a la chimenea había un hombre vestido de negro; tan solo el tono dorado de sus largos cabellos aliviaba en cierto modo la oscuridad de su atuendo. Dora no sabía de dónde había salido, pero estaba segura de que, al mirar hacia la habitación momentos antes, no estaba allí.

Lo miró con inquietud.

—¿Dónde están los demás huéspedes? —preguntó Dora con voz apagada.

Y no era para menos. No solo había retrocedido en el tiempo, sino que lo había hecho con aquel gigante rubio que la miraba con esos ojos verdes de mirada serena.

—No sabría decirle —el hombre se encogió de hombros, quitándole importancia—. ¿Ha reservado habitación? No parece que tengan demasiados huéspedes en estos momentos, con lo cual no importará si no lo ha hecho, pero…

—La reservé —se apresuró a decir Dora—. Soy la señorita Baxter.

El hombre se fue tras el mostrador y hojeó el enorme libro encuadernado en cuero rojo que yacía abierto sobre la mesa.

—Sí —asintió con la cabeza—. Señorita I. Baxter —alzó la

cabeza y la miró con esos ojos tan persuasivos—. ¿La I es inicial de qué nombre?

—Isadora —reconoció de mala gana—. Pero mi familia siempre me ha llamado...

—Izzy —añadió el hombre con satisfacción mientras salía de detrás del mostrador, saboreando aquel nombre al pronunciarlo—. Me gusta —asintió, ladeó la cabeza y la miró pensativo—. Le va bien —murmuró finalmente.

Menos mal, porque sin darse cuenta Dora había estado aguantando la respiración hasta escuchar su comentario siguiente. Nadie la había llamado nunca Izzy... Siempre había sido Isadora si sus padres estaban disgustados con ella, y Dora si no lo estaban. Pero, cosa rara, sintió que le gustaba el apelativo de Izzy. La hacía sentirse distinta, más en sintonía con el carácter surrealista de aquella posada campestre.

—Griffin Sinclair —Dora le tendió la mano y él la estrechó con firmeza—. Mi madre me llamó así en recuerdo de su tío menos favorito —añadió como explicación, al tiempo que hacía una mueca —. El que menos le gustaba, pero el que más dinero tenía —añadió en tono seco—. ¿Le traigo algo de beber mientras espera? —le ofreció.

—Lo siento mucho —Dora le sonrió—. No pensaba que trabajaba aquí.

—No lo hago —le aseguró alegremente—. Yo también soy un huésped, pero me encantaría traerle algo de beber.

Dora frunció el entrecejo. ¡Qué hombre más peculiar! Pero desde luego no le hacía falta tomar nada; de hecho ya se sentía ligeramente mareada, como si hubiera bebido.

—Esperaré y tomaré un café después, gracias —contestó algo aturdida mientras miraba a su alrededor—. ¿No le parece algo... extraño que no haya nadie aquí en recepción? —murmuró.

—Es parte del encanto del hostal —Griffin se encogió de hombros de nuevo y se sentó en uno de los taburetes que había delante del mostrador—. Descubrirá que eso es algo que sobra en este lugar —añadió con satisfacción—. Incluso hay un pasadizo secreto que lleva directamente a la playa. Para los contrabandistas —añadió al ver que lo miraba con perplejidad—. Solía ser un negocio bastante lucrativo por esta zona.

¿Pasadizo secreto...?

—La entrada no estará en esta habitación, ¿verdad?

Dora tenía sus dudas; después de todo aquel hombre tenía que

haber salido de algún sitio.

Griffin sonrió, seguramente adivinando la razón de su desasosiego inicial.

—Detrás de la armadura —dijo y señaló con la cabeza hacia una hornacina que había en un rincón de la habitación, donde estaba colocada una armadura—. Uno de los paneles es movible. Se bajan unas escaleras y luego se recorre un pasillo que lleva hasta una cueva por donde se sale a la playa, a unos cuatrocientos metros.

Como no era muy amante de los sitios oscuros y cerrados, Dora no se imaginó a sí misma haciendo esa excursión en particular. Además, solo estaba allí para pasar la noche. Tenía que ver al vendedor ese mismo día, horas más tarde, y a la mañana siguiente conduciría de vuelta a Hampshire, donde vivía.

—No creo… ¡Santo cielo! —exclamó Dora al ver uno de los perros más grandes que había visto en su vida, sentado tranquilamente junto a la puerta—. ¡Griffin! —se echó a sus brazos lo más rápido que su miedo le permitió.

¡Desde luego Griffin era muy real! Dora sintió el calor de su torso musculoso bajo la mejilla y aspiró el aroma masculino de su cuerpo.

Griffin la rodeó con sus brazos con toda naturalidad al tiempo que se echaba a reír con una risa ronca y aterciopelada que le retumbó por el pecho.

—Pero si no es más que Derry —dijo—. Reconozco que tiene una pinta muy fiera, pero en realidad es de lo más gentil. Más que un perro, es una gatita.

A pesar de que Dora, horrorizada, no le quitaba ojo, el perro caminó hasta la chimenea y se dejó caer delante de ella; apoyó la cabeza entre las patas delanteras y se puso a mirar hacia las llamas, despreocupándose totalmente de los humanos.

Pero a Dora le dio la impresión de que el perro no se quedaría tan tranquilo si alguno de los dos decidiera moverse. ¿Qué clase de hotel era aquel?

Sin embargo, mucho se temía que iba a tener que moverse en algún momento. Seguía aún entre los protectores brazos de Griffin Sinclair, tremendamente consciente de la calidez de su cuerpo.

Pero antes de que le diera tiempo a apartarse de él, una mujer alta y rubia de unos cuarenta años entró tranquilamente en la habitación. Vaya, parecía que todo el mundo hacía todo con calma en aquel hotel; la eficiencia del servicio dejaba mucho que desear. Pero, a pesar de ello, todo estaba limpio y a punto, desde las

chimeneas hasta los jardines que rodeaban la posada.

Aun así, a Dora no le hizo ninguna gracia el comentario que hizo la mujer al verlos.

—Al final has encontrado una amiga para compartir tu cama con dosel, Griffin —dijo en tono agradable, mientras sonreía a Dora, deteniéndose a acariciarle la cabeza al perro antes de meterse tras el mostrador.

—¿Os apetece tomar algo? Invita la casa, por supuesto.

Dora se apartó de él con indignación y a Griffin le dio la risa.

—Esta es la señorita Izzy Baxter… tu nueva huésped —añadió, claramente divertido con el malentendido que se había producido —, Y ya ha rechazado mi invitación a tomar algo. Izzy, esta es la dueña de Dungelly Court, Fiona Madison.

Ambas mujeres se miraron ya con otros ojos; Fiona Madison adoptó una expresión más formal, y Dora puso cara de pocos amigos. Griffin había dicho que también estaba allí hospedado, pero él y Fiona Madison parecían tener bastante confianza…

—Siento lo de antes, Izzy —dijo Fiona, echándose a reír desdeñosamente—. Pensé… Bueno, da lo mismo —dijo enérgicamente mientras Dora no dejaba de mirarla con serenidad—, ¿Quiere firmar en el registro? Luego le enseñaré su habitación. ¿Ha hecho un viaje muy largo? —continuó charlando mientras Dora firmaba.

¿Un viaje muy largo? Estando allí, parecía que había retrocedido cientos de años en el tiempo.

Fiona se echó a reír de nuevo al observar la expresión atolondrada de Dora.

—Este lugar es especial, ¿verdad? —dijo con cariño—. Mi difunto esposo se pasó los últimos cinco años de su vida restaurándolo al detalle —añadió con añoranza.

¿Difunto? ¿Aquella bella mujer, de tan solo cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años, estaba viuda?

Dora se volvió a mirar a Griffin Sinclair pensativa. ¿Por qué le habría preguntado Fiona Madison a Griffin si había encontrado una amiga para compartir su cama…?

—Hizo un trabajo estupendo —le dijo Dora a Fiona cortésmente.

—Sí —comentó Fiona en un tono que no dejaba duda en cuanto a sus prioridades: hubiera preferido tener a su marido aún junto a ella antes que el visible encanto que le había devuelto a Dungelly Court—, Te acompaño a tu dormitorio —añadió Fiona mientras abandonaba el mostrador.

—Hasta luego, Izzy —dijo Griffin Sinclair en tono burlón, como si hubiera adivinado los pensamientos de Dora acerca de él y Fiona Madison, y eso lo divirtiera.

¡Pues vaya! ¡Aquel hombre se reía de todo, sobre todo de ella!

Y teniendo en cuenta que ella se tomaba la vida tan en serio, no permitiéndose jamás adoptar el aire de frivolidad que parecía poseer Griffin Sinclair, encontraba el hecho de lo más irritante, por no decir más.

—¿Qué le parece si comemos juntos? —le preguntó en tono afable, cuando Dora estaba ya junto a la puerta.

Se volvió pausadamente, sin saber si hablaba con ella o con Fiona Madison. Pero Griffin la miraba a ella con aquellos deslumbrantes ojos verdes.

Dora aspiró profundamente.

—Me temo que ya he quedado para comer —dijo sin mentir y, desde luego, aliviada.

El hotel no estaba nada concurrido y se veía que Griffin estaba aburrido allí solo; pero Dora no pensaba entretenerlo.

Su negativa lo dejó impertérrito.

—Nos veremos más tarde entonces —dijo, quitándole importancia, pero no le quitó la vista de encima mientras salía de la habitación.

Para desgracia de Dora, el perro lobo irlandés se levantó y las siguió.

—Derry es totalmente inofensivo —le aseguró Fiona al ver que Dora lo miraba de soslayo—. No le haría daño a una mosca, ¿verdad, chico? —añadió, entonces se volvió hacia el perro y le acarició la enorme cabeza con afecto—. Debería verlo con los niños —Fiona sacudió la cabeza con pesar—. Se tumba de espaldas para que le hagan cosquillas en la barriga.

—Qué tierno —murmuró débilmente.

Subieron un corto tramo de escaleras y Fiona descorrió el cerrojo de una puerta, que seguidamente abrió de par en par para que Dora le echara un buen vistazo a la habitación.

Aquel dormitorio no se parecía en nada a ninguno de los dormitorios de hotel que había visto en su vida. Las paredes estaban pintadas de amarillo, y el suelo cubierto por una gran alfombra roja, similar a la del vestíbulo; también había tapices por las paredes, y una chimenea donde habían colocado un enorme jarrón con flores secas. En la pared del fondo había una cama con dosel.

Dora se puso colorada al recordar el comentario de Fiona sobre

la cama de Griffin...

—Solo tenemos diez habitaciones —le dijo Fiona en tono conversacional—. El restaurante, un asador, es nuestra principal atracción —añadió—. ¿Quiere que le reserve una mesa para la cena de esta noche? —le preguntó en tono afable.

Dora seguía algo desorientada, y aquella habitación no hacía más que aumentar su confusión.

—Desde luego —aceptó agradecida mientras observaba con atención el tapiz que colgaba sobre la chimenea apagada. Había representados un león y un unicornio... ¡Qué apropiado!

—Yo colecciono libros y figuras de unicornios —le dijo a Fiona Madison con timidez, al ver que la mujer observaba su fascinación por el tapiz.

Aquel era un tema en el que Dora y su padre jamás se ponían de acuerdo; el señor Baxter sostenía que la bestia era simplemente mítica, y por lo tanto ridícula. Así que los dos habían acordado no hablar de ese tema y Dora tenía su colección en su dormitorio, donde solo ella la veía.

—Entonces esta es la habitación adecuada para usted —la mujer le dio un apretón en el brazo, como si la entendiera—. Póngase cómoda, está en su casa —añadió con simpatía—. Y si necesita algo, no dude en bajar a pedírmelo... Le prometo que habrá alguien en la recepción —añadió—. No hay teléfono en las habitaciones, me temo; alterarían la paz deseada por nuestros clientes.

Dora se dejó caer sobre la cama cuando la mujer se marchó, pensando que no le importaba en absoluto el hecho de que no hubiera teléfono allí. El silencio de la habitación, tan solo turbado por el canto de los pájaros del jardín, no hacía sino contribuir a la aureola de misterio que rodeaba Dungelly Court.

En realidad, la paz, la tranquilidad y la ausencia de formalidad por parte de la dueña del hotel le produjeron un extraño letargo, y se resistía a salir de nuevo al mundo real.

Pero tenía una cita para comer con el vendedor. Estaba segura de que una vez se hubiera tomado el café que había pensado antes, se sentiría mejor. Una ducha y ropa limpia completarían la trasformación, y quizá después sería capaz de contemplar aquel lugar con la objetividad que se le antojaba necesaria.

También debía mirar a Griffin Sinclair con objetividad, desde luego. Tendría unos treinta y pocos años y aquella melena por los hombros estaba de lo más pasada de moda, la verdad. Sin embargo, el aire confiado de aquel hombre parecía demostrar que la moda le

importaba muy poco. Desde luego esa era la impresión que le había causado a Dora. Por poner un ejemplo, bastaba el hecho de que la hubiera invitado al poco de conocerla.

Dora se puso colorada al recordar cómo la había mirado el señor Sinclair. Jamás se había hecho ilusiones en cuanto a su aspecto: un poco más del metro cincuenta, delgada, de piel blanca y pelirroja. Griffin Sinclair debía de estar o muy aburrido o tomándole el pelo; y ninguna de las dos posibles explicaciones le hizo demasiada gracia.

«Olvídate de Griffin Sinclair», se dijo para sus adentros media hora después mientras iba conduciendo camino de su cita. Con un poco de suerte, quizá cuando volviera al hotel se habría marchado.

Pero Griffin no había abandonado el hotel. ¡Todo lo contrario!

Cuando Dora bajó esa noche, poco antes de las ocho, vio que el bar estaba lleno de gente; tanta que ni siquiera fue capaz de encontrar un asiento. La chimenea había calentado el ambiente de la habitación y Dora se alegró de haberse puesto una blusa de seda color crema y una falda negra por la pantorrilla.

—Tenemos mesa reservada.

Dora se volvió y vio a Griffin Sinclair detrás de ella, pero antes de que pudiera decir nada él la agarró del brazo con firmeza y la condujo a través de los comedores que parecían componer la planta baja: salas acogedoras con tan solo tres o cuatro mesas en cada una, pero en las que no faltaban las correspondientes chimeneas.

—Como ve, esta noche hay mucha gente —Griffin se detuvo junto a una mesa, retirando una de las sillas para que Dora se sentase—. Le aseguré a Fiona que no nos importaría en absoluto compartir una mesa en lugar de ocupar dos.

Dora lo miró con cara de pocos amigos. ¡Qué desparpajo tenía ese hombre!

Pero lo cierto era que el restaurante estaba abarrotado; la mayoría de los que habían estado bebiendo en el bar, empezaban a ocupar sus asientos.

—¿También vamos a compartir la factura? —preguntó Dora cuando finalmente se sentó.

La habitación estaba iluminada por el fuego de la chimenea, además de una docena de velas. ¡Muy romántico!

—Eso sería muy poco galante por mi parte —Griffin se sentó frente a ella y le sirvió una copa de vino de una botella que debía de haber pedido para su mesa—. Y aunque mi madre crea que fracasó conmigo —añadió con dureza—, sí que me educó para ser

un caballero.

Al hablar de su madre lo hizo con cierta aspereza, el mismo tono que había empleado antes al hablar del tío de su madre que se había llamado igual que él. Dora pensó en su propia madre. Llevaba ya ocho años muerta, pero Dora seguía añorando su serenidad y su sentido del humor.

—En ese caso, le doy las gracias por la cena —dijo, aceptando su invitación con una sonrisa.

Griffin se recostó en el respaldo y la observó.

—Encajas bien en este lugar, ¿sabes, Izzy? —murmuró finalmente.

A Dora no se le había pasado por alto su manera de mirarla, y al oír aquel comentario se ruborizó. Jamás había vestido demasiado a la moda, anteponiendo siempre la comodidad a la elegancia.

Después de volver de la cita con el vendedor, se había lavado el pelo y maquillado discretamente: los labios en un tono melocotón y un toque de máscara en las pestañas para realzar el gris de sus ojos.

En realidad se había encontrado bien al mirarse al espejo del armario hacía unos minutos, pero era consciente de que seguramente no era lo suficientemente sofisticada y bella para Griffin Sinclair.

—Te lo he dicho como un halago, Izzy —dijo con su voz ronca y sensual—. Yo me he enamorado del encanto de este lugar —miró a su alrededor—. Mi intención inicial era quedarme tan solo una noche, pero llevo aquí casi una semana.

—¿Estás aquí por negocios, Griffin? —decidió pasar por alto lo que él había llamado halago y también el hecho de que insistiera en llamarla Izzy.

Aquella visita estaba adoptando un tinte de ensueño, con lo cual Griffin Sinclair podría convertirse en parte de aquella irrealidad. ¡Qué emocionante poder dejar de ser Dora durante unas horas!

Pero no porque su vida fuera mala. Se ocupaba de la casa y ayudaba a su padre en la librería durante la semana. Se trataba de que el simple hecho de que ese hombre la llamara Izzy hacía que se sintiera distinta; ya no era la cauta y tímida de Dora. O quizá, como decía Griffin, fuera el efecto de aquel lugar.

Él se echó a reír.

—Izzy, este es mi trabajo. Me dedico a escribir guías de viaje y reseñas sobre lugares de interés turístico —le explicó al ver la curiosidad reflejada en su rostro.

—¿Para suplementos dominicales y cosas así?

—Más o menos —contesto en tono seco.

—Qué interesante —dijo y dio un sorbo de vino, que resultó ser del tipo que a ella le gustaba: blanco y seco.

Griffin se echó a reír a carcajadas, sin importarle las personas que se volvieron para mirarlo.

—Sigue mi consejo, Izzy, y nunca te dediques a la interpretación... ¡No es lo tuyo!

—Pero claro que me parece interesante —se apresuró a rectificar lo que seguramente había parecido un insulto—. Siempre he querido viajar —añadió con anhelo, sabiendo que mientras trabajara para su padre no lo haría, a no ser que fuera en viaje de negocios, como en esa ocasión. Y solo lo había hecho porque su padre se sentía ya demasiado mayor para conducir hasta tan lejos.

Dora solía pasar las vacaciones en casa porque la mayoría de sus amistades se habían marchado a vivir a otras zonas o se habían casado, y no le apetecía viajar sola.

—Puede resultar interesante —Griffin se encogió de hombros—. Aunque mi familia no hace más que preguntarme cuándo voy a tener un trabajo como Dios manda. Por lo que Griffin había dicho de su familia, en particular de su madre, a Dora le daba la sensación de que se sentía feliz de seguir como estaba, si con ello molestaba a su familia, aparte de que aquello le proporcionaba un medio de vida.

Dora no podía imaginar vivir con esa tensión entre ella y su padre, el único pariente que le quedaba vivo. Prefería llevar una vida tranquila y cómoda, y no estar en conflicto constante con las personas que la rodeaban. Griffin le dio la impresión de ser una persona a la que no le importaba molestar a los demás.

—Estoy segura de que están orgullosos de ti —dijo, haciendo una mueca.

—Y yo estoy seguro de que no lo están —contestó como si no le importara.

Dora bebió un poco de vino; en realidad no dejó de beber durante las dos horas siguientes, mientras disfrutaba de la comida, y Griffin pidió otra botella cuando iban por el segundo plato.

Dora no estaba segura de si resultaba prudente o no beber más, pero como no iba a conducir y se lo estaba pasando bien, decidió que no era tan importante. Griffin amenizó la cena contándole algunas historias de sus viajes. Incluso Derry, que entró en el restaurante, no le pareció tan grande y fiero como por la mañana. Al contrario, el perro debió de decidir que Dora le gustaba y se

tumbó a sus pies sobre la alfombra.

—Apenas sobrepasas el metro cincuenta y en cambio pareces tener una especie de poder sobre un macho tan solitario como Derry —Griffin murmuró pensativo.

Dora lo miró fijamente, buscando algún significado oculto tras el comentario. Griffin sin duda era muy masculino, eso lo había notado en el nerviosismo que le había hecho sentir durante toda la velada; en cuanto a solitario... ¡Desde luego era el hombre más extraño que había conocido jamás! No se había vestido de gala para cenar: llevaba puestos los mismos vaqueros de por la mañana aunque la camiseta negra se la había cambiado por una verde, que acentuaba el color de sus ojos. Pero quizá no fuera eso a lo que él se había referido.

—Eso es exactamente a lo que he querido referirme, Izzy —le dijo mientras se inclinaba hacia delante y le tomaba de la mano de pronto, mirándola con intensidad—. ¿De dónde diablos has salido? —murmuró con tristeza.

Ella tragó saliva. Estaba jugando con ella, no podía ser de otra manera. En realidad, llevaba toda la noche preguntándose por qué un hombre como aquel se molestaba en cenar con alguien tan ordinario como ella. Al final decidió que el motivo era que no había nadie más con quien cenar.

—De Hampshire —le contestó, aunque sabía que no le había preguntado eso.

Dios mío, qué tentación... ¿Qué mujer no se sentiría tentada a seguirle el juego, a continuar con aquel coqueteo, al menos por una vez en la vida...?

¡Ni hablar! Ella era Isadora Baxter, nunca había tenido una relación seria en toda su vida y no pensaba ponerse a flirtear con un hombre que había conocido esa misma mañana; y que era la antítesis de todo lo que ella deseaba en un hombre. Quería a alguien serio, trabajador, un yerno que fuera el orgullo de su padre.

Su padre la quería, lo sabía bien, pero siempre había deseado tener un hijo varón; pero, después de nacer Dora, su madre no había podido tener más hijos. Por esa razón Dora siempre había deseado darle a su padre el yerno ideal; para que él se sintiera orgulloso de su hija. ¡Sin embargo, estaba segura de que la atracción que sentía hacia Griffin lo horrorizaría!

—¿Te apetece tomar café ahora o esperamos hasta después del paseo? ¿Paseo? ¿Qué paseo? —Yo...

—Hace una noche maravillosa, Izzy —añadió Griffin con ánimo

mientras se ponía de pie para retirarle la silla.

Dora se levantó. Se sentía demasiado afable, a causa del buen vino, eso lo sabía, como para ponerse a discutir. Además, la brisa nocturna la ayudaría a despejarse un poco.

Al salir, se estremeció ligeramente. —Creí que habías dicho que hacía una noche maravillosa —dijo con pesar.

—Maravillosa no tiene por qué implicar que haga buen tiempo —se echó a reír—. Toma —se quitó la chaqueta y se la echó por los hombros, agarrándola de los brazos suavemente mientras cruzaban el patio en dirección a los jardines.

Dora intentó desesperadamente no reaccionar a la delicadeza de aquel gesto, cosa que no le resultaba fácil con la cazadora de Griffin sobre los hombros; el cuero olía a él, a una mezcla de hombre y loción para después del afeitado.

Dora se sentó a una de las mesas que había desperdigadas por el jardín, iluminado este por algunas farolas colocadas estratégicamente para realzar los macizos de flores y los arbustos, podados con formas geométricas.

Desgraciadamente, Griffin eligió sentarse a su lado; y lo hizo tan cerca que el calor de su aliento le acarició los cabellos.

Aun así, no fue capaz de apartarse. Ese hombre la tenía hechizada con su presencia y su mirada.

—Supongo que vas a escribir una buena reseña sobre el hotel —dijo, para romper el hielo.

—¿Qué quieres decir con eso exactamente? —le preguntó en tono suave, fingiendo confusión.

Dora se ruborizó.

—Bueno, pensé que siendo tan amigo de Fiona... —farfulló con torpeza.

—Entiendo lo que quieres decir, Izzy —dijo divertido—. ¡Solo quería saber si tenías el descaro suficiente para expresarlo en voz alta!

Ella lo miró con rabia.

—No juegues conmigo, Griffin...

—Y tú no saques conclusiones erróneas, Izzy —le contestó con dureza—. Fiona es una mujer muy agradable; quizá yo merezca tu sarcasmo, pero ella no.

Maravilloso. ¡Qué mal se sentía de repente! Pero él no tenía razón. Su sarcasmo no había sido dirigido hacia la dueña del hotel, sino hacía él.

—Además, te has equivocado —murmuró Griffin en tono

apacible—. Fiona estaba muy enamorada de su marido.

Pero su marido estaba muerto...

Además, esa explicación no excluía que Griffin se sintiera atraído por la bella viuda. Y Griffin era un hombre muy atractivo, a pesar de dar la impresión de no importarle nada ni nadie.

Ella tragó saliva. :

—Griffin...

—Izzy... —murmuró con voz ronca antes de besarla.

¡Y lo hizo con una intensidad desconocida para Dora!

De estar sentados en un banco, pasaron a ponerse de pie. La cazadora que llevaba sobre los hombros se le resbaló al suelo mientras él la abrazaba y besaba con pasión.

No hubo delicadas caricias, ni esperó la reacción de Dora; simplemente tomó su boca por asalto, como si todo el tiempo hubiera sido consciente de su conformidad.

¿Tan clara había sido la atracción que había sentido hacia ese hombre? ¿O peor aún, se habría aprovechado de que era una joven soltera de veinticuatro años, que sin ser una belleza tampoco era fea, y habría decidido que podía conquistarla con facilidad?

Dora se apartó de él.

—¡Ya basta, Griffin! —le dijo con frialdad.

—Pero si apenas hemos empezado, Izzy —le aseguró en tono sensual.

Dora tragó saliva con dificultad y lo miró. Sabía que hacer el amor con aquel hombre sería algo bello y salvaje, todo lo que ella siempre había soñado. Pero era un desconocido, un hombre que quería una aventura.

—Estás equivocado, Griffin. Se acabó —le dijo con dureza, apartándose de él totalmente—. Ha sido un interludio encantador...

Su expresión se volvió pétrea y su mirada glacial.

—No me despidas como si fuera un acompañante para pasar la noche.

—Entonces no me trates tú a mí como tal —le contestó indignada, con las mejillas ardiendo de humillación—. La cena ha sido agradable, la conversación animada, hasta cierto punto. Pero por la mañana debo regresar a mi vida de siempre y tú a la tuya. ¡No te engañes pensando que este lugar es la realidad, Griffin! —miró a su alrededor significativamente.

Griffin entrecerró los ojos y la miró.

—¿Y cuál es tu realidad, Izzy? —dijo con aspereza—. ¿Hay algún hombre en tu vida?

Tan solo su padre. De momento, no parecía tener demasiado tiempo para otros hombres. Hacía más de un año que no tenía una cita con uno y recordó que la última no había sido demasiado productiva.

Pero eso no significaba que hubiera descartado la posibilidad de enamorarse, de casarse o de tener hijos. Solo tenía veinticuatro años, y sentía todos esos deseos tan naturales; lo único era que aún no había conocido al hombre adecuado. ¡Y desde luego no había sitio en su vida, aunque fuera brevemente, para un hombre como Griffin Sinclair!

Alzó la vista para toparse con el furioso desafío de su mirada.

—Sí, hay un hombre en mi vida —le dijo en tono cortante—. ¡Y estoy segura que hay docenas de mujeres en la tuya! —añadió de modo insultante.

—No estábamos hablando de mí —se apresuró a contestar Griffin.

—Por supuesto que no —dijo con brusquedad—. Estoy segura de que nunca respondes a ese tipo de preguntas acerca de ti mismo —estaba tan enfadada que tenía ganas de llorar; lágrimas de rabia hacia sí misma por haber permitido que Griffin la besara.

Sin duda volvería a su vida de siempre y se olvidaría de que un día había conocido a alguien llamado Isadora Baxter.

Sin embargo, no estaba segura de si ella podría olvidarlo con la misma facilidad.

—Debo volver al hotel —dijo con voz entrecortada.

—¿Debes? —estaba enfadado—, ¿Y por qué?

Pues porque ese hombre la ponía nerviosa y turbaba la paz de su vida. Jamás debería haber accedido a cenar con él.

—Porque tengo que levantarme temprano mañana —le soltó y se dio medio vuelta.

Y con cada paso que daba esperaba que Griffin la agarrara del brazo y la obligara a volverse. Pero eso no ocurrió.

Cuando Dora alcanzó la tranquilidad de su habitación, temblaba tanto que tuvo que sentarse un momento en la cama. Qué tonta había sido. Griffin Sinclair solamente había jugado con ella.

¿Pero hasta dónde hubiera sido capaz de llegar?

Hasta donde ella le hubiera permitido, pensó Dora con pesar.

Cuanto antes saliera de aquel hotel y olvidara que había conocido a un hombre llamado Griffin Sinclair, mejor. Al menos para ella.

¿Cómo podía haber imaginado en aquel momento que seis meses

después de aquella breve estancia en Dungelly Court conocería al hombre ideal para ella; al hombre con quien se prometería en matrimonio? ¿Y, sobre todo, cómo podía haber adivinado que ese hombre resultaría ser Charles Sinclair, el hermano mayor de Griffin Sinclair?

CAPÍTULO 3

RELÁJATE, por amor de Dios —la reprendió Griffin Sinclair—. ¡Vamos a una boda, no a una ejecución!

Dora estaba en tensión, sentada junto a él en su Jaguar deportivo. Era cierto, no iban a una ejecución, pero a excepción de algún café de vez en cuando con Charlotte y la visita de Griffin a la tienda cuatro semanas atrás, no había visto a la familia de Charles desde el funeral.

En varias ocasiones durante las últimas semanas, desde que Dora había enviado la carta confirmando su asistencia a la boda, había estado a punto de agarrar el teléfono y llamar a Charlotte para decirle que no podía asistir. Pero aunque sabía que quizá Charlotte aceptara una disculpa, no ignoraba que Griffin no lo haría. Y lo último que deseaba era que Griffin volviera a visitarla, ni en su tienda ni en su casa. No se sentía demasiado bien después de su última visita; además, sabía que sus protestas no serían escuchadas. ¡Griffin se negaba a aceptar un «no» por respuesta!

Y por ello había pasado las últimas cuatro semanas controlándose para no llamar a Charlotte, e incluso había seguido el consejo de Griffin y no se había vestido de negro ese día. Se había cambiado de ropa varias veces, optando finalmente por un vestido color béis a juego con una chaqueta crema; el cabello se lo había dejado suelto y se había maquillado discretamente.

Al mirarse al espejo por última vez había pensado que estaba bastante elegante; ese día era, sin lugar a dudas, Isadora.

—Estoy segura de que será un día maravilloso —dijo como respuesta al impaciente comentario de Griffin—. Charlotte estará preciosa de novia.

Como todos los Sinclair, Charlotte era extremadamente atractiva.

—Lo es y lo estará —contestó Griffin en tono seco—. ¿Y ahora, puedes dejar de clavar las uñas en el asiento? Vas a dejar una marca en el cuero.

Dora se colocó las manos instantáneamente sobre el regazo y miró a Griffin irritada mientras este se echaba a reír.

—Tan solo estoy un poco nerviosa...

—¡No me digas! —le sonrió antes de volverse a mirar hacia la carretera.

Dos años antes, cuando se habían conocido en Dungelly Court, Dora no sabía qué tipo de coche conducía Griffin; pero cuando un

año después se había vuelto a encontrar con él, no le había sorprendido en absoluto el comprobar que tenía un potente deportivo.

Charles tenía un Jaguar berlina, mucho más a tono con su imagen de político en auge.

—Claro, tú te ríes, Griffin —frunció el ceño y lo miró—. ¡Personalmente, preferiría ir al dentista a que me sacara todos los dientes antes que ir a esta boda!

Sobre todo con él; claro que eso no se lo dijo. Sabía muy bien que si lo hacía, Griffin haría de ello una montaña.

De cara al resto de la familia Sinclair, incluido Charles cuando vivía, Griffin y ella se habían conocido la tarde que se la habían presentado como la prometida de Charles. Ni de palabra ni de obra había ninguno de los dos revelado el hecho de que ya se conocían de antes.

Pero Dora había intuido por la mirada de Griffin que este tendría mucho que decirle al respecto cuando estuvieran solos.

Y lo había hecho; se había burlado de ella por elegir a su hermano como futuro marido. Aunque, dicho sea en honor de Griffin, jamás le había contado a Charles ni a ningún otro miembro de la familia que los dos habían pasado una divertida velada coqueteando juntos; ni tampoco que se habían besado.

—Yo pienso lo mismo —dijo, haciendo una mueca de disgusto —, ¡Las bodas me dan alergia!

Dos años atrás ya había intuido que Griffin no era de los que se casaban. Pero ella sí que lo era; siempre había deseado tener un marido e hijos.

Griffin se encogió de hombros.

—Desgraciadamente, alguien tiene que acompañar a la novia hasta el altar; y como soy el único varón de la familia, tengo que ser el padrino.

Dora abrió los ojos con inquietud al enterarse. Durante aquellas cuatro semanas no se le había ocurrido pensar que Griffin no iba a permanecer a su lado durante toda la boda. Pero, por supuesto, tenía que entregar a Charlotte en matrimonio. ¿Entonces qué iba a hacer Dora durante la ceremonia y el banquete?

—Vamos primero a casa para que puedas acompañar a mi madre en el coche hasta la iglesia —le dijo Griffin, sin darle mucha importancia a sus miedos—. En la iglesia te vas a sentar junto a ella.

Dora tragó saliva con dificultad; desde luego el asunto iba de

mal en peor.

—Seamos realistas —añadió Griffin en tono burlón al ver la cara que ponía Dora—. ¡Alguien tiene que sentarse a su lado!

¿Pero por qué ella?

Quizá a Griffin todo aquello le pareciera muy divertido, pero a Dora, Margaret Sinclair siempre le había parecido amedrentadora, por decir algo, incluso cuando había estado a punto de convertirse en su nuera. Siendo después de la muerte de Charles de nuevo una persona ajena a la familia, sabía que no podría evitar el trato frío y condescendiente de la señora Sinclair.

—¿Lo sabe ella? —preguntó Dora de mala gana—. Quiero decir, que voy a la boda.

Griffin se recostó en el asiento, manejando el volante con la facilidad que le permitían aquellas manos grandes de dedos largos y esbeltos.

—¿Crees que sería tan cruel como para no decírselo?

—En una palabra: sí —Dora le contestó sabiendo lo que decía—. ¡Con ese extraño sentido del humor que tienes, este es el tipo de situación que te hace reír!

—¿Extraño sentido del humor? —la miró con ironía—. ¿Quién fue la que me endilgó a esa señora en la librería el mes pasado?

Dora no pudo evitar sonreír al recordarlo.

—Sabía que te las arreglarías —dijo—. ¡De no haber sido por la oposición de su marido, creo que te habría querido llevar a su casa con ella!

—Tan solo había una mujer con la que hubiera consentido ir a casa ese día... pero no me lo pidió. Eh, no dejes de sonreír, Izzy —le dijo con impaciencia al tiempo que eso era exactamente lo que ella hacía—. Tienes una sonrisa maravillosa —siguió diciendo—. Y ya no hay razón para que no puedas sonreírme a mí —añadió en tono sensual.

¿Porque Charles, su prometido, había muerto? Pero esa no había sido la razón por la que no le había sonreído en el pasado; Charles y ella ni siquiera se conocían cuando coincidió con Griffin en aquel hotel de Devon. La verdad era que ella y Griffin eran demasiado diferentes: Dora era tranquila y trabajadora, mientras que él era loco e irresponsable.

Se volvió a mirar por la ventana, pero no fue capaz de apreciar la belleza de la campiña de Hampshire. La proximidad de Griffin y lo que acababa de decirle la habían puesto demasiado nerviosa como para pensar en otra cosa que no fuera él. Y no deseaba

sentirse así por Griffin. Incluso aunque una vez, y muy brevemente, hubiera pensado que se había enamorado de él.

—¿Qué tal van los cambios en la tienda?

Dora lo miró con expresión perdida durante unos segundos. ¡La tienda! Los diseñadores tenían que ir a la semana siguiente y Dora se echaba a temblar cada vez que pensaba en los cambios que quería hacer. Sobre todo porque sabía que, de haber vivido su padre, no hubiera estado de acuerdo con algunos de ellos.

Griffin asintió, como si entendiera la razón de su nerviosismo.

¿Te has comprado ya un televisor? —se burló.

Desde que se enteró de que Griffin tenía un programa en la televisión, no hacía más que pensar en comprarse uno. Pero cada vez que lo pensaba se decía a sí misma que ya había hecho bastante el ridículo delante de Griffin una vez. Además, sus besos y su imagen la habían perseguido durante meses y lo que menos falta le hacía era verlo por la tele, en la intimidad de su salón.

Cuando se hizo novia de Charles se enteró de que todo lo que había sospechado de Griffin aquella noche en Dungelly Court era cierto: las mujeres, el loco estilo de vida... Griffin era definitivamente la oveja negra de los Sinclair. Era un mujeriego, un gandul y no hacía nada en absoluto por su familia.

¡Intentó olvidarse de que también era el hombre más emocionante que había conocido en su vida!

—La próxima semana empiezo a rodar mi segunda serie —le informó.

—Estarás contento —le dijo sin interés—. ¿Y tu madre...? —le preguntó significativamente.

Él se echó a reír.

—Nunca das tu brazo a torcer, ¿eh, Izzy? —dijo en tono afable —. No estoy seguro de que Charles supiera dónde se estaba metiendo cuando se prometió contigo,

Dora se puso derecha.

—Mi intención era ser una buena esposa para él —le contestó con poca naturalidad.

—Izzy, incluso las mejores intenciones fallan —se burló Griffin.

—¡Te he pedido muchas veces que dejes de llamarme Izzy! —dijo, poniéndose colorada de rabia. Estaba furiosa, aunque no sabía bien por qué; si era por haberse burlado de su capacidad de ser una buena esposa para Charles o porque temía que pudiera tener razón...

Charles era todo lo que ella deseaba en un futuro marido: guapo,

trabajador y ambicioso. Pero, como consecuencia de todo ello, también resultaba algo aburrido.

Si Charles no hubiera muerto, ya se habrían casado. Quizá incluso estuvieran esperando el hijo que habían decidido tener en cuanto se convirtieran en marido y mujer.

Su rabia se evaporó con la rapidez con que había surgido y se dio cuenta que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Pero qué demonios...? —Griffin giró el volante y se detuvo en el arcén—. ¿Por qué demonios estás llorando, Izzy? —le dijo con incredulidad.

—¿Tú qué crees? —le preguntó en tono de acusación—. El hombre con quien iba a casarme aún no lleva muerto ni un año, y...

—¡Lo sé muy bien! —Griffin murmuró desesperadamente, pensando en la pelea que su hermana y él habían tenido con su madre por el asunto de la fecha de la boda.

—¡Y vas tú y dices que no hubiera sido una buena esposa para él! —continuó diciendo Dora—. ¡Y has elegido hoy para decírmelo, precisamente!

Empezó a llorar con ganas, aunque sabía que en realidad sentía lástima de sí misma.

Hacía un año era una mujer comprometida, a punto de casarse. También su padre estaba entonces vivo. En tan solo once meses había perdido a los dos hombres más importantes de su vida.

¿Y qué tenía en su lugar? A aquel demonio que aprovechaba cualquier oportunidad para burlarse de ella y atormentarla.

Griffin la abrazó y la estrechó contra su pecho.

—Izzy, no te estaba criticando a ti; tan solo intentaba cuestionar la naturaleza egoísta de Charles. Tú... ¿Qué has dicho? —preguntó al oír que ella murmuraba algo.

—He dicho que... —alzó la cabeza y lo miró— que...

Su voz se fue apagando al darse cuenta de lo cerca que estaba de Griffin, que la miraba con ternura. No quería asociar esa cualidad a aquel hombre, y menos en esos momentos.

Tragó saliva, pero se quedó sin aliento mientras su mirada se perdía en las profundidades de aquellos ojos verdes.

—Sabes, Izzy —dijo finalmente en tono sensual—, cuando te excitas aparece un círculo negro alrededor del iris de tus ojos. Me pregunto... —añadió en voz baja— me pregunto si Charles era consciente de ello.

Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que quería decir, pero cuando por fin lo hizo Dora se apartó de él con rabia,

olvidándose de las lágrimas.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo osaba insinuar que Charles nunca la había visto excitada? Griffin no sabía nada de su relación con Charles. ¡Nada!

Ese hombre no conocía límite alguno, ni siquiera el de la decencia. Ella se iba a haber casado con su hermano, que había fallecido, y a pesar de ello Griffin no hacía más que burlarse de todo.

Se volvió bruscamente, huyendo de su mirada.

—No eres un buen hombre, Griffin —le dijo con frialdad, deseando que pusiera de nuevo el coche en marcha para seguir adelante.

Para alivio suyo eso fue exactamente lo que hizo.

—Voy a tomarme tu último comentario como un cumplido, Izzy —dijo muy despacio.

¡Y lo haría!

Ella tenía veintiséis años y aun así aquel hombre la hacía pensar y actuar como una adolescente.

Sacudió la cabeza, asqueada consigo misma.

—¿Podríamos suspender las hostilidades por hoy, Griffin? —le preguntó con cautela.

—¿Hostilidades? —arqueó las cejas.

Dora suspiró.

—Quiero decir, que finjamos que nos caemos bien.

Ya tendría bastante con aguantar lo que le deparara ese día para encima tener que soportar las burlas continuas de Griffin.

Él se encogió de hombros.

—Puedes fingir si tienes necesidad de hacerlo, Izzy. En cuanto a mí, tú siempre me has gustado.

¿Siempre? ¿Como cuando se habían conocido en Dungelly Court… ?

—En realidad, eso no estrictamente cierto —añadió reflexivamente, provocando que Dora se volviera de repente a mirarlo—. No me gustaste mucho el día que te presentaron como la prometida de Charles —añadió con gravedad.

Ella hizo una mueca.

—No te parecí lo suficientemente buena, ¿eh?

—De lo menos adecuada —saltó Griffin—. Charles no era sino una versión joven de tu padre...

—¡Ya basta, Griffin —lo interrumpió con firmeza antes de que empezara a insultar a su padre.

Era verdad que había sido un hombre duro, no muy dado a mostrar sus sentimientos en lo referente a su única hija, pero no siempre había sido así. Cuando su madre vivía, la casa estaba llena de amor y alegría; solo tras la prematura muerte de la madre, el padre de Dora se había encerrado en sí mismo y se había vuelto poco asequible.

—Lo que yo quería decir es que no era lo suficientemente buena para Charles —lo corrigió.

—Él no te llegaba ni a la suela del zapato —dijo con aspereza—. No te merecía.

—Yo...

—¿Por qué las mujeres siempre eligen como pareja a una réplica de su padre? —murmuró para sí—. ¿Cómo era tu madre, Izzy? —frunció el ceño.

—Griffin...

—Venga, Izzy, sígueme la corriente —la animó—, Háblame de tu madre.

Dora aspiró profundamente. Su madre llevaba muerta diez años y Dora seguía echándola de menos...

—Era preciosa... —le dijo Dora.

—Eso ya lo sabía —dijo con impaciencia.

Dora abrió los ojos como platos.

—¿Cómo podías...?

—¡Estoy seguro que físicamente no has salido a tu padre! —la interrumpió en tono mordaz.

Dora sabía que, a pesar de la agresividad con que lo había presentado, estaba haciéndole un cumplido; pero también había un insulto implícito hacia su padre...

—Tendremos que dejar la conversación para otro momento —murmuró Griffin, antes de que ella pudiera contestar—. Espero que estés lista para esto —añadió en tono funesto antes de cruzar la verja de la propiedad de los Sinclair.

El camino hasta la casa era largo e imponente; igual que la casa, construida en piedra gris, con ventanas simétricas que daban a unos extensos jardines.

No, no. Dora no estaba lista para aquello; sabía que nunca lo estaría. Cuando llegó allí por primera vez como prometida de Charles, tanto la casa como la familia Sinclair le habían parecido de lo más amenazantes.

Griffin la miró brevemente y sonrió con pesar.

—No te preocupes, Izzy. Es mi madre y yo tampoco quiero verla.

Dora lanzó una exclamación entrecortada.

—Yo no he dicho que…

—¡No has visto la cara que has puesto! —dijo Griffin riéndose mientras aparcaba el coche; luego salió y fue a abrirle la puerta a Dora—. Recuerda tan solo que estás aquí simplemente por Charlotte y Stuart —añadió con seriedad, mientras la agarraba del brazo firmemente—. Mi madre es irrelevante.

Margaret Sinclair no podía nunca ser clasificada de irrelevante. Cuando entraron en el salón familiar, Dora supo que ese día no iba a ser una excepción.

Los últimos once meses no habían sido buenos para Margaret. Su esbelta figura acusaba una delgadez extrema y la elegante belleza de sus facciones se había marchitado; sus cabellos negros estaban salpicados de canas, antes inexistentes.

Pero aun así seguía siendo la matriarca de siempre, quedó patente en el modo en que le ofreció la mejilla con elegancia para recibir el meticuloso, si bien obligado, beso de Griffin, antes de dirigir su atención hacia Dora. Bajo la penetrante mirada de Margaret Sinclair, Dora se puso tensa.

—Dora —Margaret la saludó en tono veladamente severo—. Qué elegante estás…

Su comentario no le sonó como le habría sonado hacía un año; le pareció más bien ligeramente insultante. ¿Sería porque Dora había llegado con Griffin? ¿O era simplemente que Margaret estaba nerviosa por la boda? Fuera lo que fuera, Dora se sentía más incómoda que nunca.

—¡No iba a venir en téjanos, mamá! —contestó Griffin con impaciencia, sin soltar a Dora del codo.

—No seas ridículo, Griffin —le dijo su madre con desdén— Creo que tu hermana te está esperando en el dormitorio —añadió sin interés—. Dora estará perfectamente bien conmigo —le aseguró con mofa al ver que Griffin no se marchaba—. Ah, Griffin… —lo llamó en tono menos severo al tiempo que él se volvía para marcharse, después de darle un apretón a Dora en el brazo—. Creo que tienes el cuello de la camisa manchado de lápiz de labios color melocotón —le dijo, arqueando las cejas mientras miraba significativamente el resto de carmín en los labios de Dora—. Yo en tu lugar me lo limpiaría antes de la ceremonia.

Dora se puso colorada en un primer momento, pero después se quedó pálida. ¿Qué estaría pensando Margaret de ella?

¿Debería acaso intentar explicar cómo le había manchado la

camisa? No. Probablemente era mejor ni confirmar ni negar que el carmín fuera el suyo… aunque Margaret supiera perfectamente que lo era.

Y Griffin, en vez de ayudarla, le guiñó un ojo antes de empezar a subir las escaleras hacia la habitación de su hermana.

—¿Cómo estás, Dora? —Margaret se volvió hacia ella una vez estuvieron solas—. Por favor, siéntate —la invitó con gentileza—. Sentí mucho lo de la muerte de tu padre —añadió con genuino pesar.

Dora no sabía qué hacer, si contestar primero a la pregunta, si sentarse o si aceptar el pésame de la mujer.

Se sentó y al mismo tiempo le dijo que estaba bien.

—Aunque el infarto de mi padre fue tan tremendo, al menos me alegro de que no sufriera una larga enfermedad.

Al contrario de lo que le ocurrió a su madre, cuyos meses de sufrimiento por culpa del cáncer la habían reducido a un despojo humano antes de morir.

Margaret se sentó en una silla frente a ella y cruzó las esbeltas piernas; llevaba un traje azul del mismo color que sus ojos.

—Deberías habérnoslo dicho —le reprochó con suavidad—. Yo le tenía mucho aprecio a tu padre; habría agradecido la oportunidad de asistir a su funeral.

Y Dora sabía que su padre también había admirado a esa mujer fría y elegante.

—Fue todo muy repentino —Dora se excusó—. Yo no estaba… No fue… Para ser sincera, ni siquiera sé quién estuvo en el funeral.

No demasiadas personas, pensó con tristeza. Tras la muerte de su madre, su padre se había encerrado en sí mismo y, como se había jubilado antes de tiempo, había dejado de relacionarse con la mayoría de sus antiguos colegas de la universidad y se había centrado cada vez más en su afición por los libros.

—Es normal, lo comprendo —Margaret le dijo comprensivamente—. Lo sé por lo mucho que me afectó la muerte de Charles —añadió ella, emocionándose por una vez.

Aunque la mujer no parecía haber considerado cómo podía haber afectado la muerte de su hijo a Dora.

La madre y el hijo siempre habían estado muy unidos, cosa lógica ya que Simón Sinclair había muerto cuando los hijos eran aún muy pequeños y Charles, siendo el mayor, se había convertido en el hombre de la casa.

Durante su corto compromiso con Charles, Dora había sido

consciente de que Margaret no pensaba ocupar un segundo puesto en la vida de su hijo solo porque fuera a casarse. Además, habrían vivido todos juntos en la misma casa. Charles nunca había visto la necesidad de tener una casa para los dos, sobre todo cuando esa casa era en realidad suya. Dora no había podido discutírselo, pero desde luego no había tenido ninguna gana de irse a vivir a aquella casa con Charles.

Sabía que la muerte de Charles había sido un gran golpe para Margaret. No solo había perdido a su hijo, sino también su lugar en los círculos políticos; y por segunda vez... Dora también estaba segura de que Griffin, con su naturaleza rebelde y anticonformista, jamás podría ocupar el lugar de favorito de Margaret; aun cuando lo hubiera deseado, que Dora estaba segura de que no era así.

—Supongo que te has enterado de la última aventura de Griffin —soltó Margaret con asco.

¡Hablaba de su hijo como si fuera un niño travieso! Pero la verdad era que no tenía ni idea de qué aventura estaba hablando Margaret...

—Esto... No estoy segura —contestó evasivamente.

¡La televisión! —Margaret escupió la palabra, como si le pareciera algo obsceno en vez de un medio de comunicación que llegaba a los hogares de millones de personas—. ¡El tío Griffin, su tocayo, se habría sentido horrorizado!

El tío Griffin llevaba muerto más de treinta años y, por lo que Dora había oído del viejo libertino en boca de Charles y Charlotte, su sobrino nieto no solo había heredado de él su nombre. Dora sospechaba que la diferencia estribaba en que el tío Griffin había sido tan rico que su fortuna había conseguido que sus «aventuras» fueran perdonadas.

—Estoy segura de que lleva razón —dijo Dora sin comprometerse.

—Por supuesto que la llevo —comentó Margaret en tono mordaz —. Y en cuanto Griffin vuelva a vivir bajo mi mismo techo, tengo la intención de acabar con todas esas tonterías —añadió con satisfacción.

Dora la miró de hito en hito. ¿Griffin iba a volver a vivir en la casa familiar? Él y su madre no podrían compartir el mismo techo sin discutir a diario,

—¿Griffin va a venir a vivir aquí...? —murmuró aturdida.

—Por supuesto —le confirmó Margaret con petulancia—. ¿Es que no te lo ha contado?

No había razón para que Griffin le contara nada, y menos aún dónde tenía la intención de irse a vivir. Aunque Margaret parecía pensar otra cosa de la presencia de Dora allí como acompañante de Griffin...

—Margaret, creo que debo aclarar que... —Izzy, Charlotte te agradecería que subieras a ayudarla a ponerse el velo —la voz de Griffin interrumpió la conversación.

Entró en el salón sin avisar y miró a su madre de modo amenazador.

Dora no se había recuperado aún de la noticia que acababa de escuchar. Griffin iba a volver a vivir con su madre, algo que no hacía desde que terminó la universidad a los veintiún años. Porque la madre y el hijo sencillamente no se llevaban bien... Allí estaba ocurriendo algo muy extraño, y Dora no estaba segura de qué podía ser.

Pero Charlotte la necesitaba arriba. ¿Qué estaban intentando hacerle entre Charlotte y Griffin? Margaret era la madre de la novia y Dora no era ni siquiera una amiga de la familia. ¿No habría tenido que ser Margaret la que subiera en vez de ella?

—No pasa nada, Dora —le aseguró Margaret en tono cáustico—. Charlotte me dijo hace más de una hora que a sus veintiocho años era perfectamente capaz de vestirse sola.

Excepto, aparentemente, por el velo. Dora se estremeció por dentro.

Cuando pasara todo aquello podría respirar de nuevo, podría olvidarse de la familia Sinclair. Sin embargo, no podía dejar de sorprenderle el hecho de que Griffin hubiera decidido mudarse a la casa familiar. Se puso de pie de mala gana.

—¿El dormitorio de Charlotte sigue siendo el mismo?

Griffin asintió bruscamente, con expresión perdida.

—Al llegar arriba, la primera puerta a la derecha —echó una mirada a su reloj de pulsera—. Y no os demoréis demasiado; los coches están esperando fuera.

Dora corrió hacia la habitación de Charlotte. Por la obstinada expresión de Griffin y la triunfal de Margaret,mucho temía que madre e hijo iban a empezar a discutir en cuanto saliera del salón.

No tenía sentido que Griffin se fuera a vivir a esa casa. Desde luego, era una casa espléndida, de eso no le cabía duda, con sus grandes habitaciones, la amplia escalinata, las magníficas alfombras persas, las antigüedades... Solo que Griffin jamás había ocultado su aversión hacia la casa familiar, ni hacia la odiosa niñez que había

pasado allí.

¿Entonces, por qué volver?

Dora obtuvo la respuesta a esa pregunta cuando Charlotte se volvió a saludarla con una deslumbrante sonrisa. Griffin había resuelto la crisis familiar, según le había contado, permitiendo que Charlotte celebrara su boda felizmente. ¡Y lo había logrado accediendo a volver a vivir con su madre!

¿Sabía Charlotte lo que su hermano iba a sacrificar por ella?

Dora lo dudaba mucho. Charlotte no habría aceptado jamás a que su hermano fuera manipulado de ese modo. Y ello significaba que Griffin no le había contado lo que estaba haciendo por ella. Y, por la cara que había puesto al sorprender a su madre aireando tal información, Dora supuso que el silencio de Margaret era otra parte del trato.

¿Entonces por qué Margaret se lo había contado a Dora? ¿Qué motivo habría tenido para hacerle tal revelación? Porque había algo que Dora había aprendido hacía ya un año: Margaret no hacía nada sin un motivo.

Dora jamás había logrado comprender como una madre podía favorecer más a un hijo que a los otros dos. Pero la señora Sinclair resultaba aún más incomprensible en esos momentos. Griffin no se había equivocado al decir que su madre había cambiado desde la muerte de Charles, y esos cambios iban más allá del mero aspecto físico. Tras la muerte de Charles, Margaret parecía haber centrado su atención en su hijo menor. De nuevo Dora se preguntó hasta dónde estaba dispuesta Margaret a presionar a su hijo, ya que tenía finalmente algo de influencia sobre él. Y, sobre todo, hasta dónde estaba dispuesto a llegar Griffin...

Pero, al ver el bello semblante de Charlotte, Dora decidió dejar esos pensamientos de lado. Griffin parecía estar empeñado en que la boda de su hermana transcurriera sin contratiempos; y Dora no era, desde luego, la que iba a sembrar dudas en Charlotte.

—¡Dora! —Charlotte la saludó con efusión, bellísima con su vestido de raso y encaje blancos, el cabello negro suelto hasta los hombros y la emoción de una mujer que está a punto de casarse reflejada en sus luminosos ojos azules.

Como todos los Sinclair, Charlotte era alta y tuvo que inclinarse ligeramente para abrazar a Dora.

—Estás guapísima —le dijo a Dora con admiración al ver su elegante aspecto.

—Creo que soy yo la que debo decir eso, Charlotte —le dijo en

tono seco—. Estoy muy contenta por ti —añadió con emoción.

Siempre le había gustado Charlotte y sabía que Stuart sería para ella un marido estupendo. Charlotte hizo una mueca de disgusto. —Empezaba a preguntarme si este momento llegaría algún día. Mi madre ha estado… Bueno —alzó las manos como quitándole importancia al asunto—, Griffin dice que debo olvidarme de mamá y concentrarme en mi felicidad junto a Stuart; y eso es exactamente lo que tengo intención de hacer. Me alegra mucho que hayas podido venir, Dora —sonrió—. Griffin me contó la triste noticia de la muerte de tu padre —la agarró del brazo cariñosamente—. Por eso apreció aún más que hayas venido a la boda.

—Este es tu día, Charlotte —le dijo a la pequeña de los Sinclair con energía—. Hoy no hay lugar para tristezas. A ver, ¿dónde está ese velo?

Charlotte se sentó delante del espejo del tocador mientras Dora le colocaba el fino encaje sobre la cabeza.

—Podría habérmelo puesto yo sola —le dijo—. Pero la verdad es que quería hablar contigo a solas y dudo que tengamos tiempo después.

Dora fingió no darse por aludida.

—¿De qué querías hablar conmigo?

Charlotte la miró a los ojos.

—Es sobre Griffin —dijo.

—¿Griffin? —repitió intentando ocultar la sorpresa en su voz, pero sabiendo que no lo había conseguido.

¿Por qué diantres quería Charlotte hablar con ella acerca de Griffin? En lo que concernía a la familia Sinclair, Griffin sencillamente había sido para Dora un miembro más de la familia de Charles. A no ser que él le hubiera contado a su hermana menor lo de su encuentro dos años atrás…—.

—Estoy preocupada por él —le dijo Charlotte—. Sí, sé que Griffin es capaz de cuidar de sí mismo —se echó a reír—. Pero él y yo siempre hemos estado muy unidos, ya sabes que mi madre solo se ocupaba de Charles, y nosotros cuidábamos el uno del otro. Lo siento, Dora —exclamó, al darse cuenta de lo que acababa de decir del prometido de Dora—. Sé que ibas a casarte con Charles. Lo único es que…

—Lo entiendo, Charlotte.

Y era cierto. A Margaret no le habían importado en absoluto sus hijos menores en vida de Charles.

¿Pero, y estando muerto?

Charlotte sonrió con arrepentimiento.

—Por un momento me he olvidado de ti. Sabes, tú siempre le has gustado a Griffin y...

—Pensé que también a los demás —Dora la interrumpió en tono burlón al darle un vuelco el corazón. Griffin no la apreciaba, sino que se deleitaba con atormentarla y burlarse de ella. Eran cosas muy distintas.

—Por supuesto —Charlotte se echó a reír—. Pero Griffin en particular...

—Creo que te lo estás imaginando. Charlotte —le dijo decididamente.

Charlotte la miró de nuevo a los ojos por el espejo. —Griffin siempre ha sido mi hermano mayor, Dora; el que me protegía —dijo con dulzura—. Siempre lo he admirado y estoy orgullosa de que sea mi hermano. La noche en que Charles te presentó a Griffin como su prometida, Griffin puso cara de haber recibido una patada en el estómago. Yo nunca le he preguntado por qué, y él jamás me ha dado una explicación. Y no pienso preguntártelo ahora a ti, así que quita esa cara de preocupación —añadió con suavidad.

Claro que, de habérselo preguntado, Dora no le habría contado nada.

—De todos modos —Charlotte continuó—, lo quieras o no, siempre le has gustado. ¿Por qué crees si no que quiso llevarte la invitación en mano? Solo quería una excusa para volverte a ver.

Dora llevaba un par de semanas preguntándose lo mismo, pero no había encontrado ninguna explicación adecuada. Claro que se negaba a aceptar la de Charlotte. La hermana de Griffin estaba enamorada, a punto de casarse, y todo y todos entraban dentro de esa exaltación.

—Charlotte, son las tres menos diez y vas a casarte a las tres — le dijo Dora—. ¿No crees que deberías centrarte en eso en vez de imaginar...?

—Cuida de Griffin por mí, Dora —Charlotte se puso de pie y agarró a Dora de ambas manos mientras la miraba con ojos suplicantes—. Lo sé —sacudió la cabeza con pesar—. No crees que Griffin necesite que nadie lo cuide. Pero conozco a mi madre demasiado bien —frunció el ceño—. Está tramando algo. ¡Estoy segura! —Charlotte... —Lo malo es que Griffin cree que puede con ella —sacudió la cabeza distraídamente—. Y quizá pueda hasta cierto punto. Pero mi madre nunca le perdonó a mi padre que se muriera y que con su muerte ella perdiera su posición en la política.

Pasó los quince años siguientes educando a Charles para asumir el mismo papel, y ya sabes cómo ha acabado eso —Charlotte aspiró profundamente—. Hará todo lo que esté en su mano para intentar conseguir lo que desea. Y Griffin...

—¡Charlotte, olvídate de tu madre, deja de preocuparte por Griffin y ve a casarte! Griffin tiene tanta ambición de meterse en la política como yo —añadió en tono burlón mientras Charlotte seguía frunciendo el ceño.

Pero por dentro no se sentía tan segura. ¿Estaría Charlotte en lo cierto acerca de los planes de Margaret para Griffin? Pero, aunque así fuera, Dora no se lo imaginaba obedeciendo a su madre.

¿Ni siquiera por Charlotte...?, se preguntó con inquietud. ¡No, claro que no!

—Mira, si con ello vas a sentirte mejor, te prometo que vigilaré a Griffin por ti —dijo.

Si Griffin se hubiera enterado de lo que Charlotte acababa de pedirle...

Pero valió la pena su promesa al ver cómo se animaba Charlotte, que al momento sonrió como una novia feliz.

Cuando Dora bajó las escaleras, Griffin tenía mala cara y su madre parecía de lo más inabordable, confirmándole lo que había sospechado mientras subía: que habían tenido una discusión.

¿Estaría Margaret intentando manipular a su hijo para meterlo en la política? Era la cosa más ridícula que se le había ocurrido en la vida.

Dora se quedó helada al ver que Margaret la miraba con frialdad, incluso con repugnancia, como si fuera un detestable insecto a quien la mujer quisiera aplastar.

CAPÍTULO 4

¿QUÉ vas a hacer ahora con tu vida, Dora? Dora, que iba mirando por la ventana, se volvió hacia la mujer con la que iba sentada en el asiento trasero de la limusina blanca; de nuevo le impresionaron las profundas arrugas que surcaban el aristocrático semblante de Margaret Sinclair. Y por la tensión con la que se agarraba las manos sobre el regazo, Dora adivinó que estaba menos relajada de lo que aparentaba. Ciertamente era la boda de su única hija, pero en el pasado Margaret había dado la impresión de tomarse todo con mucha más calma. Se veía que ya no era el caso.

—¿Cómo? —Dora sacudió la cabeza—. No entiendo lo que quiere decir.

—Me da la impresión, querida, de que hasta el momento has sido bastante descuidada con los hombres de tu vida —dijo Margaret despacio—. Primero fue mi querido Charles, y ahora tu padre… Simplemente me preguntaba hacia dónde y con quién tienes la intención de ir ahora.

El accidente de automóvil de Charles o el infarto de su padre no habían sido culpa de Dora, menos aún eran achacables a una falta de cuidados por su parte.

La miró a los ojos inquisitivamente. Entonces Dora se dio cuenta que en ese momento se había enemistado con esa mujer; en realidad, no era muy buena idea dadas las circunstancias. Afortunadamente no tardarían demasiado en llegar a la iglesia y así al menos podría escapar de los confines de aquel automóvil.

Asistir al enlace había sido un error, aunque no exactamente el que ella había imaginado… Había pensado que Griffin sería su mayor problema ese día, pero en ese momento deseó que fuera él el que estuviera a su lado en vez de Margaret.

—Me imagino que ya has dejado la librería que…

—No —Dora dijo con alivio—. Solamente la tengo cerrada de momento porque estoy de obras.

—¿En serio? —Margaret arqueó las cejas—. ¿Qué pretendes, convertirla en una boutique para señoras o algo parecido?

Dora se sobresaltó al oír el sarcasmo con que le hablaba.

—Tan solo voy a cambiar la decoración —dijo, contenta al ver que ya llegaban a la iglesia.

Era una linda capilla de pueblo; el mismo lugar donde ella y Charles habían planeado casarse.

Cosa rara, no sintió nada mientras contemplaba el edificio de piedra gris o el patio cuajado de flores. Durante esos últimos meses, su breve relación y compromiso con Charles habían adoptado un tinte irreal, haciéndola preguntarse si habría sido auténtica o no.

Pero al ver que Margaret la miraba con expresión glacial, Dora no lo dudó. Aunque Margaret la había aceptado en el pasado como futura hija política, desde luego no tenía la intención de aceptar su presencia en esos momentos. Seguramente la mujer pensaba que Dora no tenía derecho a estar allí porque, como Margaret, debía sentir que la boda era una falta de respeto hacia la memoria de Charles. ¡Y, sobre todo, en compañía de Griffin!

—Vamos, querida —Margaret había salido de la limusina y se unió a Dora en el camino que conducía hasta la puerta del santuario —. Debemos dar la impresión de estar unidas —añadió con repugnancia.

Unidas era lo último que estaban. Pero, dicho sea en su honor, Margaret fingió a las mil maravillas, enganchada del brazo de Dora cariñosamente mientras saludaba a les invitados que ya estaban sentados, de camino al primer banco.

Cuando llegaron al banco, Dora estaba hecha un manojo de nervios y se alegró de poder sentarse porque le temblaban las piernas. Le daba la impresión de que todo el mundo la miraba a ella y se preguntaba qué demonios estaba haciendo allí. Lo que sí le quedó claro, a pesar de que Margaret le había presentado con simpatía a algunas antiguas amistades, era que la mujer hubiera preferido que estuviera a varios cientos de kilómetros de allí. Y también fue cayendo en la cuenta de que tal reacción poco tenía que ver con el hecho de que una vez hubiera sido la prometida de Charles y mucho con el hecho de que Griffin la hubiera llevado con él a la boda. Charlotte tenía razón; su madre estaba tramando algo. En ese momento Dora sintió que estaba entre dos fuegos.

De camino al altar para reunirse con su futuro esposo, Charlotte estaba deslumbrante, pero a Dora se le fueron los ojos hacia el hombre que caminaba a su lado. Griffin estaba fabuloso. Tan alto y fuerte, con su chaqué a medida, era el sustituto ideal de su fallecido padre. Y en el momento en que alcanzaron el banco donde estaban Dora y su madre, ladeó la cabeza ligeramente y le guiñó a Dora un ojo con complicidad.

Ocurrió tan rápidamente que pensó que se lo había imaginado, pero al ver el pétreo perfil de Margaret que miraba hacia delante con rigidez supo que no había sido así.

¡Maldito Griffin! Encima de tener que estar allí, Griffin le estaba haciendo creer a su madre que él era para Dora algo más que el hermano pequeño de Charles.

La ceremonia parecía que no iba a terminar nunca, y la sesión fotográfica en el patio y los jardines se le hicieron eternas. A Dora le dio la impresión de que todo el mundo estaba contento; pero ella estaba deseando que le surgiera una oportunidad para escabullirse de allí.

Y cuando esta apareció, la aprovechó y se apresuró sendero abajo, entre el resto de los invitados que se dirigían a sus vehículos para ir hasta el hotel donde se celebraría el banquete.

—¿Dónde demonios te crees que vas? —se oyó la voz de Griffin mientras la agarraba del brazo con fuerza.

Se volvió y vio a Griffin mirándola con desesperación.

—He felicitado a la novia, he asistido a la ceremonia y ahora me voy a casa.

Griffin se puso tenso.

—Jamás habría pensado que tendrías tan malos modales como para salir corriendo —le dijo en tono seco—. Aunque, ahora que recuerdo, ya lo hiciste en una ocasión...

—Yo... —su voz se fue apagando al caer en la cuenta de lo que le acababa de decir.

Se había referido a la mañana en que abandonó Dungelly Court. Había salido del hotel a las siete y media de la mañana para no ver a Griffin Sinclair. Y desde luego no lo había visto, hasta que Charles se lo presentó seis meses después.

—Exactamente —dijo Griffin con satisfacción—. Aquello estuvo mal, pero hoy resulta que eres mi acompañante oficial.

—No lo soy —le dijo indignada—. Yo...

—¿Quién te entregó la invitación? —le preguntó Griffin—. ¿Quién te ha traído aquí? —continuó, antes de darle la oportunidad de contestar.

—Esto...

—¿Al lado de quién vas a sentarte durante el banquete? —le soltó con satisfacción.

Dora lo miró con incredulidad. ¡Con Griffin no! Miró hacia donde estaba Margaret, que charlaba en ese momento con Charlotte y Stuart. No le extrañaba que la mujer estuviera tan molesta con ella; debía de creer que estaba detrás de Griffin.

—Olvídate de mi madre —le dijo con aspereza al ver hacia dónde miraba—. ¡Jamás le pido permiso para nada de lo que hago,

y no pienso empezar ahora! —añadió con dureza.

Quizá él pensara así, pero Dora estaba aún muy afectada por las cosas que Margaret le había dicho en el coche...

—¿Qué pasa? —le preguntó Griffin con impaciencia, frunciendo el ceño al ver la mala gana reflejada en su rostro—. ¿Qué te ha estado diciendo mi madre? —preguntó con desaliento.

No pensaba repetirle a nadie lo que Margaret le había dicho, y menos aún a Griffin. Todavía le costaba aceptar lo que le había resultado casi como una acusación en boca de Margaret, diciendo que Dora era una especie de gafe para los hombres que amaba. Tal afirmación había sido de lo más ridícula a los ojos de Dora, pero quizá para Margaret, que tanto amaba a su hijo mayor, hubiera tenido sentido.

—¿Tu madre está bien del todo? —preguntó Dora despacio, no muy segura de lo que estaba pensando, pero sabiendo que el comportamiento de Margaret no era racional.

—Te he preguntado qué te ha estado diciendo, Izzy —insistió Griffin—. Será mejor que me lo digas —la aconsejó al ver que vacilaba—. Porque si no lo haces, tendré que ir a preguntárselo —dijo, encogiéndose de hombros. Y Margaret no haría más que tergiversar todo; le diría a su hijo que era Dora la que estaba reaccionando exageradamente. Y quizá fuera verdad.

—No tiene importancia, Griffin. De verdad —añadió al ver que él seguía con mala cara—, ¡Y además estamos provocando un embotellamiento! —añadió, intentado quitarle importancia al asunto.

Los demás invitados los miraban al pasar, pero Griffin ni siquiera se estaba fijando.

—Me da igual...

—Pero a mí no —lo agarró del brazo y echó a andar hacia los coches—, Y no sé si el padrino debe guiñarle el ojo a una de las invitadas al pasar hacia el altar —se burló, esperando cambiar de tema.

Griffin le sonrió.

—¿Y cuándo he hecho yo lo debido?

Nunca. Jamás lo había visto dos veces con la misma mujer mientras duró su compromiso con Charles, y sus modales, como norma general, eran irrespetuosos.

—Además —añadió en tono sensual mientras le abría la puerta del coche—. Para mí tú no eres simplemente una invitada más.

No pensaba preguntarle qué pensaba de ella; pero sabía lo que

pensaba su madre, y de momento era suficiente.

—Oh, vamos, Dora —la animó al ver que no se metía en el coche—. Si te quedas, al menos me librarás de todas esas mujeres que mi madre pretende endilgarme, con la esperanza de dar con una esposa adecuada para mí.

Dora lo miró asombrada. ¿Su madre estaba intentando buscarle esposa? ¿A Griffin? ¿Y para qué? Pero al recordar lo que tanto Margaret como Charlotte le habían dicho horas antes, se dio cuenta de la razón...

¿Griffin casado? Debería importarle poco, pero en realidad no fue así.

Desvió la mirada mientras se montaba en el asiento trasero de la limusina. Para sorpresa suya, Margaret se sentó delante y Griffin detrás con ella.

Un silencio sepulcral reinó durante todo el trayecto hasta el hotel. Margaret miraba con rigidez hacia delante y la breve mirada que Dora le echó a Griffin le confirmó que este se estaba divirtiendo de lo lindo.

—¿A quién tienes ganas de pegar? —le dijo Griffin al oído al tiempo que colocaba el brazo en el respaldo del asiento.

—¡A ti! —le soltó, consciente de que su madre estaba allí cerca de ellos. Y aunque parecía como si Margaret fuera ajena a lo que hacían o decían, Dora estaba segura de que nada más lejos de la verdad.

—¿A mí? —Griffin se apartó, sorprendido ante la vehemencia de su respuesta.

Griffin era el último miembro de la familia Sinclair con el que quería tener nada que ver.

¡ Y después de ese día, lo mismo pensaba de Margaret!

—No importa —murmuró Dora, consciente de la presencia de Margaret Sinclair—. Ya hablaremos de ello más tarde.

—Promesas, promesas —murmuro Griffin en tono de incredulidad—. Ya me he dado cuenta de que contigo no existe un «después».

Ella se volvió y lo miró con dureza. —No coquetees conmigo, Griffin —susurró amenazadoramente—. ¡No estoy de humor! Él sonrió, despreocupado.

—Deja esa excusa para cuando estés casada —le dijo en tono sugerente.

La. Exclamación de indignación que Dora soltó fue ahogada por Ya llegada al hotel; de nuevo se vio envuelta entre el bullicio de los

invitados, mientras se dirigían todos hacia el salón.

Pero eso no le impidió seguir pensando.

Después de la muerte de Charles, había decidido que no se casaría; además, tampoco podía decirse que en los últimos meses se hubieran interesado por ella muchos hombres. Había salido un par de veces a cenar con Sam, que estaba más interesado en su carrera que en una relación, así que en realidad eso tampoco contaba.

Charlotte y Stuart ya estaban esperando para saludar a los invitados a la entrada del salón. Dora se quedó al lado de Griffin mientras felicitaban a la pareja.

—No te preocupes por mí —le dijo Dora a Griffin desdeñosamente cuando ya habían entrado en el salón y tenían en la mano una copa de champán cada uno.

—Sabes, Izzy... —dijo, estudiándola—. Estas ganas que tienes de estar conmigo van a acomplejarme.

Dora dio un sorbo, y miró a su alrededor con curiosidad mientras reconocía algunas caras.

—Lo dudo —le contestó en tono seco—. Además, siendo el padrino de la novia hay otras cosas que debes hacer.

—He entregado en matrimonio a mi única hermana a un hombre que se la merece; creo que ese era mi único deber por hoy —comentó.

Dora lo miró inquisitivamente.

—Charlotte parece preocupada por ti —aventuró.

—He oído que es un síntoma típico de las recién casadas; quieren ver a todos a su alrededor tan felices como ellas.

—Creo que estás tergiversando adrede lo que acabo de decirte. Charlotte está preocupada por ti y, a juzgar por algunas de las cosas que me ha dicho antes tu madre, creo que tu hermana no se equivoca.

—No le habrás contado nada a Charlotte, ¿verdad? —dijo Griffin en tono amenazador, mientras la agarraba del brazo con fuerza.

—No, en absoluto —le contestó despacio—. ¡Pero creo que quizá tú deberías habérselo dicho!

Soltó a Dora bruscamente y se dio la vuelta para mirar hacia donde estaba la feliz pareja de recién casados, que seguían saludando a los invitados.

—La boda no habría tenido lugar hoy si Charlotte hubiera adivinado lo que mi madre está tramando —murmuró con gravedad.

Dora deseaba saber qué era exactamente lo que tramaba

Margaret Sinclair. Lo único que sabía era que Griffin había llegado a algún tipo de acuerdo con su madre, un acuerdo que era la razón por la que Margaret había accedido con gusto a que se celebrara la boda de su hija.

¿Pero cómo afectaría ese trato a Griffin? ¿Y qué tipo de trato sería? El mudarse a la mansión familiar era una de las condiciones. ¿Pero y la carrera política insinuada y las mujeres que su madre intentaba meterle por los ojos? ¿Accedería Griffin también a eso?

—Griffin...

—Déjalo ya, Izzy —le ordenó bruscamente—. Deja que Charlotte disfrute de su día; ya me ocuparé de lo demás más tarde.

¡En otras palabras, que se metiera en sus asuntos! Y estaría encantada de hacerlo, si no fuera por la promesa que le había hecho a Charlotte...

—Tu madre parece distinta, Griffin —dijo Dora, intentando acercarse a él de otra manera—. Quiero decir, desde la muerte de Charles.

Él se encogió de hombros.

—Una lección beneficiosa para todos —dijo con aspereza—. Nunca tengas un favorito —le aconsejó con pesar—. Cuando Charlotte se vaya a vivir a Estados Unidos, a mi madre solo le quedaré yo.

Cualquier madre normal estaría orgullosa de tener un hijo como Griffin; era guapo y tenía éxito en su vida profesional. Pero Margaret...

Para Dora, el hecho de ser hija única tampoco había sido una ventaja. Su madre siempre la había querido mucho y había estado muy orgullosa de ella, pero su padre habría deseado tener un hijo varón y jamás había ocultado la decepción que sentía por no haberlo conseguido.

Esa decepción la había acompañado durante toda su infancia y vida adulta, aunque Dora sabía que cuando se prometió con Charles su padre se había sentido tremendamente complacido.

Pero después Charles había muerto y con su muerte Dora había perdido valor a los ojos de su padre.

Hacía tiempo que había decidido que si alguna vez se casaba y tenía hijos, los amaría por ellos mismos, no por lo que pudieran tener o pudieran ser, y a todos por igual.

—¿En qué estás pensando ahora, Izzy?

Dora miró a Griffin algo aturdida, había olvidado por un momento dónde estaba y con quién.

—Estaba pensando que... —se humedeció los labios—. Que los padres tienen mucha culpa.

Griffin se echó a reír.

—Según dicen, es la tarea más dura del mundo... ¡Y además, nadie está preparado para ello!

Eso era cierto. ¿Quién podía asegurarle que ella iba a ser una buena madre? Sabía lo que no tenía que hacer, pero eso no significaba que supiera cómo hacer lo correcto.

—Cierto —concedió con pesar—. Nunca se me había ocurrido pensarlo así.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de sentarnos todos a comer —hizo un gesto con la cabeza hacia el salón, donde algunas personas estaban ya sentándose—. Y lo de antes lo he dicho en serio, Izzy; tú te vas a sentar a mi lado.

La agarró del brazo y tiró de ella con suavidad.

Dora había decidido no discutir con él. Mientras no la obligara a sentarse junto a su madre, ya no le importaba dónde lo hiciera.

Afortunadamente, Margaret se sentó al otro lado de la mesa nupcial, junto a su yerno; Griffin tenía a Charlotte a un lado y a Dora al otro; a la derecha de esta se sentó un tío de Griffin.

Todo lo que tenía que hacer era comer, charlar un poco con el tío y quizá después Griffin la dejaría marchar discretamente.

Para sorpresa de Dora, la comida resultó muy agradable. El tío, que se llamaba James, era hermano del padre de Griffin, y la entretuvo todo el tiempo contándole chistes; en realidad, los dos se lo pasaron de maravilla.

—Tiene sesenta años, y ya es abuelo —Griffin se inclinó y le susurró al oído.

Dora lo miró molesta. ¿Habría preferido que se hubiera quedado sin hablar con nadie durante toda la comida?

—Son los más agradecidos —le contestó en tono punzante.

Le tocó a Griffin el turno de echarse a reír, por cierto, por primera vez en toda la comida.

—Siento repetirme —dijo, sacudiendo la cabeza—, pero de verdad me pregunto si Charles sabía dónde se estaba metiendo cuando se prometió contigo. ¡Qué genio tienes!

—Si me disculpas —le dijo de modo significativo, antes de volverse hacia el tío para escuchar otro de sus chistes, que eran muy graciosos. Aunque Dora no podía evitar preguntarse si su buen humor se debía al champán más que a la compañía.

Incluso los discursos no le parecieron tan aburridos como

acostumbraban a ser en tales ocasiones. Griffin hizo reír a los invitados contando historias de su hermana cuando era una niña; a todos, excepto a Margaret, notó Dora, que continuaba mirando a todo el mundo a través de aquellos ojos azules de mirada fría.

Parecía como si Margaret estuviera en esos momentos observando y valorando los cambios que podría operar en Griffin. Dora sintió que la invadía una sensación de miedo.

Lo que de momento estaba bajo la superficie, no sería aparente hasta que Charlotte se hubiera marchado de luna de miel. Y entonces, Dora no lo dudaba ni por un momento, sería cuando comenzaran los tiros entre madre e hijo.

—¿Qué tal he estado?

Dora se había perdido la última parte del discurso de Griffin, aunque, a juzgar por los rabiosos aplausos y las risas de los invitados, había sido todo un éxito.

—Muy bien —pestañeó—. Ha sido muy divertido —añadió confiadamente.

—Mentirosa —murmuró de buen humor, sonriendo a los invitados que seguían mirándolo—. Recuérdame que después te pregunte en qué estabas pensando cuando deberías haber estado escuchándome.

¡Desde luego, no pensaba decírselo! Además, esperaba poder escaparse antes de que llegara ese momento.

Aunque, en realidad, no parecía que eso fuera a ocurrir pronto. Los músicos empezaron a tocar mientras los invitados abandonaban las mesas y todo el mundo sonrió cuando Charlotte y Stuart salieron a la pista, mirándose a los ojos con amor.

Mientras Dora los observaba, entendió por qué Griffin había hecho el trato que fuera con su madre; el problema estaba en si sería capaz de cumplir o no su parte del arreglo.

—Ya estás como ausente de nuevo —le murmuró Griffin con impaciencia—. Venga, bailemos; quizá así estés más atenta. ¡Yo desde luego no he conseguido llamar tu atención! —añadió disgustado.

Griffin estaba totalmente equivocado. Por culpa de él Dora soñaba despierta.

Pero no tuvo tiempo de ponerse a pensar en eso en aquel momento. Griffin la tomó entre sus brazos y empezaron a bailar, al tiempo que otras parejas se unían a ellos en la pista.

Era la primera vez que Dora bailaba con Griffin y la experiencia, por decir poco, le destrozó los nervios. Estaba demasiado pegado a

ella: no paraba de rozarla con los muslos y el pecho y, de tan cerca que estaba, notaba su cálido aliento entre los cabellos.

—No te separes —le dijo Griffin cuando ella intentó hacerlo.

Se suponía que la respiración debía ser un fenómeno involuntario, pero de repente ella no era capaz de respirar.

¿Sería posible morir por bailar tan pegada a alguien? En ese momento era lo que sentía.

¡No era posible! ¡No podía estar enamorándose de Griffin! Era cierto que durante unas horas, dos años atrás, se había dejado llevar por esa ilusión, pero incluso entonces se había dado cuenta de que Griffin no era el tipo de hombre capaz de sentar la cabeza con una sola mujer; sobre todo con una llamada Dora, que trabajaba en una librería y vivía en casa con su padre.

Y por ello, en aquella ocasión, le había seguido la corriente y se había permitido coquetear con él. Hasta que se había dado cuenta de que pisaba terreno peligroso. Eran las únicas horas de locura que había vivido en su ordenada existencia. Y con un completo desconocido. Con un hombre a quien había creído que no volvería a ver. Pero se habían vuelto a ver y en esa ocasión, ella estaba prometida a su hermano mayor.

Dicho sea en su honor, Griffin había representado el papel de hermano menor de Charles a las mil maravillas... O al menos eso había pensado Dora, hasta el comentario de Charlotte de esa mañana. Según Charlotte, Griffin había puesto cara de pocos amigos cuando Charles le había presentado a su prometida; sin embargo, Dora no se había dado cuenta. De todos modos, no había razón para no creer a Charlotte.

¿Y qué había sentido ella exactamente la noche en que le presentaron a Griffin?

Horror, miedo. Miedo a que Griffin dijera que ya la conocía y descubriera su encuentro anterior.

¿Pero qué más había sentido? ¿Qué había sentido en realidad al volver a ver a Griffin, el hombre que la había besado con tanta pasión?

« ¡No!»

Se cerró en banda a todo lo que pudiera haber sentido aquella noche. No serviría para nada más que para confundirla, y en un momento en que intentaba, después de vivir durante años pendiente de las necesidades y deseos de su padre, hacer su propia vida. Una vida en la que no había sitio para amar a una persona tan problemática como Griffin Sinclair.

—¿Qué te pasa? —Griffin la miró con el ceño fruncido mientras seguían bailando—. De repente te has puesto de lo más tensa —añadió al ver que ella lo miraba inquisitivamente.

Su tensión se debía a que había tomado una decisión en esos momentos: ni Margaret Sinclair ni Griffin formaban parte de su vida. La frialdad de Margaret hacia ella y las bromas y burlas de Griffin no la afectarían una vez hubiera concluido aquel día. La promesa que le había hecho esa mañana a Charlotte era una total pérdida de tiempo; de todas maneras ella nunca veía a Griffin y él era perfectamente capaz de cuidarse solo.

—De repente me he acordado de que mi padre me decía que pusiera la espalda recta —le dijo mientras el baile concluía—. Creo que...

—Ah, Griffin, aquí estás —Margaret lo saludó sonriente mientras abandonaban la pista.

Dora se volvió a mirar a Margaret y se quedó sorprendida al ver que no estaba sola. A su lado había una rubia alta y preciosa. Griffin, que la llevaba agarrada por el codo, se puso tenso nada más verlas, aunque al saludarla no dejó entrever esa tensión.

—Griffin —lo saludó la rubia con deleite.

¿Era esa una de las mujeres que su madre le tenía preparada... ?

—Griffin, ¿te acuerdas de Amanda Adams? —le recordó su madre en tono empalagoso.

—Por supuesto —Griffin asintió con brusquedad, sonriendo forzadamente mientras miraba a la preciosa rubia.

¡Era una de esas mujeres!

Y Margaret, tan educada aparentemente, estaba obviando a Dora de manera harto significativa.

Lo cual ya decía mucho. Dora miró a Amanda Adams. Sí, era una mujer muy bella, probablemente de la edad de Dora, pero a diferencia de esta, poseedora de una confianza en sí misma que Dora jamás podría alcanzar.

—La hija de Jeffrey Adams —dijo Margaret significativamente.

¡Jeffrey Adams! ¡El político! ¡Un firme candidato a la presidencia de su partido y posible futuro primer ministro !

—Se me ocurrió que quizá os gustara bailar juntos —Margaret le dijo a Griffin con determinación.

Inmediatamente Dora se puso tensa. Margaret se estaba comportando de un modo muy grosero. ¿Era ella la única que se había dado cuenta? A Amanda Adams no parecía preocuparle. En

realidad, a ella ni siquiera la había mirado mientras que a Griffin no le quitaba la vista de encima. Y Griffin, maldito idiota, parecía a su vez totalmente cautivado por la rubia.

Bueno, si Griffin quería ser un juguete en manos de su madre eso era asunto suyo; Dora, desde luego, no pensaba interponerse en su camino. Si lo que Margaret tenía en mente para Griffin era una carrera política, entonces la hija de Jeffrey Adams sería sin duda la esposa adecuada para él.

—Adelante, por favor —dijo Dora con tirantez—. Además, quisiera sentarme un rato.

í—Bueno, si no te importa —apenas la miró, sino que se volvió hacia la seductora y sonriente Amanda.

Estaba segura. ¡Más que segura! Ese hombre era un imbécil; no merecía que Dora lo ayudara a evitar las maquinaciones de su madre si era lo suficientemente estúpido como para caer en su trampa.

—¡Pues claro que no! —soltó antes de marcharse a toda prisa.

Pero a los pocos minutos no pudo resistirlo y echó una mirada hacia la pista. Amanda y Griffin reían divertidos, Griffin claramente fascinado por la esbelta rubia. Miró a Margaret de soslayo y se dio cuenta de que la mujer miraba a su hijo y a Amanda con una sonrisa en los labios; pero al ver que Dora la observaba, echó la cabeza hacia atrás, en ademán desafiante.

¡Maldita bruja! Cuanto antes se marchara Dora, mejor para todos. Además, seguramente Charlotte y Stuart se irían pronto. Uno de los tíos había mencionado que la feliz pareja iba a tomar un vuelo esa noche hacia París. Y antes tendrían que cambiarse y recoger la maletas.

Dora respiró aliviada cuando, diez minutos después, se anunció que los novios se marcharían al poco rato. Se unió a los demás invitados junto a la puerta para despedirlos. Con suerte, y una vez se hubieran marchado, podría hacerlo ella también sin que nadie la viera.

Pero en aquel momento todos los ojos se volvieron hacia ella, cuando inesperadamente atrapó el ramo de rosas amarillas que la novia lanzó. Charlotte se puso muy contenta, pero Dora estaba claramente consternada.

La hermana de Griffin le sonrió y se despidió de ella con un gesto de la mano antes de desaparecer por la puerta con su marido.

Dora sonrió tímidamente al ver que varios de los invitados le sonreían con aprobación.

—Un presagio, Izzy. Esperemos que, sea quien sea, puedas retenerlo a tu lado.

Se volvió bruscamente para encontrarse cara a cara con Griffin, que la miraba con una fingida inocencia que ella no creyó ni por un momento.

—Se ve que Charlotte tiene un sentido del humor tan extraño como el tuyo —le soltó—. Es más probable que tú te cases antes que yo —añadió en tono mordaz, mirando en dirección a la preciosa rubia que lo seguía devorando con la mirada desde lejos—. Toma —Dora le dio el ramo con rabia—. Regálaselo a tu amiga. Él meneó la cabeza.

—Así no funciona, Izzy. Un ramo de segunda mano no significa nada —se burló—. No, Izzy, me temo que tendrás que enfrentarte a ello si es que estás destinada a ser la próxima novia.

—Y un cuerno —murmuró con energía—. Yo iba a casarme con Charles...

—No habríais sido felices —dijo con certeza. —Me estás insultando —exclamó con incredulidad. —Tú no lo amabas —Griffin se encogió de hombros—. ¡Y dudo mucho que Charles fuera capaz de amar a nadie más que a sí mismo!

—¡Pues claro que lo amaba! —soltó con impaciencia, pasando por alto su comentario acerca de Charles; después de todo, no podía responder de nadie más que de sí misma—. Esta es la segunda vez hoy que dices algo así —dejó el ramo en una mesa que había junto a ella—. Y, para serte sincera, me parece de lo más soez. No tienes ningún derecho a... ¿Por qué me miras así? —le preguntó al ver que él la miraba con expresión inquisitiva, cruzado de brazos.

—Continua, Izzy —le dijo en tono burlón—. Si lo intentas con empeño, quizá te puedas poner nerviosa de verdad.

—¡Sigues insultándome! —le espetó con rabia, a punto de darle una bofetada y borrarle esa sonrisa burlona del rostro.

—Eso ya lo has dicho —dijo en tono seco—. Varias veces, además.

—Entonces será que lo digo en serio —dijo, mirándolo con furia—. Me parece que me estoy hartando de esta boda, Griffin. ¡Desde luego estoy harta de ti! Y no te ofrezcas para llevarme a casa —lo previno en voz baja—. ¡Ya me has molestado suficiente por hoy!

—No tengo intención de llevarte a casa —Griffin dijo divertido—. No tengo coche, acuérdate —se encogió de hombros—, Pero si insistes en marcharte, podría pedirte un taxi.

—¡Desde luego que insisto! Y puedo pedirlo yo sola, gracias —le

dijo con impaciencia—. Ahora, si me disculpas…

—Desde luego —se quitó de su camino—. No te olvides de despedirte de mi madre… Después de todo, es la anfitriona —añadió en voz baja.

Al darse la vuelta, Dora oyó que se echaba a reír, pero siguió adelante en dirección a Margaret, que estaba al otro lado hablando con su hermana. Griffin tenía razón: tenía que despedirse de su madre. Pero se había equivocado en cuanto a sus sentimientos hacia Charles; ella lo había amado. Charles tenía todo lo que cualquier mujer podía desear en un futuro marido. ¿Pero, además, qué sabía Griffin de todo eso?

—Nos dejas demasiado pronto, Dora —le dijo Margaret en tono agradable cuando Dora le comunicó su intención de marcharse—. Discúlpanos, Stella; voy a acompañar a Dora —le dijo a su hermana, agarrando de nuevo del brazo a la sorprendida Dora.

La superficial simpatía de Margaret se esfumó en cuanto salieron al vestíbulo del hotel.

—Solo te quería advertir que no empieces a imaginar cosas en relación a Griffin —dijo, yendo directamente al grano—. En otras palabras, Dora, no te tomes el incidente del ramo en serio. Sobre todo con Griffin en mente —añadió en tono grave—. Tengo mis propios planes para mi hijo y, desde luego, no te incluyen a ti.

Dora se la quedó mirando, sorprendida por el ataque del que estaba siendo objeto, a pesar de que más o menos se lo hubiera esperado. Fue el veneno en las palabras de Margaret Sinclair lo que más la desconcertó. Nadie le había hablado así en la vida.

Margaret esbozó una sonrisa que no alcanzó su mirada, fría como el hielo.

—Estoy segura de que te estás preguntando por qué estoy tan en contra de que tengas nada que ver con mi hijo menor, cuando en el caso de Charles me pareciste la candidata adecuada —siguió diciendo en tono irónico—. La verdad, Dora, es que tengo a alguien más conveniente para Griffin. Estoy segura de que te has dado cuenta perfectamente de quién es Amanda…

Y no solo eso. Dora había reparado en varias figuras de la política entre los numerosos invitados y, poco antes de salir, había visto que Jeffrey Adams estaba entre ellos.

—Me consta que sí —continuó diciendo Margaret, después de que Dora le echara una mirada al político cincuentón—. Amanda es la hija menor de Jeffrey y, además, la niña de sus ojos —añadió con satisfacción.

Y evidentemente la mujer que a Margaret Sinclair le parecía la más «adecuada» para convertirse en esposa de Griffin…

Pero no era posible que Margaret convenciera a Griffin de que se metiera en la política para seguir los pasos de su padre y de Charles. La idea en sí resultaba ridícula. Griffin decía lo que le daba la gana, a quien le apetecía, y eso no funcionaba en la política.

¿Era consciente Griffin de hasta dónde estaba dispuesta a llegar su madre? Griffin sabía que Margaret le estaba buscando una esposa adecuada, con lo cual debía de saber al menos algo de lo que tenía en mente para él.

Pero Griffin se veía muy capaz de manejar a su madre y enfrentarse a sus maquinaciones. Aunque no parecía haberle importado en absoluto coquetear con Amanda.

—Le deseo suerte —le dijo Dora a Margaret—. En lo que a mí concierne, tengo mis propios planes para el futuro… ¡ Y desde luego no la incluyen a usted!

—Me alegra tanto que pienses así, querida —Margaret le dio un apretón en el brazo—. Estoy segura de que si te mantienes firme en tu decisión, será lo mejor para todos.

Esa mujer era peligrosa, pensaba Dora mientras se alejaba de allí apresuradamente al tiempo que reflexionaba sobre la amenaza que Margaret Sinclair acababa de lanzarle.

Pero Dora lo había dicho muy en serio: tenía el firme propósito de mantenerse alejada de Margaret y Griffin, porque ambos eran de lo más temible.

Aunque, tal y como había notado antes, al sentir unos celos tremendos de que Griffin se hubiera sentido atraído por la bella Amanda, eran peligrosos por razones muy diferentes.

CAPITULO 5

¿QUÉ demonios...? ¡Ten cuidado, Izzy! —gritó Griffin cuando la escalera en la que estaba subida se tambaleó peligrosamente. Lo cual, dadas las circunstancias, no resultaba nada

extraño.

La última persona a la que había esperado, o deseado, ver era a Griffin Sinclair. Además, la tienda estaba cerrada, cosa que la nota que colgaba de la puerta decía claramente. ¡Pero Griffin nunca se había fijado en detalles así!

—Baja de ahí —le ordenó, de pie junto a la escalera—. ¡Así me podrás explicar exactamente qué demonios estás haciendo! —añadió.

A Dora le indignó la arrogancia de aquel hombre, aunque al mismo tiempo captó la burla implícita en el tono de la última frase.

Se suponía que tenía que pintar el techo, pero reconoció que más que pintar se estaba poniendo perdida de pintura. Tenía los téjanos y la camiseta muy manchados, por no hablar del pelo. Mientras que Griffin, vestido con téjanos y camiseta verde oscuro, estaba más guapo que nunca.

—Me parece que está muy claro lo que estoy haciendo, Griffin —le soltó, sin hacer el menor amago de bajar de la escalera. No había visto ni sabido nada de Griffin desde la boda, seis días antes y hubiera preferido no volverlo a ver. ¿Habría ido a contarle que se había prometido con la bella Amanda?

Una mirada burlona asomó a sus ojos verdes.

—Sí —murmuró finalmente—. Aunque no —añadió unos segundos más tarde—. La verdad es que no tengo ni idea. Parece que te estás dando mechas blancas en el cabello, pero te aconsejo que vayas a la peluquería a que te lo haga un profesional.

—Muy gracioso —le dijo Dora en tono cáustico mientras dejaba la brocha y el bote de pintura sobre la escalera.

—Sé que la pregunta que voy a hacerte es muy estúpida...

—Entonces no me la hagas —le aconsejó en tono seco mientras se secaba las manos pegajosas en los costados de los pantalones—. Te daría la mano pero...

—¡Darme la mano! ¡Ni hablar! —la agarró por los antebrazos y la besó en los labios con fuerza antes de soltarla de nuevo—. Después de todo, estuviste a punto de ser mi cuñada —le dijo mientras ella lo miraba indignada.

¡Eso no le daba derecho a besarla cada vez que le diera la gana!

—Como ves, estoy ocupada, Griffin —le dijo de modo significativo.

Griffin miró hacia el techo y ella siguió su mirada. ¡Dios mío, qué desastre! No solo se había puesto perdida, sino que la parte que había pintado estaba llena de churretes, dando la impresión de suciedad.

—¿Como veo? —dijo con sorna.

Dora lo miró enfadada.

—¿Es que tú lo sabrías hacer mejor? —le contestó. Que ella supiera, la pintura tampoco era su fuerte.

—Dudo que pudiera hacerlo peor —le dijo con franqueza—. Pero me resulta curioso que quieras hacerlo tú sola; no creo que estés tan mal de dinero.

—El dinero no tiene nada que ver con esto —le aseguró en tono seco—. Aparte del local y la casa, mi padre me ha dejado en una posición bastante cómoda. No es por el dinero —continuó con determinación, sin la menor intención de discutir con Griffin su situación financiera—. Los decoradores me han dejado plantada en el último momento. Pero como había anunciado el cierre en todos los periódicos locales y en la puerta de la tienda durante varias semanas, decidí intentarlo yo misma.

Dora se puso colorada al recordar la frustrante semana que acababa de pasar.

Los decoradores no la habían avisado hasta el domingo por la noche de que no podrían hacerlo y por eso no había tenido tiempo de encontrar a otros. Todas las demás empresas le habían dicho lo mismo: era primavera, época de mucho trabajo, y no podrían hacerle el suyo hasta después de varias semanas, o quizá incluso meses.

Por eso había salido a comprar la pintura necesaria, en tonos verdes y crema, y se había embarcado sola en el proyecto. Sin embargo, enseguida se había dado cuenta que no iba a resultar fácil.

—¿Necesitas ayuda?

Por supuesto que la necesitaba, pero desde luego no de Griffin.

—Gracias por la oferta, pero…

¿Cuándo se supone que tienes que abrir, exactamente? —Griffin la interrumpió en tono afable.

Dora suspiró pesadamente.

—Lo conseguiré, Griffin; con un poco más de práctica lograré…

—¿Cuándo, Izzy? —preguntó de nuevo—. Porque estoy seguro

de que por mucho que practiques no vas a mejorar en lo referente a la pintura.

—¡Desde luego eres la persona más grosera que...! —dijo, poniéndose colorada.

—Esa faceta de mi personalidad ya la hemos discutido —dijo Griffin con desdén—. Varias veces. Ahora, dime cuándo, Izzy.

—Dentro de diez días —reconoció a regañadientes—. Y estoy segura de que si sigo trabajando...

—Veinticuatro horas al día durante los siguientes diez días, y seguiría quedándote fatal, Izzy.

Dora puso los brazos en jarras. Había tenido una semana horrible y si Griffin seguía atormentándola, lo abofetearía sin dudarlo, y eso que ella jamás había sido una persona violenta. Pero no había sido muchas cosas hasta que había conocido a Griffin Sinclair!

—¡Seguramente tendrás cosas que hacer, alguien a quien ver quizá! —añadió de manera cortante, pensando en Amanda Adams —. Así que, si me disculpas...

—Izzy, ¿quieres, por una vez en tu vida, dejar de ser tan endiabladamente independiente? —la agarró del brazo—. Acepta la ayuda, aunque venga de mí —añadió con aspereza.

Dora se dio cuenta de que Griffin no se había dado por aludido con su indirecta referencia a Amanda Adams. Pero sabía que Margaret no se daría por vencida tan fácilmente, y la misma Amanda tampoco parecía hacerle ascos al asunto.

—Estás demasiado ocupado —dijo ella, volviéndose.

—Sí, lo estoy —añadió con pesar—. Y no digo que pudiera venir a ayudarte durante el día. Pero tengo las tardes libres y me alegraría poder dedicarlas a ayudarte durante los próximos diez días.

¿Y Amanda Adams?

—¿Te has mudado ya a casa de tu madre? —le preguntó Dora sin rodeos.

Él sonrió.

—¿Por qué crees que me he ofrecido a venir a echarte una mano? Incluso la pintura es preferible a la compañía de mi madre. Me está volviendo loco, Izzy; estoy tan desesperado que incluso he pensado seriamente en casarme con Amanda para que me deje tranquilo. Solo que no sería posible —añadió en tono fúnebre—. ¿Te imaginas con las dos?

Dora lo miró durante varios segundos y luego se echó a reír. Era

la primera vez que lo hacía durante esa última semana. Y en su fuero interno sabía que se había sentido tan triste porque durante la boda se había dado cuenta que Griffin seguía gustándole y estaba celosa de la atención que le había prestado a Amanda Adams. El alivio que sintió al oírle hacer aquella broma acerca de la situación fue demasiado para ella.

—Lo necesitaba —le dijo cuando dejó de reírse.

—Lo sé —concedió amablemente—. ¿Tienes material aquí para hacer café?

—¿No te parece demasiado pronto para tomarte un descanso, Griffin? —se burló.

—En absoluto. Creo que te vendría bien hacer una pausa. Te haré un café cargado y bien dulce, y mientras te lo bebes veré lo que puedo salvar del...

—Del desastre —terminó de decir Dora por él, mirando a su alrededor; no solo se había manchado ella de pintura, sino que había puesto todo lo demás perdido—. Sí, lo del café me parece una idea estupenda, Griffin —concedió con recelo—. Pero yo lo haré y tú te ocupas del salvamento.

Cinco minutos más tarde Dora volvía junto a él con dos tazas de café. Griffin tenía en la mano la brocha y el bote de pintura.

—La brocha no es la adecuada y la pintura tampoco —dijo—. O bien te informaron mal. o bien no preguntaste. Y conociendo tu naturaleza independiente...

—Volveré mañana y compraré lo necesario —le dijo con firmeza, sabiendo perfectamente lo que le iba a decir de su naturaleza independiente.

Pero tenía que ser así. No tenía a nadie a quien pedir consejo, ni siquiera a su padre. ¡Aunque su padre jamás habría accedido a hacer los cambios que ella quería!

—Volveremos mañana —Griffin la corrigió de modo significativo—. Quiero saber con qué voy a trabajar.

—Está bien —concedió en tono áspero—, ¿Pero no dijiste que durante el día estabas trabajando?

—Los sábados no —sacudió la cabeza y bebió un sorbo de café —. Mañana empezaremos temprano; no creo que nos vaya a llevar mucho tiempo —miró a su alrededor pensativamente—. ¿Has comido algo? —se volvió y la miró con sus penetrante ojos verdes.

Ella asintió.

—¿El qué? —preguntó en tono seco.

—Una tostada —contestó a la defensiva—. Sobre las cinco y

media. Y no puedo...

—...salir así vestida —terminó de decir por ella—. Sí, en eso estoy de acuerdo —sonrió—. Volveremos primero a tu casa para que te duches y te cambies, y luego...

—Griffin, aunque me duche y me cambie de ropa no estaré presentable para comer en un restaurante —se tocó el pelo, que parecía de esparto—. Además, no tengo hambre —le dijo con obstinación.

—Claro que la tienes —la rebatió enérgicamente—. Estás más delgada que nunca, Izzy —le reprochó finalmente.

Dora se había dado cuenta de ello durante las últimas semanas por lo grande que le quedaba la ropa. No estaba aún acostumbrada estar sola, y cocinar para una sola persona le parecía una pérdida de tiempo y esfuerzo. Consecuentemente, se había estado alimentando de chocolatinas y tostadas durante las anteriores seis semanas.

—Tonterías —dijo alegremente—. No eres demasiado galante, Griffin.

Claro que, según estaba llena de pintura, no le sorprendía. Aunque por una vez le hubiera gustado que pensara que estaba...

—Izzy, estás muy guapa... Aunque sea cubierta de pintura. Siempre lo he pensado —le dio un toque cariñoso en la punta de la nariz.

Guapa. Eso era lo que quería que pensara de ella. Pero, una vez dicho...

—Y yo aún no he comido —siguió diciendo—. En realidad, iba de camino a casa —hizo una mueca de disgusto al mencionar una casa en la que no se sentía cómodo—. Lo menos que puedes hacer es acompañarme. Dora arqueó una ceja. —¿Y por qué iba a querer hacerlo? —Es mejor tener a los obreros contentos, Izzy —le pasó la cazadora para que se la pusiera—. Sobre todo a los que van a trabajar gratis.

—No será por mucho tiempo —le aseguró con determinación, sin dejar de mirarlo—. Los decoradores que había contratado me iban a cobrar un dineral. No tenía la intención de dejar que me ayudaras sin...

—Olvídalo, Izzy —dijo, tirando de ella con energía hacia la puerta—, A los amigos no se les paga.

Pero él no era un amigo; claro que, tampoco sabía lo que era. No. Sintiera lo que sintiera hacia Griffin, no se trataba de amistad...

—Llévame a cenar, Izzy —añadió Griffin antes de que ella pudiera objetar nada—. Así podremos discutir los términos de mi

contrato.

—¿Te parece bien un chino? —sugirió mientras echaba el cerrojo a la tienda—. Hay uno muy cerca de casa y casi siempre encuentro mesa sin reservar.

A veces, en ocasiones especiales, cuando su padre y ella se sentían cansados tras un largo día de trabajo en la tienda, habían ido allí a cenar.

Pero desde la muerte de su padre, no había ido a ningún sitio. Excepto a la boda, por supuesto. Cuando la tienda estuviera terminada y de nuevo en marcha, tendría que empezar a salir un poco más.

—De acuerdo —Griffin la siguió fuera—. Será mejor que nos llevemos los dos coches y los dejemos en la casa. Supongo que podemos ir caminando hasta el restaurante.

—Desde luego —asintió.

Después de estar horas aspirando el olor a pintura, agradeció poder respirar aire fresco, aunque fuera con el avasallador y molesto hermano de Charles a su lado.

Se alegró de poder relajarse en el coche un rato; no había sido capaz de hacerlo desde la inesperada llegada de Griffin. Cosa rara, se sentía mucho más confiada con respecto a la decoración de la tienda teniendo a Griffin para echarle una mano. Además, estaba segura de que lo haría mucho mejor que ella.

Pero ello significaría pasar horas y horas con él... Y de eso no estaba tan segura.

Frunció el ceño al ver que el Jaguar la adelantaba. Típico de Griffin; no le gustaba ocupar una segunda posición.

¿Y cómo sabía Griffin dónde vivía si no se lo había preguntado?

—¿Estás segura de que no hay televisión, Izzy? —se burló Griffin mientras esperaba a que Izzy descorriera el cerrojo—. Quedarías fatal si se demostrara lo contrario.

¡Uno de esos días lo abofetearía!

—Yo no digo mentiras, Griffin —le dijo con claridad mientras penetraban en la casa.

Él arqueó las cejas.

—¿Ni siquiera a ti misma? —le murmuró en tono sensual.

—¿Y de qué serviría? —dijo, sintiéndose cada vez más enfadada, mientras entraba en el salón.

Él se encogió de hombros.

—Yo no sé de qué. Pero dicen que mucha gente lo hace.

—Bueno, pues yo no —le aseguró con firmeza, preparándose

para salir de la habitación. Y sin ofrecerle nada de beber. Por ella, podía morirse de sed.

Sabía que la razón por la que estaba tan enfadada era porque él le había tocado la fibra sensible. No se trataba de que se mintiera a sí misma sobre sus sentimientos hacia Griffin; simplemente no deseaba hurgar demasiado en lo que sentía hacia él.

—¿Necesitas ayuda en la ducha, Izzy? —le preguntó al darse ella la vuelta.

Dora se volvió y lo miró con indignación.

—Guarda tu encanto para las señoras mayores y las quinceañeras, Griffin —le soltó—. ¡Conmigo pierdes el tiempo!

Se dejó caer en una de las butacas de un tresillo tapizado en ocre que hacía juego con los muebles antiguos.

—Qué lástima —dijo despreocupadamente—. No hay televisión —añadió con pesar mientras echaba una mirada a su alrededor.

Ella suspiró irritada.

—Ya te he dicho que no tengo. Pero puedes echarle un vistazo a los libros, si te apetece —indicó la librería que dominaba una de las paredes de la habitación.

Griffin miró hacia los libros, la mayoría encuadernados en piel.

—¿De tu padre?

—La mayoría, sí —dijo, frunciendo el ceño.

—Entonces preferiría no hacerlo, gracias —contestó en tono áspero.

Dora sacudió la cabeza mientras subía las escaleras despacio.

Al verse reflejada en el espejo de su dormitorio, dejó de pensar en la animosidad que pudiera sentir Griffin hacia su difunto padre. ¡Estaba horrorosa! No le extrañaba que Griffin hubiera criticado tanto su habilidad para la pintura de brocha gorda.

Afortunadamente, la pintura era al agua y quince minutos después, al salir de la ducha, contempló en el espejo otra imagen totalmente distinta. Se secó y cepilló el pelo hasta que le sacó brillo y la blusa de seda negra y el pantalón del mismo color que se puso realzaban su esbelta figura. Al perder peso se le habían acentuado los pómulos, dándole una apariencia luminosa a sus ojos, color gris ceniza, y una turgencia visible a sus labios.

—No es exactamente que hayas pasado de la pobreza a la riqueza —Griffin se levantó despacio al verla entrar en el salón—. Pero entiendo lo que el príncipe debió de sentir al ver a Cenicienta.

—Me lo tomaré como un cumplido —Dora se echó a reír, halagada por la admiración que reflejaba la mirada de Griffin.

—¿Que pueda contrarrestar mi falta de cumplidos anterior?

Estaba tan cerca de ella que Dora se dio cuenta de que tenía dificultad al respirar.

—Después de haberme visto llena de pintura —dijo, y se apartó un poco—, me doy cuenta del porqué. ¿Nos vamos a comer? —añadió muy sonriente, sintiendo algo de claustrofobia estando allí con él.

La agarró del brazo suavemente al dirigirse hacia la puerta.

—Según dicen, así se conquista el corazón de un hombre —dijo.

Charles le había comentado en una ocasión que Griffin había dejado un sinfín de corazones rotos desde que era un adolescente. Viendo que a los treinta y cuatro seguía soltero, seguramente seguiría haciendo lo mismo. ¡Desde luego ella no era tan inocente como para dejarse engañar por su encanto!

—Charles me dijo que eres una cocinera más que capaz —continuó Griffin mientras caminaban hacia el restaurante.

Qué extraño que le hubiera mencionado a Charles, justo cuando ella había estado pensando en él.

Griffin la miró de soslayo.

—¿Sabías que siempre frunces el ceño cuando se menciona a mi hermano mayor?

—¡No es cierto! —Dora lo miró indignada, arrugando el entrecejo más que nunca—. Dadas las circunstancias, no sería normal que me echara a reír a carcajadas, ¿no crees? —le soltó—. Después de todo, está muerto —Dora aspiró con fuerza, los ojos muy abiertos—. No puedo creer lo que acabo de decir… —gimió, sacudiendo la cabeza.

Griffin la tomó de la mano.

—Mientras que los dos nos demos cuenta que es un hecho irrefutable… —murmuró en voz baja. Dora lo miró con dureza, dudando si debía retirar la mano. Pero la fuerza de sus dedos le decía que no le resultaría fácil soltarse de él.

—No es muy probable que lo olvide —le espetó en tono serio.

No quería olvidar a Charles, pero como Griffin no dejaba de aparecer en su vida, le hubiera resultado imposible de haberlo querido. ¿Y seguir adelante… ?

Sintió una mezcla de emoción y miedo al pensar en su futuro. Sin novio y sin padre, estaba totalmente sola por primera vez en su vida, con tan solo una tienda de la que ocuparse. E incluso los cambios previstos en la decoración también la asustaban. ¿Y si no le fuera bien?

—Pues ya es hora de que olvides a Charles —dijo Griffin con brusquedad.

La verdad era que, cuando estaba tumbada sola en la cama, pensando en aquellos breves momentos que había pasado junto a Charles, a menudo le resultaba difícil recordar sus apuestas facciones, menos aún las conversaciones que habían tenido juntos. En realidad, a veces le parecía como si su compromiso hubiera sido el de otra persona.

Pero no pensaba contárselo a Griffin; ya se tomaba él demasiadas confianzas.

—Algunos de nosotros no queremos olvidarlo —le dijo a Griffin con calma—. Lo entenderías si hubieras estado enamorado alguna vez.

Sentía lástima de Amanda Adams, si Margaret conseguía casarla con Griffin; porque Griffin no era de los que sentaban la cabeza. Con ninguna mujer.

Griffin se detuvo bruscamente, obligándola a girarse hacia él.

—¿Y por qué crees saber tanto acerca de mis emociones, Izzy? —le dijo enfadado—. ¿Acaso eres la Bella Durmiente esperando a que el Príncipe Azul venga a despertarte? —añadió en tono mordaz.

Dora lo miró entre las sombras del atardecer.

—¿No decías que era Cenicienta?

—Es lo mismo —sacudió la cabeza—. ¡Ambas eran igual de inocentes!

—¡Pues bien, para tu información, yo no lo soy! —exclamó—. No estoy dormida, ni tampoco soy bella. Y en cuanto al Príncipe Azul… No existe.

¿Has intentado alguna vez ver más allá de tus narices?

—Griffin, ninguna mujer con un mínimo de sensatez pensaría jamás en ti de ese… ¡ Ay! —consiguió exclamar antes de ser embestida por los labios de Griffin.

Fue un beso desprovisto de ternura, más bien lleno de fuerza. Pero de repente cambió y se cargó de una pasión ardiente que provocó en Dora una respuesta similar. Se agarró a sus hombros para no caerse y él le abrazó la cintura con tanta fuerza que creyó que iba a partírsela en dos.

Finalmente Griffin se apartó de ella.

—¿Qué tal la sensatez ahora, Izzy? —la miró con los ojos brillantes.

Ella tragó saliva; respiraba superficialmente. Era la primera vez que veía a Griffin así; jamás lo había visto tan enfadado y

emocionado al mismo tiempo. No lo había creído capaz de sentir algo tan profundo, porque siempre le había dado la impresión de tener el poder de controlarlo todo. Pero en ese momento estaba muy enojado, y Dora no sabía bien por qué.

—Lo suficientemente bien como para decidir que, después de todo, no quiero cenar contigo —le contestó con firmeza, incapaz de imaginar nada peor que cenar con Griffin de ese humor. Lo menos que le daría sería una indigestión. Además, el beso de Griffin le había afectado más de lo que quería demostrar—. En realidad —continuó diciendo enérgicamente—, creo que la idea de ayudarme a pintar es un error. Así que quizá sería mejor que...

¿Huyendo de nuevo, Izzy? —Griffin la interrumpió en tono afable; su enfado parecía haberse esfumado con la misma facilidad que había surgido.

—No estoy huyendo —dijo con énfasis—. Eres grosero, arrogante y puedo pasar perfectamente sin tu ayuda. El se apartó y se cruzó de brazos tranquilamente. —¿Quieres decirme por qué no reaccionaste nunca así con tu padre o con Charles? —murmuró con admiración y un brillo de picardía en la mirada.

Dora pestañeó sorprendida al oír el comentario, y se quedó inmóvil cuando entendió bien su significado. —¿Cómo...?

—Porque quizá si lo hubieras hecho, aunque fuera una sola vez, no habrías terminado siendo Dora la timorata —sacudió la cabeza —. Claro que, entonces tampoco te habrías prometido con Charles, porque él no quería una Izzy; desde luego eso habría sido algo tremendo.

—¿De qué estás hablando? —Dora sacudió la cabeza con impaciencia.

—Estoy hablando de que dejabas que tu padre y Charles te pisotearan, que ni una sola vez te rebelaste ante los planes que ambos hacían para tu futuro, que en ninguna ocasión te levantaste para decir lo que querías hacer con tu propia vida.

—¡Eso no es cierto! —Dora se defendió acaloradamente; Griffin la hacía sentirse fatal—. La relación con mi padre es asunto mío —soltó con rabia—. Al igual que los planes que Charles y yo trazamos para nuestro futuro en común. Y hay una razón estupenda de por qué no tengo dificultad en oponerme a los planes que tienes para mí...

—¿Sí? —Griffin dijo en voz baja al oír que ella hacía una pausa.

Dora se humedeció los labios. No se echaría atrás; con Griffin de por medio jamás debía echarse atrás. Porque era mucho más

arrogante que su padre o que Charles.

—Amaba a mi padre y a Charles —le dijo con determinación.

—¿Sí? —preguntó Griffin, esa vez subiendo un poco el tono—. Vamos, Izzy —se burló al ver que ella vacilaba—. Será mejor que termines lo que has empezado.

Se puso derecha y le lanzó una mirada desafiante.

—¿Acaso no está claro, Griffin? —se burló.

Pero él sacudió la cabeza.

—Para mí no.

Dora suspiró con impaciencia.

—No me resulta difícil enfrentarme a ti porque no te amo —le soltó bruscamente, aunque no sabía lo que sentía por aquel hombre —. Ahora, como ya he dicho, se me ha quitado el apetito... Así que, si me disculpas... —se volvió y echó a andar en dirección a su casa.

Sabía que Griffin tendría que volver a su casa a alguna hora de la noche; después de todo, su coche seguía allí. Pero eso no quería decir que tuviera que verlo, pensó con alivio. Simplemente se montaría en su coche

y se marcharía. ¡Y sería mejor que para siempre! La ponía demasiado nerviosa, además...

—Esto... Izzy...

Se detuvo al oír la voz de Griffin que la llamaba suavemente. Se puso tensa antes de volverse.

—¿Sí? —preguntó con frialdad.

—Te llamaré a las diez de la mañana —le dijo en tono sensual —. Estáte preparada —añadió con firmeza.

Por una parte estaba tan enfadada con él que lo hubiera enviado al infierno, pero por otra...

No quería investigar qué emoción controlaba el resto de sus sentimientos; estaba empezando a asustarse de lo que encontraría allí.

Sabía que en parte prefería que no la hubiera dejado marchar sin hablarle, y por lo que había dicho, sabía que aún quería seguir ayudándola.

Además, su oferta era la única que tenía. Y en diez días tenía que abrir la tienda, estuviera lista o no.

—A las diez —asintió bruscamente con la cabeza antes de volverse y alejarse de allí a toda marcha. Y, esa vez, Griffin no intentó detenerla.

Diez días. Podía soportar ver a Griffin durante diez días seguidos. ¿O no?

En ese momento, turbada aún por el efecto del beso que le había dado, incluso diez minutos se le antojaron demasiados.

CAPÍTULO 6

POR amor de Dios, ¿quieres agarrar bien la escalera? Dora resopló con impaciencia, controlándose para no contestarle como se merecía y, al mismo tiempo agarrando con fuerza la escalera donde Griffin estaba subido.

Los últimos cinco días en compañía de Griffin, que no dejaba de dar órdenes y de esperar que se llevaran a cabo inmediatamente, habían sido tal y como Dora había imaginado.

No había duda de que Griffin era muy trabajador, ni de que, sorprendentemente, supiera exactamente qué hacer cuando se trataba de pintar. Lo cierto era que había terminado de hacerlo la noche anterior, y en ese momento estaba midiendo y colgando estanterías.

—¡Tú quieres que me caiga de la escalera y me rompa el cuello!

Alzó la cabeza y lo miró, sintiéndose culpable al oír su tono de burla pero tuvo que bajar la cabeza inmediatamente para no ahogarse en las profundidades de aquellos risueños ojos verdes. No había deseado que se rompiera el cuello... Un tobillo o un brazo hubieran bastado.

¡Pero qué horror! Jamás había experimentado sentimientos de venganza hacia otro ser humano en toda su vida. Sin embargo, con Griffin...

—¿Qué me vas a preparar para cenar esta noche?

¡Otra cosa! Aunque Griffin se estaba portando muy bien con ella al ayudarla tanto, no solo lo veía más de lo que hubiera deseado, sino que también esperaba que le preparara la cena todas las noches.

¡Santo Dios, ni que estuviera casada con él!

—Querrás decir, qué voy a preparar para los dos —lo corrigió.

Esperar a que Griffin llegara, trabajar juntos varias horas y luego sentarse a cenar juntos en su casa implicaba una intimidad que simplemente no existía entre ellos. En realidad, a Dora le parecía una insoportable tortura y se le quitaba el hambre incluso antes de sentarse frente a él a la mesa.

—Tenemos filetes, Griffin —le dijo en tono seco—. Que tú vas a preparar —añadió con satisfacción—. Estoy segura de que los filetes te salen mejor que a mí —después de todo tenía que haberse alimentado de algo cuando vivía solo en el apartamento.

El se encogió de hombros y bajó de la escalera.

—¿No será porque ayer por la noche te comenté, sin más, que el

pollo asado necesitaba un poco más de vino blanco en la salsa?

Había llegado al suelo y estaba demasiado cerca de ella; tanto que Dora sintió el calor que emanaba de su cuerpo. Bruscamente, dio un paso atrás. Aunque estaba vestido con unos téjanos viejos y rotos por la rodilla, una camiseta negra descolorida y todo manchado de pintura, Griffin tenía un aspecto tan masculino y atractivo como siempre.

Y la noche anterior no solo le había dicho que la salsa necesitaba un poco más de vino blanco, sino que estaba sosa. Pero a su padre no le gustaban las salsas fuertes ni las comidas exóticas; siempre había preferido la sencillez de la cocina inglesa, mientras que Griffin le había dicho la primera vez que cenaron juntos, que cuanto más especiada estuviera la comida, mejor. Al menos Dora lo había intentado, ¿o no?

—En absoluto —le dijo—. Simplemente he pensado que así podría ocuparme de la ensalada y las patatas.

Griffin le sonrió.

—¿Te imaginaste alguna vez que acabaríamos los dos cocinando juntos? —la provocó.

«Jamás» fue la única respuesta.

Después de aquella única noche en Dungelly Court, Dora no había pensado que fueran a verse de nuevo, menos aún a cocinar juntos en su casa.

—No pienso en ti en absoluto, a no ser que tenga que hacerlo —le dijo sin rodeos.

Y era cierto. ¡No se atrevía a pensar en él!

Griffin se echó a reír.

—Contigo no hay manera de volverse engreído.

—¿Creíste que eso podía haber variado?

—Uno puede también vivir de esperanzas —dijo Griffin, encogiéndose de hombros.

—No en ese tema en particular —le dijo con firmeza—¿Quieres que siga aguantándote la escalera o puedo continuar con otras cosas yo sola? —arqueó una ceja, visiblemente ruborizada.

Griffin la miró y su expresión se suavizó.

—¿Sabes una cosa, Izzy? De verdad... —se calló cuando el teléfono empezó a sonar—. Creo que es una pregunta estúpida —murmuró en voz baja mientras miraba a su alrededor—, ¿pero dónde demonios está el teléfono?

Como estaba todo cubierto de sábanas, no sabían dónde lo habían dejado.

—Creo que mejor será que lo busquemos —murmuró mientras el teléfono continuaba sonando persistentemente, y empezó a levantar las sábanas para mirar debajo.

Griffin hizo una mueca de disgusto.

—Son las siete y media. ¿No es algo tarde para llamar a una tienda? —añadió, empezando también a buscar él bajo las sábanas.

—¿Y yo qué sé? ¡No suelo estar aquí a estas horas! —Lógico — concedió medio en broma—. Yo... ¡Aquí está! —anunció mientras levantaba el auricular—. Librería Clásica —dijo con voz clara, antes de que a Dora le diera tiempo a llegar—. ¿Dígame? ¿Diga? —dijo con impaciencia—. Librería Clásica —repitió con más empeño—. Mire... ¡Maldita sea! —exclamó antes de colgar—. Me han colgado.

—Suele ocurrir —dijo Dora, quitándole importancia, colocando el teléfono donde debería haber estado, para localizarlo sin problemas la próxima vez—. Se habrán equivocado de número. Griffin frunció el ceño.

—O a lo mejor era alguien que no quería hablar conmigo. ¿No te habré metido en un aprieto, verdad? —la miró con los ojos entrecerrados—. Quiero decir por contestar el teléfono.

—Ya te lo he dicho, seguramente se han equivocado de número. Además, has sido educado, con lo cual no veo el problema... —se calló bruscamente al tiempo que se daba cuenta de lo que Griffin le estaba preguntando.

La respuesta a su pregunta era no. Había salido a cenar y a tomar una copa con Sam en un par de ocasiones, pero desde luego no con regularidad, y no había entre ellos una relación romántica, tan solo compañerismo. Así que, aunque Sam hubiera sido el de la llamada, no había razón para que colgara solo porque Griffin hubiera contestado el teléfono.

Aun así, sintió que se ponía colorada mientras Griffin no dejaba de mirarla.

—Entonces veo que te he estropeado algo —murmuró lentamente—. ¿No me habías dicho que no había nadie en tu vida en estos momentos? —dijo, como si la estuviera acusando.

Dora pensó en la conversación que había mantenido con él un mes atrás, cuando le había llevado la invitación de boda.

—Que yo recuerde, no contesté a esa pregunta en particular —le respondió en tono cortante—. Luego empezamos a hablar de la muerte de mi padre sin darnos cuenta —recordó.

—Es cierto —dijo Griffin—. ¿Entonces, quién es el misterioso sujeto que cuelga el teléfono cuando contesta otro hombre? ¿Y,

además, por qué no está él aquí ayudándote con todo este trabajo? —frunció el ceño.

Se veía que no le hacía ninguna gracia pensar que pudiera haber algún hombre en su vida. Claro que no era asunto de Griffin, pensaba Dora con resentimiento; si le apetecía, podía estar con media docena de hombres a la vez. Bueno, quizá media docena fueran muchos; pero el hecho de haber estado prometida al hermano de Griffin no le daba derecho a hacer comentarios sobre su vida privada. ¡Ella, por ejemplo, ni siquiera se atrevía a mencionar la vida de él!

—Su identidad no tiene por qué interesarte...

—Creo que será mejor que sea yo quien juzgue eso —Griffin dijo en tono apenado.

—En lo que a mi vida privada concierne, no tienes derecho a juzgar nada —le contestó con aspereza; Griffin siempre había tenido el don de enfadarla más que cualquier otra persona—. Ya no soy candidata a ser miembro de la familia Sinclair —dijo—. Así que si no te importa, seré yo quien juzgue mis amistades —dijo enojada.

Griffin la miró pensativamente.

—Vi una película en la que la protagonista se enfadaba con el héroe; entonces él le dijo lo bella que se ponía cuando se enfadaba y ambos terminaron juntos en la cama...

Dora se lo quedó mirando. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Yo en tu lugar no lo intentaría conmigo —dijo—. Y déjame recordarte que fuiste tú el que insistió en ayudarme con esto.

—Solo porque estabas haciéndolo fatal —la miró con mala cara —, ¿Y dónde ha estado tu amiguito durante estos últimos cinco días? ¿Dónde está ahora?

Ella se encogió de hombros despreocupadamente.

—Probablemente en el hospital. Es médico —le explicó, antes de que Griffin pudiera imaginarse otra cosa, dada su tendencia a tergiversar todo.

—¿Un médico? —repitió Griffin con desdén—. Desde luego sabes dónde elegir, ¿eh, Izzy? Uno dedicado a la política, y ahora este, que seguramente estará igualmente dedicado a la medicina. ¿No crees que sería agradable, para variar, estar con un hombre que se dedicara a ti? —le dijo mientras la miraba fijamente con ojos brillantes.

Dora frunció los labios con pesar.

—Esas cosas no ocurren hoy en día...

—Por supuesto que sí —dijo con impaciencia—. ¡Solo es

cuestión de dar con el hombre adecuado!

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de que Sam no es el hombre adecuado para mí?

—¿Sam? ¿Así se llama? —Griffin soltó con rabia—. Bueno, si Sam fuera el hombre adecuado para ti, Izzy, no habrías pasado la mayor parte del sábado y el domingo conmigo, ni las últimas tardes. ¿O acaso se trata de que cuando el médico está ocupado en el hospital, tú te diviertes? —dijo con fastidio.

Dora suspiró y sacudió la cabeza.

—No sé de qué me estás hablando, Griffin. Sam es un profesional muy ocupado y nos vemos cuando podemos.

Había hablado demasiado como para echarse atrás y explicarle que la relación con Sam se basaba en tres cenas juntos, y que, por muy agradable que fuera, ella no se sentía ni remotamente enamorada de él. Pero a Griffin no tenía por qué importarle todo eso; él tampoco le hablaba de Amanda.

—Y no me estoy divirtiendo. ¡Que yo sepa, estamos trabajando!

—No me digas —murmuró Griffin—. Maldita sea, no puedo creerlo... ¿Por qué diablos no me dijiste...? ¡Bueno, al cuerno con todo esto! —alzó las manos con fastidio antes de subirse a la escalera, aparentemente ajeno al hecho de que se tambaleaba ligeramente mientras lo hacía—. No me importaría que me prepararas un café dentro de quince minutos —le dijo con brusquedad, antes de seguir con lo que estaba haciendo. Sí, señor. Muy bien, señor.

A Dora le molestó tanto su autoritarismo que se quedó temblando. ¿Qué demonios le ocurría a ese hombre? ¿Pensaría acaso que por haber estado una vez prometida a su hermano no podía haber ya nunca más otros hombres en su vida?

No, estaba segura de que no pensaba así... ¿Acaso no le había dicho ya semanas atrás que, de estar en su lugar, Charles ya habría encontrado una sustituía para ella?

Alzó la cabeza y lo miró con frustración; él seguía dándole la espalda mientras colocaba una estantería. Cuando había conocido a Griffin dos años atrás, le había parecido un enigma, pero en ese momento lo era aún más. En realidad, Dora sentía que no entendía en absoluto a aquel hombre. Sus cambios de humor eran de lo más imprevisible, además de ser, al menos en su opinión, ilógico.

Mientras trabajaba, el tiempo se le pasó volando. Se alegraría cuando por fin estuviera todo terminado y Griffin desapareciera de nuevo.

—Es uno de los primeros signos, sabes... Dora se volvió al oír la voz de Griffin tan cerca y lo encontró junto a ella, sonriendo con sorna.

El mal humor de hacía un rato parecía haber desaparecido; claro que, en ese momento era ella la que estaba enfadada.

—¿El qué? —dijo con irritación. —Hablar sola —sonrió despreocupadamente al ver que ella ponía mala cara—. Es uno de los primeros signos de locura —le explicó.

—No estoy loca, Griffin —soltó con impaciencia, apartándose de él que, para su gusto, estaba demasiado cerca—. Enfadada quizá, pero tan solo eso. Me imagino que querrás un café ahora, ¿no? Él asintió con la cabeza. —Si no es mucha molestia...

Dora lo miró con cara de pocos amigos y dejó la cinta métrica sobre una mesa.

—¿Y cuándo te ha importado molestar, de la manera que sea, Griffin? —le soltó.

La siguió hasta la pequeña cocina situada en la parte trasera de la tienda.

—Yo... —se calló cuando el teléfono empezó a sonar por segunda vez en media hora—. ¿Quieres que conteste yo? —dijo en tono burlón, con una mirada de lo más inocente.

En lugar de molestarse en responderle, Dora volvió a la tienda a contestar el teléfono.

—Librería Clásica —dijo con impaciencia, consciente de que Griffin estaba mirándola desde la puerta que llevaba a la cocina.

—¿Dora? —Sam dijo en tono agradable—. No te habré pillado en mal momento, ¿verdad? Te he llamado primero a casa, pero al no obtener respuesta me acordé de que tenías trabajo en la tienda.

Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que Griffin había entrado de nuevo en la tienda y de que estaba escuchando la conversación sin reparo alguno, apoyado sobre una de las librerías grandes.

—¡Sam! —lo saludó con alegría—. Cuánto me alegro de hablar contigo.

—Ha pasado mucho tiempo —reconoció con pesar y Dora imaginó su rostro de agradables y apuestas facciones—. Pero pensé que necesitarías estar sola un tiempo después de la muerte de tu padre. ¿Cómo te encuentras? —añadió con delicadeza.

—Bien —aunque estaría mejor sin el pesado de Griffin.

—¿Me preguntaba qué te parecería salir a cenar conmigo? —le sugirió Sam —. Así podríamos contarnos todas las novedades.

En el caso de Sam, desgraciadamente, consistía en hablar todo el

tiempo de su trabajo y del hospital. Pero en el pasado, eso no le había preocupado demasiado; en realidad eso siempre le había evitado tener que hablar mucho.

Miró a Griffin y se volvió inmediatamente.

—Me parece estupendo Sam —aceptó—. ¿Cuándo te parece que sea? ¿Mañana? —repitió, echándole otra mirada a Griffin—. Mañana está bien. Gracias, Sam —contestó con firmeza, dispuesta a que Griffin no la pusiera nerviosa—. Nos vemos a las siete y media —colgó bruscamente.

Griffin, que se había colocado frente a ella, la miraba desdeñosamente. Dora, a su vez, le lanzó una mirada inquisitiva y él se encogió de hombros.

—Supongo que deberías haberte hecho de rogar un poco más —le dijo con pesar.

Dora resopló de impaciencia, mientras se le subían de nuevo los colores.

—Eso no es necesario en el caso de Sam —le dijo en tono seco; Sam era, como mucho, un amigo, y sabía que ella para él significaba lo mismo—. Supongo que eso es lo llevas haciendo tú desde hace años —lo provocó—. Siempre te has mostrado tan inasequible que todas las mujeres que se han acercado a ti acabaron dándose por vencidas al final —añadió con desdén.

Para fastidio de Dora, Griffin se limitó a sonreír.

—Bueno, de vez en cuando me he dejado enredar —murmuró con voz ronca—, Y fue muy placentero, la verdad.

Dora estaba ya hecha una furia.

—Eres tan... —se calló, tenía la respiración alterada.

Su agitación se debía en parte a que Griffin pudiera hablar de esas cosas con tanta informalidad. Además, no tenía nada que ver con ella. Debería estar contenta de que, después de haberla tentado hacía dos años, no formara parte de su larga lista de conquistas.

—¿Tan qué? —preguntó, mirándola sin pestañear.

Fue Dora la que desvió la mirada.

—Un caballero no habla de sus relaciones anteriores —le soltó.

Griffin se echó a reír.

—¿Es eso lo que te ha dicho Sam?

—¿No crees que deberíamos seguir trabajando un poco más? Después de todo, no vamos a hacer nada mañana por la noche —añadió significativamente.

¡Merecería la pena pasar una velada con Sam, aunque no resultara demasiado divertido, con tal de alejarse de Griffin durante

unas horas!

—¿Y de quién será la culpa? —dijo Griffin mientras colocaba la escalera detrás de una de las estanterías—. Con la prisa que tenías por terminar el trabajo a tiempo... —siguió protestando aunque ya no se lo veía—, ¡Sam llama, te invita a cenar, y vas tú y lo dejas todo!

—No todo, Griffin, te lo aseguro —Dora lo contradijo; sencillamente no sentía hacia Sam lo que Griffin creía que sentía.

—Supongo que al menos eso es algo —murmuró Griffin irritado.

Dora se echó a reír sin poder evitarlo. Griffin parecía muy enojado con todo el asunto. Y, teniendo en cuenta la vida de soltero empedernido que había llevado todos esos años, su actitud resultaba bastante hipócrita.

Bueno, al menos era la vida que había llevado en el pasado. Sin duda, eso habría variado desde que estaba con su madre.

—¿Te agrada vivir en casa con tu madre, Griffin? —le dijo en voz alta, y ahogó una sonrisa al oírle refunfuñar—. ¿Cómo dices? —preguntó, fingiendo que no lo había oído.

—He dicho —respondió Griffin en tono mordaz— que no se puede decir que me agrade. Incluso pintar y colocar estantes es preferible a estar en casa —añadió con fastidio—. ¡Cada día me resulta más difícil soportar a mi madre!

—Me alegra saber que soy útil para algo —le dijo Dora de manera cortante, adivinando el poco éxito que había tenido Margaret hasta el momento al intentar juntar a su hijo con Amanda Adams.

Pero Griffin jamás hablaba de ella, y Dora no pensaba ni por un momento preguntarle cómo iba ese asunto.

Griffin no hizo ningún comentario y Dora se centró en barnizar una barra de madera que un carpintero le había instalado el día anterior. La barra iba a acordonar una parte al fondo de la tienda donde los clientes podrían sentarse tranquilamente a hojear los libros mientras se tomaban un café. Había leído que tal cosa se hacía en América y que parecía funcionar muy bien, permitiendo así que los clientes pudieran elegir sus libros con más detenimiento.

Era uno de esos cambios de los que le había hablado a Griffin. Otro de ellos consistiría en aumentar la variedad de libros disponibles. Sencillamente, no tenía la experiencia de su padre cuando se trataba de clásicos, y no sabía restaurarlos como había hecho él; por ello había decidido regentar el negocio a su manera, que era la única posible.

Dora frunció el ceño al oír el tintineo de la campanilla sobre la puerta. Eran casi las ocho de la noche. ¿Quién diablos...?

Se alegró de que Griffin estuviera tan cerca y tragó saliva mientras miraba con aprensión por encima de la barra que estaba barnizando.

¡Margaret!

No la había visto desde la boda, hacía ya once días, pero aún tenía presente la última conversación que habían mantenido. Y también la aversión que la mujer había mostrado hacia ella.

¿Qué diantres estaba haciendo Margaret allí? ¿Y, más aún, se había dado cuenta Griffin de que su madre acababa de entrar en la tienda?

—Margaret —la saludó en voz alta, esperando alertar a Griffin y limpiándose las manos con un trapo mientras tanto—. Qué inesperada visita —dijo y miró nerviosamente hacia donde Griffin trabajaba sin ser visto.

—Según veo, Griffin ya se ha marchado —dijo Margaret sin más, después de echar una mirada a su alrededor y ver que la tienda estaba vacía, exceptuando a Dora.

Margaret, que iba vestida elegantemente con un traje negro de falda y chaqueta y una blusa color crema, la miró con frialdad.

—He llamado antes —dijo—. Y creo que soy muy capaz de reconocer la voz de mi propio hijo.

Así que la primera vez no había sido Sam. Y la razón por la que Margaret había colgado sin identificarse había sido porque había adivinado que era Griffin el que contestó.

El coche de Griffin, como el de Dora, estaba aparcado en las traseras de la tienda, razón por la que Margaret probablemente no lo había visto.

Dora se humedeció los labios.

—¿En qué puedo ayudarte, Margaret? —le preguntó con recelo.

La mujer entró en la tienda y miró a su alrededor con ojo crítico antes de contestar.

—Creía haberte expresado ya mi... deseo —añadió con frialdad — de que dejaras en paz a Griffin. Un deseo que. a juzgar por la presencia de mi hijo aquí hace un rato, has decidido no tomar en cuenta —añadió con dureza, entrecerrando los ojos mientras la miraba.

Dora tragó saliva con dificultad al detectar el veneno que destilaba el tono de voz de la mujer y miró hacia donde Griffin seguía escondido tras la estantería. Dora supuso que estaría

escuchando la conversación.

—Como ya debe de saber, Margaret, fue Griffin el que vino a hacerme una visita, y no al contrario —dijo Dora en tono diligente, aunque en parte tenía ganas de decirle que se marchara y la dejara en paz.

La muerte de su padre había sido un trauma para ella y la constante intromisión de Griffin en su vida privada no resultaba en absoluto relajante; no estaba segura de cuánto tiempo más podría soportar todo aquello sin estallar. En repetidas ocasiones Griffin la había tachado de timorata, pero en ese momento era lo que menos se sentía. Margaret hizo una mueca de disgusto. —Griffin siempre ha sentido debilidad por las personas enfermas o supuestamente desvalidas —dijo en tono insultante.

—¡Yo no estoy ni enferma ni desvalida! —exclamó Dora con indignación. Estaba cansada de que aquella familia no hiciera más que opinar sobre ella.

De acuerdo, no tenía tanto carácter como ellos, incluida Charlotte; ni le parecía necesario avasallar a las personas para alcanzar sus objetivos, pero eso no quería decir que fuera la débil simplona que Griffin creía que era y que en ese momento su madre la estaba acusando de ser.

—¿Ah, no? —dijo Margaret en tono sarcástico—. Entonces, haces el papel muy bien, querida.

—Yo...

—Griffin no es para ti, Dora —le dijo Margaret Sinclair, mirándola con rabia—. Ni ahora, ni en el futuro. Tú...

—¿Cuántas veces tengo que decirle que no me interesa Griffin? —Dora la interrumpió acaloradamente, ajena ya a lo que Griffin estuviera pensando.

Si no estaba preparado para salir de allí detrás, Dora decidió que era culpa suya el que escuchara todas esas cosas. Su madre parecía querer emparentado con Amanda Adams y en ese momento a Dora ya le daba igual.

—Griffin anuló su cita de esta noche con Amanda para poder estar contigo —le dijo Margaret.

Vaya...

—¿No cree que eso es algo entre Griffin y Amanda? —miró a Margaret desafiante, aunque por dentro se sintiera conmovida por el gesto de Griffin.

Margaret sacudió la cabeza con desagrado.

—Griffin no tiene idea de lo que le conviene. Además...

—Desde luego que la tiene —Griffin decidió por fin romper su silencio—. ¡Y, en contra de lo que tú pienses, desde luego no es Amanda Adams! —añadió con dureza.

Margaret se quedó sorprendida al oír que su hijo bajaba de una escalera situada detrás de la estantería y seguidamente le echó a Dora una mirada de reproche por no avisarla de que Griffin aún no se había marchado.

Al menos Griffin había empezado a bajar de la escalera, porque segundos después se oyó un grito y luego un golpe, seguido de una palabrota.

Cuando Dora y Margaret llegaron junto a él, había conseguido sentarse, aunque parecía tener dificultad en ponerse de pie.

—¿Qué diablos estás haciendo, Griffin? —le preguntó su madre, mirándole la ropa vieja y llena de pintura que llevaba puesta.

Griffin seguía sentado torpemente a los pies de la escalera, con un destornillador en la mano. La estantería que había estado colgando seguía en su sitio, de otro modo Griffin podría haberse hecho mucho más daño aún.

Griffin miró a su madre con frialdad.

—Bueno, parece que en este momento estoy sentado en el suelo —dijo con impaciencia—. ¡Pero hace unos momentos estaba subido en la escalera escuchando cómo amenazabas a Izzy para que se apartara de mí! —su expresión se tornó aún más fría—. ¿Quieres explicarme qué demonios creías estar haciendo?

Dora miró a Margaret y se estremeció. No porque Margaret no mereciera las duras palabras de su hijo, sino porque Dora jamás le había oído hablar en aquel tono tan amenazador y se alegró de que no fuera dirigido a ella. Sin embargo, Margaret no parecía en absoluto perturbada por la rabia de su hijo.

—Está bien claro lo que estoy haciendo, Griffin —le dijo su madre con irritación—. No sé por qué me parece que te sientes responsable de Dora desde la muerte de su padre, y por eso yo...

—Espera un momento, mamá —Griffin la interrumpió airadamente—. No me siento en absoluto responsable de Izzy. ¡Pero aunque así fuera, no es asunto tuyo!

—Pues claro que es asunto mío, Griffin —dijo en tono mordaz—. Tú eres mi hijo...

—Muy a mi pesar —le contestó con dureza—. Pero que yo sea tu hijo no te da derecho a escoger mis amistades, sobre todo porque tengo ya treinta y cuatro años. Ni tampoco, en contra de lo que tú pienses, la mujer con la que voy a casarme —añadió enérgicamente.

—Amanda…

—Izzy —la corrigió, consiguiendo por fin ponerse de pie, aunque por lo pálido que estaba parecía como si le hubiera dolido —. Pareces empeñada en que me case con alguien, mamá, así que, por segunda vez en tu vida —se colocó junto a Dora y le pasó el brazo por los hombros—me gustaría presentarte a tu futura nuera… Isadora Baxter.

Dora dejó escapar una exclamación entrecortada, dudando de quién había sido la más sorprendida, Margaret o ella misma.

CAPITULO 7

¿DORA? —Margaret escupió su nombre con virulencia—. ¿Es que te has vuelto loco, Griffin? Margaret había sido quizá la primera en reaccionar y hablar, pero las palabras eran las mismas que habría dicho Dora. ¡No pensaba casarse con Griffin!

Y al oírle decir tal tontería, había dejado de sentirse culpable porque Griffin se hubiera caído de la escalera. De haber sabido que iba a decir algo así, lo habría empujado ella misma.

—Que yo sepa, no —le contestó Griffin, de pie junto a Dora pero apoyándose tan solo en un pie—. Izzy, no quiero molestarte, pero creo que deberías llevarme al hospital cuanto antes —le dijo con amabilidad—. Quizá me haya roto el tobillo —hizo una mueca de dolor.

Dora se dio cuenta, sintiéndose algo culpable por ello, de que Griffin parecía estar en verdad muy dolorido. Pero ya se enfadaría con él más tarde... Si le dolía tanto como para pedirle que lo llevara al hospital, entonces debía hacerlo. ¡Ya tendría tiempo de matarlo después!

—¿Puedes andar? —le preguntó con preocupación.

—Si me ayudas, quizá —asintió sombríamente—. Si nos disculpas, mamá —añadió, mientras Dora lo ayudaba a sentarse en una silla; cuando lo hizo fue a buscar su bolso y los abrigos de ambos a la habitación trasera.

—¡Griffin! —su madre, que no se había movido en todo ese rato, lo miraba hecha una furia, con los puños apretados.

Él la miró con frialdad, aparentemente más cómodo una vez sentado, aunque siguiera extremadamente pálido.

—¿Todavía estás aquí? —le dijo en tono mordaz—. Creía que habíamos dicho todo lo que había que decir.

¡A Dora le parecía que había dicho más que suficiente!

Margaret apretó los labios con fuerza.

—Griffin, si sigues adelante con este compromiso...

—No es una cuestión de seguir adelante con ello, mamá —dijo con fastidio—. El compromiso es ya un hecho.

—Si sigues adelante con este compromiso —continuó diciendo su madre con resolución—, entonces me lavaré las manos totalmente en lo referente a ti.

Él arqueó las cejas.

—¿Podrías dármelo por escrito?

Margaret parecía cada vez más irritada.

—Lo digo en serio, Griffin. Esta vez no habrá reconciliaciones de última hora...

—Repito: ¿podrías dármelo por escrito? —la interrumpió en tono cáustico—. Después de las cosas que le has dicho antes a Izzy y de cómo le has hablado, creo que eres tú la que debería disculparse, y no precisamente conmigo. Pero te conozco demasiado bien como para pensar que vayas a hacerlo —siguió en el mismo tono al tiempo que su madre parecía lista para seguir amenazándolo—. Digamos que así habrá un invitado menos a la boda.

—¡Boda! —chilló Margaret—. Griffin, no puedo permitir...

—Hace tiempo que cumplí los dieciocho, mamá; ¡mucho tiempo! No te estoy pidiendo permiso ni pretendo que aceptes a la mujer con quien voy a casarme. Izzy... —se volvió hacia ella con delicadeza—, creo que deberíamos ir al hospital. ¡El tobillo se me está empezando a hinchar!

Dora le miró el tobillo, que no solo estaba un poco hinchado, sino que había doblado su tamaño.

—A no ser que no te importe que te corten la bota —le dijo Dora —, te sugiero que intentemos quitártela ahora —se mordió el labio, sabiendo que si lo hacía le iba a doler.

Claro que, después de la tontería que le había dicho a su madre, merecía sufrir un poquito al menos.

—Griffin, cuando salga por esa puerta ya no me echaré atrás —su madre lo amenazó hecha una furia mientras Dora se arrodillaba junto a su pie.

—Cierra la puerta al salir —Griffin ni siquiera se molestó en mirarla, demasiado ocupado con mirar a Dora mientras le desataba los cordones—. Despacio, Izzy —gimió, como si el más leve movimiento le causara un dolor tremendo.

Dora tardó mucho en quitarle la bota, pero cuando finalmente se incorporó, se dio cuenta que ella y Griffin estaban de nuevo solos en la tienda. Margaret se había marchado, pero Dora ni siquiera había oído el sonido de la campanilla.

—Griffin...

—Ahora no, Izzy —murmuró con los dientes apretados y cada vez más pálido—. Si no me llevas a que me vea un médico pronto, Izzy, quizá quede en ridículo —dijo, soltando un tembloroso suspiro —. Creo que me voy a desmayar.

Dora no necesitó que le dijera más. Si se desvanecía, no podría moverlo ella sola.

—Despacio, Izzy —gruñó Griffin detrás de ella—. ¡Aún no me he

acostumbrado a estos malditos cacharros!

Se refería a las muletas que le habían dado en Urgencias del hospital local. Después de examinarle el tobillo y hacerle radiografías, le confirmaron que no se lo había roto, sino que se había hecho un esguince.

Al saber que no se lo había roto Griffin había sentido un gran alivio, hasta que el médico le dijo que un esguince era peor aún que una rotura y que probablemente tardaría más en curarse. También le había dicho que no debía apoyarse sobre ese pie al menos hasta que bajara la hinchazón, cosa que podía llevar varias semanas.

Dora se volvió a mirarlo y la rabia que sintió por dentro le dio más ímpetu.

—¿Cómo te atreves a decir que yo soy tu pariente más cercano? —le preguntó furiosa, al recordar cómo había tenido que contenerse delante del médico. ¡Pariente más cercano!

Griffin continuó caminando torpemente por el pasillo.

—¿Y a quién iba a decir? —dijo con impaciencia—. Charlotte sigue de luna de miel y después se marchará a Estados Unidos, de todos modos. Y ya oíste lo que dijo mi madre antes. ¡Me ha desheredado! —le recordó en tono serio.

¡Por decir que estaba prometido con Dora!

—¿Cómo te atreves a decirle a tu madre que estamos prometidos en matrimonio? —toda la rabia que había almacenado en su interior le salió—. Entiendo que te ha estado presionando para que te cases con Amanda Adams, pero me niego a ser utilizada para... —se calló cuando dos enfermeras se cruzaron con ellos por el pasillo. Quizá aquel no fuera el mejor lugar para hablar de aquello.

—Salgamos de aquí —dijo Griffin, como si compartiera su punto de vista—. Podrás decirme lo mucho que me odias cuando estemos lejos de aquí —añadió medio burlándose de sí mismo.

Dora no lo odiaba; jamás lo había odiado. Y se había dado cuenta de ello cuando él le había dicho a su madre que se iba a casar con ella. En realidad sería mucho mejor para Dora si lo odiara de verdad.

Pero no podía... En realidad, sentía totalmente lo opuesto: estaba enamorada de Griffin.

En la boda de Charlotte se había dado cuenta de que aún la atraía; solo que todavía no sabía con seguridad cuánto. Por un instante, después de que él le anunciara a su madre su compromiso, había deseado con toda su alma que fuera cierto.

Dos años atrás, ya le había gustado en Dungelly Court. Había

pensado a menudo en él durante las semanas siguientes y le hubiera gustado volverlo a ver: contemplar ese par de risueños ojos verdes y sentir el calor de sus brazos rodeándola.

Pero Griffin sabía su nombre, la zona donde vivía y que ayudaba a su padre en la librería de este. Así que si Griffin hubiera querido volver a verla no le habría resultado difícil encontrarla. Sin embargo, no lo había hecho; su encuentro debió de haberle parecido un simple encuentro más.

Y por ello Dora había hecho lo posible por olvidarlo. No había relacionado en absoluto al candidato local Charles Sinclair con el hombre que había conocido en Devon. ¿Y por qué lo iba a haber hecho? Los dos hombres eran completamente opuestos, tanto en el físico como en todo lo demás. Además, Griffin no le había dicho que su familia viviera en el vecino condado de Berkshire. En realidad, cuando pensaba en aquellas pocas horas a su lado, se daba cuenta de lo poco que le había hablado de sí mismo.

Su padre había ayudado a Charles en su campaña política y cuando el señor Baxter los había presentado, a Dora le había parecido perfectamente normal aceptar la invitación de Charles a cenar con él.

Durante los meses siguientes había conseguido relegar a Griffin a un rincón de su memoria, y también de su corazón.

Hasta que, al cabo de seis meses, Charles se lo presentó como su hermano pequeño.

¿Pero cuándo se había enamorado de Griffin exactamente?

Dora lo miró de soslayo mientras avanzaban lentamente hacia el aparcamiento. ¿Y qué importaba cuándo hubiera ocurrido? Estaba enamorada de él y sabía que se sentía así desde hacía algún tiempo.

¡Amaba a Griffin!

Pero él era un hombre de quien ninguna mujer en su sano juicio podría enamorarse...

—Entra —le dijo en tono seco después de abrir la puerta del coche, al ver que él no se movía—. Griffin, es tarde y...

—Y no has comido —reconoció—. Me he dado cuenta de que te pones muy irritable cuando no comes bien —añadió con pesar, al ver cómo lo miraba.

—Mi irritabilidad no tiene nada que ver con el hecho de no haber cenado esta noche —le aseguró—. Si te metieras en el coche ya y...

—Ahí está, no puedo —admitió con suavidad—. Lo siento, Izzy —hizo una mueca de disgusto al verla frunciendo el ceño—, pero

no puedo meterme en el coche yo solo con las muletas.

Dora fue junto a él. Griffin había conseguido abrir la puerta, pero se veía que ya no podía seguir adelante solo.

Aquel esguince, pensaba Dora, iba a resultar un engorro.

—Dame las muletas mientras tú te agarras al techo del coche y te metes dentro —le dijo.

Aunque le costó unos minutos, finalmente consiguió sentarse en el asiento de delante, junto al conductor.

—Como mi madre me ha echado, será mejor que volvamos a tu casa —murmuró con gravedad, mientras descansaba la cabeza sobre el reposa cabezas y cerraba los ojos.

Dora se dio cuenta de que tenía muy mal aspecto, y también de que a un hombre como Griffin le costaba tener que pedir ayuda.

¡Pero qué diantres estaba haciendo! Bastante malo era ya haberse dado cuenta que lo amaba para empezar a compadecerse de él.

Aunque, en realidad, se había lastimado el tobillo ayudándola en la tienda...

Pero nada de todo eso excusaba la tontería que había hecho antes. Las cosas que le había dicho Margaret no le habían hecho gracia, la verdad, pero tampoco se le habría ocurrido jamás responder como lo había hecho Griffin. Sabía que Margaret había hablado totalmente en serio y que no iba a perdonar a Griffin tan fácilmente. Si Griffin le pedía algún día perdón, claro...

Dora lo miró irritada y notó que Griffin parecía haberse quedado dormido. Con los ojos cerrados, parecía algo más joven y mucho más vulnerable. Y eso era algo que jamás había asociado con él. Tendría aquel mismo aspecto cuando durmiera, en la cama, pero entonces tendría el pecho desnudo, el vello rubio...

Bueno, una cosa era reconocer que amaba a Griffin y otra muy distinta tener fantasías eróticas con él.

Además, cualquier fantasía desaparecería en cuanto despertara y abriera la boca para empezar a meterse con ella. Porque quizá Griffin la hubiera besado en un par de ocasiones, cosa que parecía haber hecho con gusto, pero disfrutaba más atormentándola y burlándose de ella,

—¿En qué estás pensando?

No se había dado cuenta de que Griffin había abierto los ojos... Seguía sentado relajadamente en el asiento, pero había vuelto la cabeza hacia ella y la miraba inquisitivamente.

Dora giró la cabeza apresuradamente, turbada por sus propios

pensamientos.

—Tenías una expresión de anhelo en el rostro... —murmuró Griffin con curiosidad.

¡Anhelo! ¿Era esa la cara que ponía cuando la asaltaban los deseos hacia ese hombre?

Dora no quería sentirse así, y menos hacia Griffin. Cada vez que cenaban juntos en el comedor de su casa a Dora se le ocurría que su padre jamás lo habría invitado a cenar. Griffin no parecía encajar entre los muebles antiguos del austero salón.

Y Dora tuvo esa misma impresión mientras lo ayudaba a sentarse en el sofá de cuero y le colocaba la pierna mala sobre un par de cojines.

—Voy a preparar algo de cena; seguro que tú también tienes hambre —dijo ella bruscamente.

—¿No era yo el que tenía que preparar la carne esta noche? —le recordó con pesar.

Dora sonrió, meneando la cabeza al mismo tiempo.

—Me las arreglaré. Vendré por ti cuando esté todo listo.

Griffin resopló de fastidio.

—Por fin me tienes donde quieres, ¿eh? —dijo con aspereza.

Ella lo miró extrañada. ¿Le habría notado ya que estaba enamorada de él?

—¡A tu merced! —añadió con mal humor.

¡Menos mal que no había notado nada! Dora sintió tanto alivio que sonrió.

—¡Desde luego, es una experiencia nueva! —le dijo sin dejar de sonreír.

—No te acostumbres, Izzy —le aconsejó con amabilidad—. Quizá no pueda moverme tanto como quisiera, pero sí que puedo hablar.

Izzy dejó de sonreír.

—Creo que has hablado suficiente por hoy, ¿no? —le recordó.

Entonces fue Griffin el que sonrió.

—Menos mal que dejé la mayoría de las cosas en mi apartamento, en vez de llevármelas a casa de mi madre, incluidos esos libros que me conseguiste —recordó con pesar—. De otro modo estoy seguro que habría disfrutado tirándolos de nuevo.

Griffin le había dado una lista de los libros que su madre le había tirado y, aparte de dos títulos que no se habían vuelto a editar, Dora le había conseguido los que le faltaban para completar su colección.

¿Pero por qué le hacía tanta gracia aquella situación? A ella, desde luego, no le hacía ninguna.

—Sin duda —dijo en tono seco—. ¿Crees que Margaret dice en serio lo de desheredarte? —pero ella sabía la respuesta a esa pregunta; Margaret no era una mujer de la que uno pudiera burlarse sin recibir un castigo. Griffin había dado al traste con todos los planes que tenía para la familia, y Margaret jamás se lo perdonaría.

Griffin sonrió despreocupadamente.

—¿Y acaso importa?

Dora frunció el ceño.

—Pensé que vosotros dos habías llegado a un acuerdo antes de la boda de Charlotte.

—Es cierto —reconoció con seriedad—. Pero el trato era que yo pasara seis meses viviendo con mi madre, no que ella me eligiera una esposa. Y Amanda Adams no es para mí, por mucho que mi madre se empeñe —añadió en tono grave.

Dora se encogió de hombros al oír mencionar el nombre de la otra, y rezó para que pareciera un gesto natural.

—Te debe de parecer bastante atractiva, de otro modo no la habrías invitado a cenar esta noche.

Sabiendo ya lo que sentía por Griffin, lo de la invitación no le había sentado demasiado bien. Y para colmo, Amanda Adams era demasiado guapa.

—En realidad —dijo Griffin despacio—, fue Amanda la que me lo pidió. Pero sería impropio de un caballero revelar ese detalle a mi madre.

¿Amanda le había pedido a Griffin que fuera a cenar con ella? Dora sabía que ella jamás se habría atrevido. Pero seguramente la otra mujer adivinaba las intenciones de Margaret y estaba de acuerdo.

Él se encogió de hombros.

—Jamás me las he dado de caballero. Además, nunca me han gustado las mujeres maquinadoras —dijo con desagrado—. Y me da la impresión de que Amanda y mi madre están confabuladas en esto. Una es malo, pero que Dios se apiade del hombre que tenga que soportar a más de una mujer manipuladora su lado. Además, Izzy —añadió en voz baja—, creo que no has entendido bien a mi madre; anulé mi cita de hoy con Amanda para poder ir a la tienda a ayudarte.

¿Entonces prefería colgar estanterías que cenar con la bella Amanda? ¿O acaso debería pensar que prefería pasar tiempo con

Dora antes que con la otra…?

¡No se atrevía ni a pensarlo!

Griffin era uno de los hombres más imprevisibles que había conocido en su vida; sería un error interpretar sus actos de otro modo.

—Si hubieras ido a cenar con Amanda no te habrías hecho el esguince —dijo con sorna, antes de huir hacia la cocina.

Se apoyó contra la encimera de la cocina. ¿Qué iba a hacer con esos sentimientos que tenía hacia Griffin?

Desgraciadamente, no podía hacer nada. Si Griffin sintiera algo hacia ella, ya se lo habría demostrado.

Lo que sí sentía hacia ella, después del comentario de Margaret y aunque él lo negara, era cierta responsabilidad. Y era probablemente por haber estado prometida con su hermano y porque después de la muerte de su padre se había quedado sola en el mundo. ¿Qué era lo que había dicho Margaret exactamente? Ah, sí, que Griffin siempre había sentido debilidad hacia las personas enfermas y supuestamente desvalidas.

Era una pena que no fuera nada más. Y la verdad era que no quería la compasión de Griffin.

Y cuanto más pensaba en ello más se enfadaba. Sin darse cuenta se puso a dar golpes en la cocina mientras preparaba la cena, hablando sola entre dientes. ¡Lástima! Tenía veintiséis años, no tenía compromisos y sí dinero suficiente para no tener que preocuparse por su futuro. ¡Griffin podía guardarse su lástima! Si le iba bien, buscaría a alguien para que la ayudara en la tienda, viajaría un poco, y quizá se apuntara a la universidad.

—¿Qué te han hecho los filetes? —se oyó una voz socarrona.

Dora se volvió y lo vio en la puerta, apoyado contra el marco y sobre las muletas. Dora había hecho tanto ruido que no le había oído acercarse. ¿Cuánto tiempo llevaba allí observándola? Y sobre todo, ¿habría oído algo de lo que había dicho?

Griffin arqueó las cejas.

—Estás llevando a esos pobres filetes de un lado a otro como si quisieras que fuera… yo.

No, no él, se dijo para sus adentros, sino aquellos sentimientos no deseados que experimentaba hacia él.

Claro que era en parte lógico que se sintiera así. Como muy bien había dicho la señora que al entrar en la tienda semanas atrás lo había reconocido, Griffin era un hombre muy atractivo. También podía ser cariñoso y amable cuando quería y siempre estaba

riéndose de algo, normalmente de sí mismo. Pero ocurría que Griffin era el polo opuesto a ella. Dora era tranquila y algo reservada, y desde luego no se hacía ilusiones pensando en que pudiera atraer a un hombre tan atractivo y popular como Griffin.

Así que Griffin no se había equivocado; estaba enojada, pero no con él, sino consigo misma por haber sido tan tonta como para enamorarse de él.

—En absoluto —dijo haciendo una mueca de pesar, pero incapaz de mirarlo a los ojos porque de pronto sentía una timidez tremenda —. Es que me dijo una mujer que era mejor machacar los filetes antes de cocinarlos —se excusó con torpeza.

Griffin sonrió.

—¡No creo que tengas derecho a golpearlos hasta la sumisión!

Gracias a Dios los filetes estaban ya listos. A los cinco minutos Dora tenía ya todo colocado en la mesa y estaba ayudando a Griffin a sentarse. Sin embargo, no parecía esta demasiado cómodo allí sentado.

—¿Estarías mejor en el sofá con una bandeja? —le preguntó.

—Estaría mejor si no me hubiera caído de la maldita escalera — dijo con impaciencia.

—El que detrás de las puertas escucha, su mal oye —parafraseó con pesar—. Pero creo que deberías haber salido de donde estabas mucho antes.

—¿Y perderme a mi madre expresándose a sus anchas? Se ve que tenía varios planes trazados para mí, tanto en el terreno personal como en el profesional; planes en los que yo no quiero tomar parte. Así que, parece que no te queda otra salida.

Dora tragó saliva y, de repente, se puso pálida.

—Me doy cuenta de que le dijiste a tu madre que nos habíamos prometido para atacarla. Pero no tengo intención de...

—Me parece que ya me has dejado bien claro lo que sientes — Griffin dijo con sorna—. ¡Preferirías contraer una enfermedad a casarte conmigo!

Eso no era exactamente cierto. Solo en la medida en que él se fuera a casar con ella para darle en las narices a su madre. Porque sabía que Griffin jamás tendría otra razón para llevar a cabo un plan tan ridículo...

—Al decir que no te queda otra salida, no me refería a eso en particular —continuó diciendo Griffin al ver que ella no abría la boca—. Como puedes ver, de momento estoy incapacitado para estar solo. Mi apartamento es el típico de un soltero: no tengo

reservas de comida, ni nadie que me ayude a cocinar y a limpiar. Y ahora que mi madre me ha echado, no tengo otro sitio donde ir...

Dora tenía la terrible sensación de saber exactamente dónde concluiría todo aquello. ¡Y no le gustaba en absoluto!

—Claro que, en ese sentido no estoy dispuesto a echarme atrás —añadió con gravedad—. «No habrá reconciliaciones de última hora» —repitió con rabia la última frase de su madre—. Solo había vuelto por el bien de Charlotte. Mi madre será la única que tendrá que disculparse esta vez, y con los dos —anunció con firmeza.

Y como Dora no se imaginaba que tal cosa pudiera ocurrir, madre e hijo estaban destinados a permanecer distanciados.

Pero Griffin había perdido el hilo de la conversación.

—¿Qué estabas diciendo antes... ? —le preguntó Dora en tono callado, sintiendo de pronto una tensión tremenda.

—Estaba diciendo, Izzy, que al decir que no tienes otra salida me refería a que no tengo otro sitio donde ir. No puedo conducir. Apenas puedo andar, maldita sea. Así que, si no te importa, me quedaré aquí una o dos semanas, hasta que pueda valerme por mí mismo.

¡Pero claro que le importaba! Era imposible. No podía quedarse allí, tan cerca de ella, durante el día y la noche.

¡Ni Griffin ni ella podrían soportarlo!

CAPITULO 8

ESTA es la habitación de invitados —le estaba diciendo Dora en tono seco un par de horas después, mientras le enseñaba su cuarto. Habían terminado de cenar; bueno, Griffin había cenado, porque a ella se le había quitado totalmente el apetito al enterarse de que Griffin iba a quedarse allí unas semanas. Durante un buen rato había estado reflexionando acerca de la solución de Griffin, y finalmente había llegado a la conclusión de que era la única posible. Por mucho que a Dora le disgustara la idea, no tenía otro sitio adonde ir. Además, tenía una obligación hacia él, ¿no? Se había hecho el esguince mientras trabajaba en su tienda.

—Es estupenda —dijo Griffin con entusiasmo al examinar el dormitorio donde no había más que lo necesario: una alfombra, cortinas, un ropero, una cama y una mesilla de noche. Cuando se tumbó en la cama, lógicamente cansado del esfuerzo de subir las escaleras, la encontró también muy cómoda.

Dora y su padre no habían tenido invitados muy a menudo, y por eso ese tercer dormitorio, aun estando limpio y siendo soleado, carecía un poco de carácter. Decidió que al día siguiente colocaría unas flores y unos cuantos adornos para darle algo de vida, pero de momento tendría que contentarse con esa habitación cómo estaba.

—El cuarto de baño está enfrente —le dijo a Griffin—. El dormitorio de al lado era el de mi padre. Todavía no he tenido tiempo de arreglarlo —dijo sin mirarlo a los ojos.

No se trataba de que no hubiera tenido tiempo para hacerlo, sino que más bien se sentía algo reacia. Su padre era un hombre muy reservado y, aparte de cambiarle las sábanas y pasar la aspiradora una vez por semana, Dora nunca había entrado en su dormitorio. Y, una vez muerto, le parecía aún peor hacerlo, aunque sabía que algún día tendría que entrar.

—El dormitorio de mi padre es mayor que este, por supuesto —empezó a decir lentamente.

—Aquí estaré bien, gracias, Izzy —Griffin le dio un apretón en la mano—. Pero falta algo en este piso, ¿no?

Dora se puso colorada al darse cuenta de a qué se estaba refiriendo.

—Mi dormitorio es la puerta que está al final del pasillo —le dijo con timidez.

Griffin se echó a reír apaciblemente al notar la turbación de

Dora.

—Me doy cuenta que no estás acostumbrada a tener un hombre que no sea tu padre durmiendo en tu casa pero…

—¿Y en qué te basas para decir eso? —Dora reaccionó contraatacándolo—. ¡Tengo veintiséis años, Griffin, y no he hecho votos de castidad!

Sin embargo, esa situación, estando los dos solos en su casa, resultaba demasiado tentadora…

—¿Y el hombre en cuestión fue mi hermano Charles, o el tal Sam? —la burla de Griffin interrumpió sus turbadores pensamientos.

Dora alzó la cabeza y le lanzó una mirada iracunda.

—No creo que eso sea asunto tuyo, ¿no te parece? —añadió, en tono desafiante.

—Si fue Charles, creo que podría ser asunto mío —le soltó con dureza—. Tú…

—Pues yo no lo creo —le cortó Dora—. Este compromiso no es real, sino producto de la imaginación de tu madre, así que no tienes por qué preocuparte por mi reputación —añadió con fastidio—. Y, la verdad, Griffin, si tuviéramos una relación romántica, en la que sintiéramos la necesidad de hablar de nuestras relaciones pasadas, yo tendría que pasarme toda la noche aquí escuchando las tuyas —se mofó.

Griffin la miró detenidamente durante unos segundos antes de hablar.

—Quizá te llevaras una sorpresa —murmuró de modo conciso.

—Lo más probable sería que no me sorprendiera en absoluto —dijo Dora mientras sacaba unas toallas limpias del armario—. Te dejaré solo para que te pongas cómodo —dejó las toallas sobre la cama antes de dirigirse hacia la puerta—. Todavía tengo que recoger la mesa.

¡Y mientras lo hacía, armó casi el mismo jaleo que cuando había estado preparando la cena! ¿Quién demonios se creía Griffin que era? No tenía derecho a interrogarla sobre su relación con Charles; en cuanto a Sam… Sencillamente, Sam y ella no mantenían una relación sentimental.

¡Sam… !

Se suponía que iría a buscarla allí a las siete y media del día siguiente.

Dora se dejó caer en uno de los taburetes de la cocina. Hacía tan solo veinticuatro horas, tenía una vida tranquila y sin

complicaciones; incluso aburrida, se dijo para sus adentros. Desde que vivía sola, la casa se le caía encima. Pero en ese instante, no solo tenía un huésped que se quedaría al menos dos semanas, sino que al día siguiente tenía una cita con otro hombre. Un hombre que iría a buscarla a casa. Y estaba segura de que Griffin, con su manera de ser, haría todo lo posible para que el otro se enterara de que estaba allí.

Se sentía como si le hubieran arrebatado su intimidad, su libertad. Y, amando a Griffin como lo amaba, no veía cómo podía terminar aquel tormento...

—Despierta, Izzy. Hace un día maravilloso —dijo mientras descorría las cortinas de su dormitorio.

El sol entró a raudales por la ventana cegando a Dora, que seguía adormilada en la cama.

¡Griffin!

No solo había invadido su dormitorio Dios sabía en qué momento, sino que para colmo parecía contento de haberlo hecho.

Dora no tenía buen despertar. En vida de su padre, apenas si se hablaban por las mañanas, porque ambos sabían lo que había que hacer y lo hacían sin necesidad de abrir la boca.

—Es increíble —continuó diciendo Griffin al ver que no respondía—. ¡Aquí debes de tener cientos de unicornios !

Griffin tenía razón; había cientos. Llevaba coleccionándolos desde que era pequeña, un capricho que su madre había secundado, aunque desde el principio habían acordado que las bellas y míticas bestias permanecerían en el dormitorio, donde no pudieran molestar a su padre. Así que, aparte de su madre y ella misma, nadie había visto su colección de unicornios. Hasta ese momento...

Y deseó que Griffin no los hubiera visto. Esa colección demostraba que Dora Baxter no era tan seria y práctica como quería dar a entender.

Cuanto antes distrajera su atención de la existencia de los unicornios, mejor.

Se dio la vuelta en la cama al tiempo que emitía un sonido de protesta y miró a Griffin con los ojos medio cerrados.

Se veía que llevaba un rato levantado, porque estaba vestido y recién afeitado. Pero Dora sabía que no tenía allí su bolsa de aseo, y menos una cuchilla.

—Mi cuchilla no es la adecuada para la barba de un hombre —le dijo contrariada.

—¡Buenos días a ti también! —Griffin sonrió de buen humor

mientras se sentaba a los pies de la cama—. ¿Te ha dicho alguien alguna vez lo preciosa que estás por las mañanas? —añadió en tono provocativo.

Dora lo miró con recelo.

—¿Es una de esas preguntas con truco?

—En absoluto —dijo—. Simplemente iba a decirte que si te lo habían dicho, te habían mentido —sonrió de nuevo.

Dora lo miró con cierta dosis de cinismo.

—¿Te han dicho alguna vez lo que molesta que lo despierten a uno por la mañana con tanta alegría? —se intentó incorporar, pero no le resultó fácil, con Griffin sentado a los pies de la cama—. ¿Qué hora es? —preguntó, porque no era capaz de distinguir lo que marcaban las manecillas del reloj que tenía en la mesilla.

—Las siete y media —le dijo despreocupadamente y, al oírlo, Dora empezó a protestar—. Nunca pensé que fueras una dormilona, Izzy.

—Entonces te equivocaste, ¿entiendes? —respondió muy irritada —. Antes de las ocho, sigue siendo de noche para mí. Solo en ocasiones especiales...

—¿Y el hecho de estar yo aquí no es algo especial? —Griffin siguió provocándola.

—¡El estar tú aquí es muchas cosas, pero no especial! Me estaba refiriendo a los cumpleaños y las navidades —aunque no le sorprendía en absoluto que a Griffin le gustara levantarse tan temprano; ese hombre era hiperactivo—, ¿Dónde está el café? —preguntó, bostezando de cansancio.

—No puedo bajar yo solo, ¿recuerdas? Menos aún volver con una taza de café en la mano —se puso de pie con la ayuda de las muletas—. De otro modo te habría traído el café a la cama con gusto.

Dora estaba ya totalmente despierta; y cuanto más despierta estaba, menos le gustaba que Griffin estuviera en su dormitorio. Guapa o no, estaban allí los dos solos, y Griffin era irrefrenable en todos los sentidos.

—Si no te importa esperarme fuera, me vestiré y bajaré a prepararme yo sola el café —tal y como hacía cada mañana—. Y luego me podrás explicar exactamente por qué me has despertado a estas horas —añadió en tono amenazante.

—Lo haré —dijo Griffin sonriendo, al tiempo que se encaminaba hacia la puerta con torpeza.

Vivir con aquel hombre conllevaba mucho más de lo que había

imaginado en un principio. Nunca había vivido fuera de su casa, ni con otras personas que no fueran su familia inmediata, y entre ellos siempre se habían respetado el espacio de cada uno. Griffin no parecía darse cuenta de que necesitaba su propio espacio, así que tampoco podía esperar que lo respetara.

Como para confirmar sus sospechas, estuvo a punto de chocarse con él al salir del dormitorio, apoyado como estaba contra la pared de enfrente.

La mirada que le echó podría haber avergonzado a cualquiera, menos al irrefrenable de Griffin.

—Ya emerge la mariposa —dijo mientras se preparaba para seguirla al piso de abajo.

Dora decidió que no le hablaría hasta que no se bebiera su café. Unos días antes la casa le había parecido solitaria y vacía; pero, de repente, estaba demasiado llena.

—Bueno... —suspiró con satisfacción minutos después, tras beber el primer sorbo de café—. ¿Y qué puede haber tan urgente para que me hayas despertado a esta hora tan intempestiva? —le preguntó.

—Está bien —le dijo, mordiéndose el labio—. Te he despertado porque tenemos que ir a mi apartamento a que recoja unas cuantas cosas, y luego tienes que llevarme a los estudios de televisión. Estoy grabando en estos momentos, ¿recuerdas? —le dijo cuando ella lo miró.

Ciertamente se lo había dicho, y esa era la razón por la que solo había podido ayudarla por las tardes. Pero con el esguince...

—¿No tendrás que dejarlo para más adelante? —frunció el ceño.

—Se nota que no estás familiarizada con los estudios de televisión, Izzy; ni con las cadenas de televisión, puestos a ello —añadió—. No esperan ni a nada ni a nadie.

—¿Pero no eres tú el centro del programa? —Exactamente —asintió—. Y no puedo permitir que una tontería como un esguince, retrase la grabación.

—Pero...

—Tengo prisa, Izzy —le dijo, poniéndose de pie tras terminarse el café—. Y primero tenemos que ir a mi apartamento. Necesito cambiarme y llevarme un par de cosas, como ropa limpia y una cuchilla de afeitar —añadió significativamente.

Dora no tenía ninguna gana de ir a su apartamento, y menos aún de llevarlo al estudio para grabar. Ya lo amaba demasiado como para encima tener que implicarse más con él; cuando él se

marchara, su vida se quedaría aún más vacía.

—¿Y el estudio no puede enviarte un coche? —dijo—. Como ya no puedes ayudarme a terminar la tienda, tengo unas cuantas cosas que arreglar hoy.

Como por ejemplo encontrar a alguien que le concluyera el trabajo.

—No, no pueden enviarme un coche, Izzy —soltó Griffin con impaciencia controlada—. Yo no les pido trato de súper estrella y ellos tampoco me lo ofrecen. ¿Además, has olvidado que me hice esto mientras...?

—Mientras me ayudabas —dijo Dora con pesar—. Ya hemos hablado de eso, Griffin —dijo, soltando un suspiro—. Acepto mi parte de responsabilidad; solo es que no espero que dure para siempre.

Griffin la miró en silencio durante unos segundos y luego se relajó.

—Desde luego te levantas de un humor de perros, ¿eh? —dijo en tono divertido.

Y esa mañana, más de lo normal, se dijo para sus adentros. Y tenía razones para ello. La noche anterior se había ido a la cama pero no había logrado conciliar el sueño hasta varias horas después, incapaz de dormir pensando que Griffin estaba en su casa con ella.

—Es verdad —asintió, sin molestarse siquiera en defenderse—. Voy por la chaqueta y el bolso —dijo, mientras se ponía de pie.

«Espabila», se dijo mientras iba por sus cosas. Si continuaba comportándose así, Griffin se daría cuenta de que le pasaba algo, de que algo había cambiado en su interior. Y si se diera cuenta de que estaba enamorada de él no sería capaz de volver a mirarlo a la cara.

—¿No te parece acogedor todo esto? —Griffin se volvió y le sonrió, una vez montados en el coche—. ¡Es una situación tan doméstica!

Dora esbozó una sonrisa.

—Lo siento, pero no puedo imaginarte siendo doméstico.

—¿De verdad? —se puso serio—. Oye, te aseguro que estoy perfectamente enseñado.

Dora dejó de sonreír.

—Ya no tienes una casa adonde ir —le recordó con delicadeza.

Griffin se encogió de hombros.

—Mi madre cederá... con el tiempo. Y, mientras tanto, puedo quedarme en tu casa.

Eso era lo que a Dora le daba pavor. No podía quedarse con ella

indefinidamente. Para empezar, los vecinos empezarían a comentar que un hombre se había mudado a vivir con ella a las pocas semanas de la muerte de su padre. Y por otra parte, no quería tener a Griffin tan cerca. ¡Ni siquiera temporalmente!

—Además —siguió diciendo Griffin—. Llevo años sin vivir en una casa. Cuando entres en mi apartamento te dará la impresión de que acabo de llegar o que estoy a punto de marcharme.

Cuando llegaron al piso de Griffin, Dora entendió perfectamente lo que le había querido decir. Había cajas por todas partes, unas abiertas y otras cerradas.

Era un piso enorme para una sola persona. Había por lo menos dos dormitorios, si no más, y un cuarto de baño en la habitación principal. Pero todas ellas ofrecían más o menos el mismo aspecto; claro que, como Griffin viajaba continuamente, resultaba inevitable.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —le preguntó, sin poderse contener.

El se encogió de hombros.

—Me vine aquí para probar hace más o menos un año y entonces traje todas mis cosas. ¡Y ya ves, sigo de prueba!

A Dora le pareció de lo más triste. Ella llevaba toda su vida en la misma casa, había echado raíces allí. Si tuviera que mudarse, le llevaría semanas empaquetar todo; en cambio Griffin parecía capaz de hacerlo en un par de horas.

Y había dicho que hacía cosa de un año... Es decir, más o menos cuando murió Charles.

—Me trasladé aquí justo después de morir Charles —dijo Griffin, respondiendo a sus pensamientos—. Aunque en aquel momento pensé... Bueno, da igual lo que pensara —hizo una mueca—. No tardo nada —se metió en una de las habitaciones—. Estás en tu casa —le dijo en tono seco.

Dora se sintió atraída por una estantería atestada de libros que cubría toda una pared. La mayoría de los libros se veían manoseados, incluyendo varios de los volúmenes que Dora le había conseguido. No pudo menos que preguntarse cómo podía Griffin, con lo atareado que estaba, sacar tiempo para leer. Pero parecía que lo hacía, y que disfrutaba haciéndolo.

i Por fin Dora había descubierto algo en común con Griffin!

—Listo —dijo Griffin, que estaba en la puerta de la habitación con una bolsa colgada del hombro.

Dora le pidió que le diera la bolsa, deseosa por salir de allí cuanto antes. No quería descubrir lo que ambos pudieran tener en

común. Le resultaba mucho más fácil seguir repitiéndose a sí misma que no estaban hechos el uno para el otro y dejar de lado sus sentimientos hacia él.

—Vámonos entonces —soltó, más bruscamente de lo que habría deseado, y Griffin la miró con los ojos entrecerrados.

Dora decidió no tomarlo en cuenta y se dio la vuelta. No quería saber nada de la vida de Griffin, y menos aún empezar a preguntarse cosas sobre él.

Por esa razón, cuando llegaron media hora después al estudio, se negó a acompañarlo dentro.

Sacudió la cabeza, sin moverse del asiento.

—¿A qué hora quieres que venga a buscarte luego?

Griffin se inclinó para mirarla.

— ¿No tienes curiosidad por entrar, Izzy?

—En absoluto. ¿A qué hora vengo, entonces?

—Sobre las cinco está bien —murmuró pensativamente—. ¿Estás segura de que no quieres entrar? La verdad es que es muy interesante...

—¡Griffin! —una voz de mujer lo llamó con preocupación—. ¿Qué diablos te has hecho? ¡Ay, pobrecito mío! —la joven y esbelta morena que había bajado por las escaleras de la entrada al edificio se acercó al coche al verlo con las muletas—. ¿Quieres que te ayude a entrar? —miró a Griffin con un par de preciosos ojos azules.

Griffin le guiñó un ojo a Dora antes de volverse hacia la otra mujer.

—Qué amable por tu parte, Angela —murmuró en tono afable—. ¿Pero no te marchabas ya?

La mujer le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Estoy encantada de poder ayudarte, Griffin —le aseguro con voz ronca—. Ya has pagado el taxi —miró sin interés hacia Dora, que seguía sentada al volante.

¿Taxi? Dora estaba cada vez más furiosa. ¿Aquella mujer pensaba que era una taxista? No solo le pareció una desvergüenza, sino que también implicaba que Dora no le había parecido lo suficientemente atractiva como para poder ser nada más en la vida de Griffin. ¡Estupendo!

—Volveré a buscarlo hacia las cinco, señor Sinclair —le espetó en tono mordaz, mientras cerraba la puerta del pasajero.

Mientras salía de allí, Dora ni siquiera se volvió a mirar hacia donde había dejado a Griffin.

¡Qué frescura! ¡Pero qué descaro el de esa mujer!

Se miró en el espejo retrovisor con impaciencia. ¿Acaso tenía pinta de taxista? Y Griffin se había quedado ahí, limitándose a sonreír al oír lo que había dicho la otra; divirtiéndose a costa de ella. Otra vez.

Sacudió la cabeza con pesar y se relajó ligeramente. En el más amplio sentido de la palabra, estaba haciendo de taxista de Griffin, y volvería a hacerlo esa misma tarde.

Pero antes tenía que organizar varias cosas, se recordó a sí misma enérgicamente. La más importante, encontrar a alguien que le terminara el trabajo en la tienda. Según iban las cosas, quizá pudiera volver a abrir para navidades.

A las cinco y cuarto Dora estaba en la puerta del estudio, ligeramente molesta al ver que Griffin no se encontraba ya esperándola. A las cinco y media estaba ya muy molesta.

A las seis estaba furiosa. Y a las seis y cuarto tenía ganas de asesinar a alguien.

Tan enfadada estaba que salió del coche, subió las escaleras e irrumpió en el vestíbulo. Griffin ni siquiera se había molestado en avisarla.

—¿Qué desea? —le preguntó amablemente la joven recepcionista.

Dora aspiró profundamente para intentar calmarse.

—Estoy aquí para recoger al señor Sinclair y...

—¿Es usted la señorita Baxter? —le preguntó la joven—. Me pidió que la acompañara al estudio en cuanto llegara. Si es tan amable de sentarse un momento...

—¿Quiere hacer el favor de decirle al señor Sinclair que me marcharé dentro de quince minutos, con o sin él? —le dijo en tono afable, porque al fin y al cabo esa chica no tenía culpa de que Griffin fuera un egoísta y un desconsiderado—. Si va a tardar más, le sugiero que tome un taxi —se dio media vuelta y volvió al coche.

No estaba enfadada porque Griffin hubiera tardado más, sino porque sabía que lo estaba haciendo adrede. Sabía muy bien que ella había quedado con Sam a las siete y media, e incluso aunque se marchara en los quince minutos siguientes, con el tráfico que había a esa hora, le iba a costar llegar a casa antes de las siete y media.

Lo había llamado al hospital para cancelar la cita, pero con tan mala suerte que era su día libre. Tampoco lo había encontrado en su casa, así que Dora le había dejado un mensaje en el hospital por si acaso pasaba por allí a hacer algo. Como no la había llamado, supuso que no había recibido el mensaje. Por eso, a pesar de sus

esfuerzos, lo más probable era que Sam apareciera a buscarla esa noche a la hora acordada.

A Griffin le quedaban cuatro minutos para volver sin Dora. Pero, como era de esperar, dos minutos antes de la hora, se abrieron las puertas de cristal y Griffin salió, esa vez ayudado por uno de los guardias de seguridad.

Al llegar al coche miró a Dora y le dedicó una de esas atractivas sonrisas juveniles. Pero ese no era su día de suerte.

Dora no salió del coche para ayudarlo, sino que se limitó a abrirle la puerta desde dentro.

—Entra —le ordenó entre dientes.

—Buenas tardes, Izzy —dijo con sorna mientras se inclinaba para colocar las muletas en el asiento trasero del coche antes de meterse dentro.

Aun así, Dora no se movió. Estaba demasiado enfadada con él como para compadecerse de sus dolorosos esfuerzos. Se las había arreglado perfectamente todo el día, seguramente gracias a la ayuda de bellas mujeres como la de esa mañana, y Dora pensó que podría seguir haciéndolo perfectamente.

En cuanto él cerró la puerta, Dora aceleró y salió de allí. Eran casi las siete menos cuarto. A Griffin le había costado casi quince minutos montarse en el coche y no había forma, por mucho que corriera, de llegar a casa antes de las siete y media. Y todo por culpa de Griffin.

—¿Has tenido un buen día?

Dora le echó una mirada breve y mordaz. En realidad, había tenido un buen día, porque milagrosamente el carpintero que le había hecho la barra le dijo que tenía tiempo para acabarle el trabajo que quedaba en la tienda. Y seguramente antes del lunes.

Por eso, cuando había llegado al estudio a recoger a Griffin, lo hizo contenta y de buen humor. Pero Griffin, con su deliberado retraso, había borrado de un plumazo todas esas sensaciones.

Desde luego no estaba de humor para escuchar la descripción que, en ese momento, Griffin le estaba haciendo de su día. ¡Como si a ella le importara! Había salido tarde a propósito para que no llegara a su cita con Sam, de eso estaba segura.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Griffin minutos después.

¡Sabía perfectamente lo que le ocurría! Y si pensaba que no había reparado en su plan para sabotearle la cita, estaba equivocado.

—Izzy... —le dijo en tono suave—. No estás demasiado

simpática esta tarde —se quejó.

Dora se preguntó si cuando uno estaba muy enfadado podría salirle de verdad humo por las orejas. Porque ella, desde luego, estaba rabiosa.

—¡Simpática! —repitió con énfasis mientras—. ¿He estado casi dos horas sentada a la puerta del maldito estudio, esperando a que aparecieras, y tú esperas que me muestre simpática? —le dijo con furia—. Eres la persona más irritante, insoportable y...

—Me encanta cuando me dices esas cosas tan bonitas —murmuró, sonriendo con satisfacción.

—Egoísta, indiferente...

—Bueno, déjalo ya, Izzy —la interrumpió, frunciendo el ceño—. No he salido tarde a propósito, ¿sabes?

— ¿Ah, no? —le soltó con incredulidad—. No sé por qué, pero eso me resulta extremadamente difícil de creer, Griffin. Sabías muy bien que tengo una cita a las siete y media.

—No te preocupes, llegarás a tiempo —le aseguró con frialdad —. Y hoy me ha resultado tan difícil trabajar, con el tobillo tan dolorido y las malditas muletas, como tú habías aventurado. Tuvimos una reunión a última hora, esa es la razón por la que he salido tarde, y hemos decidido dejarlo hasta el lunes, a ver si Dios quiere que esté mejor.

¡A Dora le daba igual lo que hubieran decidido!

Estaba cansada, nerviosa y hambrienta.

—Qué bien —dijo, sin molestarse siquiera en disimular su sarcasmo.

Griffin se echó a reír.

—¡Me alegro de ver que estás recuperando el buen humor! —comentó secamente.

Le echó una mirada amenazadora.

—Yo... —empezó a decir, pero se calló al ver que él la miraba divertido—. Esto no tiene nada de gracioso, Griffin —dijo, intentando mostrarse dura y agarrarse a la rabia que había provocado en ella.

Pero le resultaba imposible, con Griffin mirándola como un niño arrepentido de ojos risueños y brillantes.

—Esta bien, Griffin —se relajó en el asiento—. Suspendamos las hostilidades —sugirió cansinamente.

—¿Es necesario? Estás preciosa cuando te enfadas —dijo de manera desafiante.

—¡No empieces otra vez, Griffin! —Dora sacudió la cabeza—.

Esta mañana no te ha servido de nada, y tampoco te servirá esta tarde.

—Lo sé —frunció el ceño, visiblemente confuso—. No entiendo lo que estoy haciendo mal; ese tipo de frases siempre funciona en las películas.

El problema era que una parte de ella, la parte que estaba enamorada de él, deseaba fervientemente seguir escuchando esas cosas.

—Esas son cosas que solo ocurren en las películas, Griffin. No son reales.

La realidad, como ella muy bien sabía, era que ella y Griffin no se complementaban en absoluto, y además, deseaban cosas muy distintas de la vida, de una relación.

Griffin tan solo quería reír y pasarlo bien, además del sexo. Ella también quería reír y pasarlo bien, pero no solo quería una relación sexual con Griffin, por muy maravillosa que pudiera imaginársela. Deseaba amor y compromisos, y no ser tan solo un paso más en la carrera de Griffin hacia otras cosas u otras mujeres.

—Qué lástima —murmuró. Recostó la cabeza en el asiento y pareció como si se durmiera.

Sin embargo, veinte minutos después, cuando llegaron a casa de Dora, Griffin abrió los ojos.

El coche de Sam estaba aparcado a la puerta de la casa. Entonces no había recibido su mensaje...

Dora aparcó el coche detrás del de Sam, y vio que él estaba de pie junto a la puerta, con expresión confusa al darse cuenta que la casa estaba vacía.

Pero antes de que a Dora le diera tiempo a apagar el motor, Griffin, después de todo lo que había tardado en entrar antes en el coche, salió del coche sin problema alguno. En realidad estaba ya fuera, con muletas y todo, y dirigiéndose hacia la casa, antes de que Dora pudiera salir del coche.

—Tú debes de ser Sam —le oyó decir Dora justo en el momento en que ella salía del vehículo—. Izzy... Dora, me ha hablado de ti.

Lo cual, por supuesto, no era cierto. Llevaba sin ver a Griffin casi un año antes de que se hubiera presentado en la tienda seis semanas atrás y, aunque Sam le había telefoneado un par de veces desde la muerte de su padre, no había salido con él desde hacía más de dos meses.

—Sentimos llegar un poco tarde —le dijo Griffin a Sam—. Izzy ha sido muy amable al hacer de chofer para mí hoy.

—Es una persona amable —Sam le contestó con recelo, sin saber con quién hablaba.

—¿Verdad que sí? —Griffin se volvió y le dedicó a Dora una sonrisa de complicidad—, ¿Qué hombre podría resistirse a ella? —dijo en tono posesivo—. Yo, desde luego, no puedo. Y, afortunadamente, ella me corresponde. Por esa razón nos prometimos en matrimonio ayer por la noche —añadió con satisfacción.

Dora se lo quedó mirando con perplejidad. Además de que llegaba tarde por su culpa, le contaba a Sam lo del falso compromiso. ¿Pero qué se creería que estaba haciendo?

CAPITULO 9

¡FUERA! —gritó Dora con frialdad, temblando de rabia. —Pero...

—He dicho fuera, Griffin —dijo con voz entrecortada y los puños cerrados con fuerza a ambos costados.

¡Acababa de pasar los cinco minutos peores de su vida! Desconsoladamente, vio como Sam se quedaba perplejo al enterarse de que Dora se había prometido; cuando le lanzó una mirada de reproche por no haber sido ella la que se lo dijera personalmente, Dora se sintió fatal.

Seguidamente, Sam la había felicitado en tono seco antes de marcharse.

En ese mismo instante, Dora se había dado cuenta que, prometida o no, era la última vez que vería a Sam; él jamás le perdonaría la humillación por la que lo había hecho pasar.

Y todo por culpa del arrogante y egoísta de Griffin.

—De todos modos, no era tu tipo —le anunció con la misma arrogancia con que revestía todas sus acciones, mientras los dos estaban sentados cara a cara en la cocina, como los adversarios en que se habían convertido, al menos desde el punto de vista de Dora. Ya no le importaba lo que pensara Griffin, ni de Sam ni de cualquier otra persona.

¿Y él había tenido el descaro de acusar a su padre y a Charles de intentar manejarle la vida? ¡Comparados con Griffin, habían sido unos aficionados!

—No tengo la intención de discutir contigo nada relacionado con Sam —le dijo con frialdad—. Para mí te has pasado de la raya y ahora quiero que te marches.

Y mejor que lo hiciera antes de que empezara a gritar.

—Pero...

—No hay peros que valgan —le dijo con firmeza—. Has humillado a Sam y me has avergonzado delante de él. Y ambas cosas las has hecho valiéndote de una mentira, la misma que utilizaste antes para librarte de tu madre —su expresión se volvió más dura al mencionar el nombre de Margaret Sinclair—. Y aunque entiendo la necesidad de hacerlo con ella, no deja de ser una mentira. Y desde luego no deberías haberla repetido delante de otra persona —soltó en tono mordaz.

—¿Y cómo me las voy a arreglar yo solo? —Griffin gimió con pesar—. Después de todo, me hice esto mientras...

—Me ayudabas —dijo Dora cansinamente—. Esa excusa ya no me vale, Griffin. Hace un rato, cuando quisiste salir disparado del coche para hablar con Sam, te las arreglabas de maravilla. Incluso has tardado menos que yo.

De otro modo nada de eso habría ocurrido. Estaba segura de que podría haberle explicado todo a Sam si Griffin se lo hubiera permitido, y así ninguno de los dos se habría sentido tan abochornado. Pero tal y como había trascurrido todo...

—No, Griffin —le dijo categóricamente—. Esa excusa ya no me vale. Quiero que te marches y punto.

—Tú...

—Para serte sincera, Griffin —añadió con dureza—, tu comportamiento de esta noche me ha parecido tan machista y dominante como decías que solía ser el de mi padre y el de Charles —le dijo sin rodeos.

De pronto Griffin no parecía ya divertido. ¿Habría conseguido que por fin la entendiera... ?

—Dije todas esas cosas por una razón, Izzy...

—Lo sé... No te gustaba mi padre y no crees que amara a Charles —se burló.

—Te gustaba de verdad, ¿no? —dijo Griffin con aspereza.

¿Que le gustaba quién? Ah...

—Pues claro que me gustaba Sam —le contestó al darse cuenta que hablaba de él—. De no haber sido así, no me habría citado con él para salir.

Griffin frunció el ceño.

—Siempre podría llamarlo...

—Por favor, no te molestes —dijo Dora con frialdad—. Soy perfectamente capaz de explicarme yo sola.

Aunque sabía que con Sam no lo haría; su amistad había concluido.

Su compromiso con Griffin podría ser totalmente ficticio, pero su amor por él no lo era. ¿De qué serviría explicarle nada a Sam si no iba a dejar de amarlo?

—Cuando te hayas marchado —añadió de modo significativo.

Griffin suspiró.

—No quieres entenderme, ¿verdad?

—¿Y qué tengo que entender? —le dijo con rabia.

—Para empezar, la razón por la que me comporté así con Sam —dijo con énfasis.

—¡Ah, la razón ya la conozco! ¡Ha sido por pura maldad!

A Griffin le sobraba, y no parecía importarle si eso hacía sufrir a los demás.

—No es cierto —sacudió la cabeza—. Tienes una opinión muy baja de mí, ¿verdad, Izzy?

Ya estaba otra vez con ese nombre tan ridículo.

Cuando Griffin saliera de su vida, no volvería a oírlo. Sin embargo, qué dolor más tremendo le produjo pensar en eso.

—¿Me has dado alguna vez una razón para opinar lo contrario?

Ella misma se contestó a su propia pregunta. Claro que tenía otra opinión bien distinta de Griffin: lo amaba.

Amaba ese pícaro y a veces perverso sentido del humor; amaba la amabilidad que había permitido que Charlotte celebrara su boda felizmente. Adoraba su expresión, su aspecto; ese aspecto por el que babeaban miles de telespectadores.

Pero esa opinión no tenía la intención de expresarla en voz alta. Jamás.

Porque de hacerlo acabaría sufriendo el doble. Además, seguía muy enojada con él.

—No importa. Veo que te está llevando demasiado tiempo darme una respuesta —dijo con socarronería—. El problema contigo, Izzy…

—No creo que sea yo la que tiene el problema —lo interrumpió secamente.

—… es que desde el primer día no permitiste que Dora me diera una oportunidad —terminó de decir en tono resuelto.

¿Una oportunidad para qué? Dora e Izzy eran la misma persona.

—Tú…

—Izzy me miró y le gustó lo que vio; desde luego que te gustó, Izzy —insistió, como si ella hubiera protestado—. ¿Crees que no noto cuando una mujer me encuentra atractivo? Por favor, yo también tengo sensibilidad —dijo en tono seco—. Yo le gustaba a Izzy Baxter.

—También a Fiona Madison —se burló, poniéndose colorada. ¿Cómo podía habérsele notado tanto lo que había sentido dos años atrás? ¡Qué humillante!

Griffin le dedicó una sonrisa recriminatoria.

—La Dora mojigata está hablando de nuevo, así que olvidaré lo que has dicho de Fiona y de mí. En realidad es una amiga de la familia, y muchas veces prometí a ella y al marido que adoraba que cuando acabaran de montar Dungelly Court escribiría una reseña. Si no me crees —dijo, al ver la cara que ponía Dora— pregúntaselo a

mi madre; es la madrina de Fiona.

Dora no tenía intención alguna de preguntarle nada a Margaret Sinclair; en realidad, no pensaba volver a hablar con ella en la vida. Y estaba segura de que Griffin era consciente de ello. Además, por muy loco que estuviera Griffin, jamás le había mentido, que ella supiera.

—No lo harías, ¿verdad, Dora? —añadió—. Pero cuando estuvimos juntos en Dungelly Court...

—Cenamos juntos, eso fue todo —lo interrumpió acaloradamente—. Así que no lo digas como si fuera mucho más de lo que en realidad fue.

—Lo que fuera —se encogió de hombros con impaciencia—. Esa noche dejaste que Izzy hablara por ti...

—¡No hay ninguna Izzy! —explotó—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —añadió, enfurecida y echando chispas.

El sacudió la cabeza y sonrió con cierta tristeza.

—Oh, sí. Claro que hay una Izzy. Niégalo si quieres, Dora, pero jamás creeré lo contrario. Sobre todo después de ver tu colección de unicornios esta mañana —dijo con los ojos brillantes—. Era Izzy la que los coleccionaba, no Dora —insistió con firmeza.

Dora se ruborizó de nuevo. Nadie, aparte de sus padres, había visto jamás sus unicornios, ni sabía de su existencia. Hasta que Griffin...

—Me marcharé, Dora —añadió Griffin en voz baja—, Pero si vuelve Izzy, dile por favor que me encantaría verla de nuevo...

Dora aspiró temblorosamente.

—Griffin...

—Espero que seas feliz, Dora —la agarró de los brazos, mirándola de frente con intensidad—. Sea quien sea o lo que sea que elijas para tu futuro.

—Yo... ¿Pero adonde vas a ir?

En ese momento en el que Griffin estaba a punto de marcharse, Dora sintió otro tipo de dolor.

Porque esa vez, sabía que no volvería. Era Dora la única que estaba allí, y a Griffin no le gustaba demasiado. Dora era demasiado tímida, demasiado cobarde para correr riesgos en su vida, para interesarle a un hombre como Griffin.

—Me las arreglaré —en tono seco repitió las mismas palabras que había dicho ella momentos antes—. Pero puedes estar segura de una cosa, no pienso volver con mi madre —añadió—. Ah, y hablando de cosas más prácticas, ¿cómo vas a terminar las obras en

la tienda?

—He hablado hoy con el carpintero y dice que puede acabar lo que falta —le aseguró.

Griffin sonrió.

—Nadie es indispensable, ¿eh? —murmuró en tono irónico, dándole un apretón en el brazo antes de soltarla—. Enviaré a alguien para que venga a buscar mi coche en cuanto pueda.

—No hay prisa —le aseguró.

—Yo creo que sí —añadió lentamente—. Lo siento si he estropeado lo que había entre ese médico y tú, Dora —se volvió por sus muletas y no vio la expresión de desesperación que de repente asomó al rostro de ella al ver que se marchaba—. Quizá los dos estuvierais hechos de verdad el uno para el otro —añadió tristemente.

Esa vez no lo dijo en tono de burla, tan solo con una enorme tristeza, y a Dora le entraron ganas de llorar. En realidad tenía ganas de llorar desde hacía un rato; desde que Griffin había aceptado que tenía que marcharse.

Y estaba equivocado: Sam y ella no estaban hechos el uno para el otro, no más de lo que lo habían estado Charles y ella.

¿Pero en qué estaba pensando? Había amado a Charles, había estado prometida con él en matrimonio y, de no haber sido por el accidente, ya estaría casada con él.

¿O no... ?

Miró a Griffin con ojos llorosos. Amaba a ese hombre; en realidad se dio cuenta de que se había enamorado de él dos años atrás. ¿Qué habría pasado en su matrimonio con Charles cuando finalmente se hubiera dado cuenta de eso?

—Llama al médico, Dora —le aconsejó Griffin con dureza, creyendo que lloraba por eso—. Estoy seguro de que querrá escuchar lo que le tienes que decir.

Cuando Griffin salió de la cocina Dora se quedó inmóvil, y así estuvo hasta que oyó que se cerraba la puerta de entrada unos minutos después. Le había dicho que se largara, y eso era lo que él había hecho.

Dora se echó a llorar a lágrima viva. Griffin se había marchado y ella sabía que no volvería a verlo otra vez...

—Qué idea más maravillosa, querida —le dijo la mujer demasiado efusivamente mientras salía de la librería.

Dora cerró la puerta con llave. Eran las cinco y medio de un sábado, hora de marcharse a casa. Y eso era algo que, últimamente,

Dora retrasaba tanto como le era posible. Estando en la tienda se mantenía ocupada; además, los cambios que había hecho antes de la reapertura hacía tres semanas habían tenido tanto éxito que se había visto obligada a contratar a una persona a tiempo completo para que la ayudara.

Era únicamente que cuando estaba sola en su casa, la inutilidad de todo ello la asaltaba.

Como bien había adivinado, no había vuelto a ver a Griffin desde la noche que lo echó de su casa. Le había dicho que no quería volver a verlo y él lo había cumplido. Además, tal y como le había prometido, fue también a buscar su coche a los pocos días. Una mañana cuando fue a abrir la tienda, Dora vio que ya no estaba. Sí, Griffin había desaparecido de su vida totalmente.

¡Y lo echaba tanto de menos!

Izzy, también.

Griffin era la única persona que se había dado cuenta que había una Izzy en ella y sin él a su lado para provocarla y burlarse de ella, Izzy estaba empezando a desaparecer lentamente.

—¡Dora!

Estaba echando el cerrojo de la puerta de la tienda cuando oyó su nombre y se volvió. Al ver a Charlotte corriendo hacia ella por la acera, sonrió de oreja a oreja. Charlotte, recién llegada de su luna de miel, estaba radiante de alegría.

—Qué bien que te he pillado —dijo Charlotte sin aliento al llegar junto a Dora—. Dios mío, Dora —sonrió—. Sé que te pedí que le echaras un ojo a Griffin, pero no pensé que os fuerais a prometer en matrimonio —sonrió de alegría.

Dora se puso seria.

—¿Quién te ha dicho eso...? —preguntó con recelo.

Llevaba tres semanas sin ver a Griffin, pero suponía que le habría dicho ya a su familia que su compromiso era ficticio. Claro que el saludo de Charlotte parecía implicar algo bien distinto...

—Mi madre, por supuesto —Charlotte hizo una mueca, borrando del pensamiento de Dora toda sospecha de que hubiera podido ser Griffin—. Y Griffin también, por supuesto, después de darme mi madre la buena noticia.

Dora tragó saliva.

—¡No creo que a tu madre le pareciera precisamente una buena noticia!

¿Qué le habría dicho Griffin a Charlotte exactamente de su «compromiso»?

Charlotte se echó a reír.

—¡No pienso decirte lo que me dijo mi madre al respecto! Y, además, no he venido aquí a hablar de mi madre —añadió enérgicamente—. Stuart y yo vamos a dar una cena de despedida mañana por la noche en casa de Stuart y, por supuesto, queremos que vengáis Griffin y tú.

Dora estaba encantada de ver a Charlotte, por supuesto, pero ni por asomo quería cenar con ella, su marido y Griffin.

—No lo sé...

—Lo mismo me dijo Griffin. Y por eso me pidió que te lo preguntara —asintió Charlotte—. Me dijo que hoy estaría fuera, pero que volvería a tiempo para la cena de mañana. Dice que si a ti te parece bien, a él también. Por favor, dime que no tenéis otros planes —le rogó, agarrando a Dora de las manos—. Stuart y yo nos vamos a Nueva York el lunes y sería maravilloso poder estar todos juntos mañana por la noche.

¿Griffin le había pedido a Charlotte que hablara con ella...?

¿Qué debía decir? ¿Por qué no le había dicho a su madre que sencillamente su compromiso no era real, que solo lo había inventado para que lo dejara tranquilo? Pero había dejado la decisión de aceptar o no en manos de Dora, asegurándose al mismo tiempo de que no podría llamarlo para saber qué estaba pasando.

Miró a Charlotte con indecisión. Mentiría si dijera que no quería volver a ver a Griffin. Lo había echado mucho de menos en esas tres semanas, y ni siquiera el éxito de la tienda había llenado el vacío que Griffin había dejado al marchar. Además, estaba claro que no le había contado a Charlotte la verdad. ¿Entonces, por qué hacerlo ella?

—De acuerdo, Charlotte —aceptó antes de que le diera tiempo a arrepentirse.

En lo único que pensaba ya era en que iba a volver a ver a Griffin al día siguiente.

—¡Estupendo! —Charlotte sonrió—. Stuart vendrá a recogerte.

—No hace falta —Dora sacudió la cabeza.

—Por supuesto que sí —le dijo Charlotte—. Griffin llegará un poco tarde e irá directamente a casa de Stuart y no creo que sea muy buena idea que te lleves el coche. ¡He comprado varias botellas de champán!

Y según se sentía Dora en ese momento, quizá bebiera más de la cuenta.

—¿Estás segura de que a Stuart no le importará? —frunció el

ceño.

—Fue él el que lo sugirió —Charlotte sonrió—. ¡Seguramente es su manera de librarse de tener que ayudarme con los preparativos de última hora! De lo que no se da cuenta es de que prefiero estar un rato sola para organizado todo tranquilamente. ¿Te parece bien a las siete?

—Muy bien —aceptó Dora.

La verdad era que no tenía ningún plan para ese fin de semana.

—¡Maravilloso! —Charlotte parecía muy satisfecha consigo misma—. Bueno, te dejo ahora; estoy segura de que tienes un montón de cosas que hacer.

No precisamente. En realidad, el silencio de su casa cayó sobre ella en cuanto entró media hora después.

Aunque, en realidad, tenía muchas cosas que hacer para mantenerse ocupada; aún le quedaba por arreglar las cosas de su padre. Y ya iba siendo hora de que lo hiciera.

Charlotte había dicho que Griffin estaba fuera. ¿Con quién? ¿Estaría otra vez con Amanda Adams...?

« ¡Basta!», se dijo con severidad.

Tenía que dejar de pensar en Griffin. Si no lo hacía, se volvería loca.

Aquel sábado Dora no fue capaz de ponerse a arreglar las cosas de su padre, pero el domingo por la mañana decidió no demorarlo más. Además, tenía que mantenerse ocupada hasta esa noche para no volverse loca.

Dos horas después Dora estaba sentada en el suelo de la habitación de su padre, totalmente aturdida, con uno de los cajones de la cómoda en el suelo delante de ella. En la parte de atrás del cajón había encontrado un sobre marrón en el que aparecía escrita la palabra Confidencial. Tras varios minutos de indecisión, Dora decidió ver lo que había dentro.

Encontró dos sobre en el interior y al principio pensó que podrían ser cartas de su madre a su padre. Pero los matasellos de ambas cartas eran posteriores a la muerte de su madre.

Nada más abrirlas Dora se quedó de una pieza al ver que ambas estaban firmadas por Griffin Sinclair. Se fijó de nuevo en los matasellos. Una de las cartas era de tan solo dos meses después de su encuentro en Dungelly Court y la otra, de seis meses después.

No tenía idea de que Griffin hubiera escrito a su padre, y menos aún dos cartas.

¿Qué significaba todo eso?

El único modo de averiguarlo era leer las dos misivas y, con manos temblorosas, eso fue exactamente lo que hizo.

CAPÍTULO 10

HOLA, Griffin —Dora lo saludó con voz sensual. Stuart se había ido a la cocina a ayudar a Charlotte después de acompañar a Dora al salón, donde solo estaba Griffin.

Se sentía tan nerviosa. Quería verlo, necesitaba verlo, pero hubiera preferido que las circunstancias no fueran las que eran. Deseaba hablar con él en privado, pero de ninguna manera podía hacer eso allí, ya que habían ido a cenar con su hermana y el marido de esta.

Griffin parecía receloso, sin saber cuál sería la reacción de Dora al ir allí a cenar en calidad de prometida suya, cuando en realidad llevaban tres semanas sin hablarse.

Pero había más. Si a Dora las últimas tres semanas le habían resultado insoportables, tampoco Griffin parecía que lo hubiera pasado mucho mejor. Tenía la cara más delgada, demacrada casi, y ya no lucía aquel aspecto bronceado y saludable.

Sus ojos habían perdido ese brillo tan característico, como si en la vida ya no encontrara nada que lo hiciera reír. En realidad, esa noche Griffin aparentaba sus treinta y cuatro años.

—Dora —la saludó de manera distante.

No cojeaba en absoluto, y las muletas habían desaparecido.

—Veo que tienes mejor el tobillo, ¿no? —observó alegremente, intentando ocultar lo mucho que le había dolido que la llamara Dora en lugar de Izzy.

—Sí, gracias —contestó Griffin con frialdad, mirándola con recelo—. Así que si estás preocupada pensando que voy a demandarte por perjuicios...

—No estoy en absoluto preocupada por eso, Griffin —protestó.

¡Tenía tanto que decirle! Aún no había asimilado del todo el significado de esas cartas que Griffin le había escrito a su padre.

¿Y tenía el valor de culpar a Griffin por sentirse como se sentía?

Ambos le habían dicho a Griffin que saliera de su vida; primero su padre, y luego ella misma. Al principio se había sentido sorprendida y, seguidamente, feliz por el contenido de esas cartas que se había llevado en el bolso. Pero esas cartas habían sido escritas hacía algún tiempo; quizá Griffin no sintiera ya lo mismo que antes...

Lo miró de modo inquisitivo, tratando de averiguar lo que sentía a través de aquella expresión severa que reflejaba su rostro, o en la fría mirada de sus ojos verdes. No encontró nada allí aparte de

amargura, algo que no había visto antes en Griffin.

—Griffin...

—Aquí estamos —anunció Charlotte, que en ese momento entraba con una bandeja de canapés calientes, retrasando para otro momento lo que Dora quisiera decirle a Griffin—. Stuart va a traer el champán para brindar por vuestro compromiso —les dijo a Dora y Griffin emocionada—. ¡Estoy tan contenta de que los dos os hayáis juntado por fin!

Dora miró a Griffin disimuladamente. Desde luego no parecían una pareja que acabara de comprometerse. Pero Charlotte, tan feliz como estaba, parecía ajena a cualquier problema entre ellos dos.

—¡Por vosotros! —brindó, cuando todos tuvieron una copa en la mano—. Pensé en invitar a mamá esta noche...

—dijo en tono burlón—, pero no quería que nos aguara la fiesta —añadió con malicia.

Dora se estremeció al oír mencionar el nombre de Margaret Sinclair. Griffin tenía razón; su padre y la madre de él se parecían mucho. Ninguno de ellos había dejado que sus hijos encontraran el amor a su manera, y ambos habían urdido planes y albergado ambiciones para ellos.

La velada fue una mala experiencia para Dora. Griffin apenas habló y ni siquiera la miró, y la esperanza de poder hablar con él, esperanza que las cartas de Griffin habían avivado en ella, se desvaneció según iba avanzando la noche.

—En cuanto decidáis la fecha de la boda, nos lo hacéis saber —les dijo Stuart cariñosamente antes de despedirse—, para reservar los pasajes de avión.

—No nos la perderíamos por nada del mundo —Charlotte añadió emocionada, mientras ella y Stuart acompañaban a Griffin y Dora hasta la puerta.

¡La boda! Dora gimió para sus adentros mientras abrazaba a los recién casados y les deseaba suerte en América. Las posibilidades de que Griffin y ella acabaran casándose eran casi nulas.

Ambos bajaron en silencio en el ascensor.

Charlotte y Stuart pensaron que Dora volvería a casa con Griffin y, después de la velada tan triste que había pasado, no había tenido el valor de decirles lo contrario.

Ya buscaría un taxi en la calle. Sin duda, Griffin no querría llevarla a casa.

Pero, primero, al menos tenía que intentar hablar con él y hacerle saber que jamás se había enterado de la visita a su padre, ni

de las cartas que le había enviado.

Al llegar al vestíbulo ni siquiera fue capaz de mirarlo; Griffin parecía inabordable.

—Siento lo que ha pasado arriba —finalmente, fue él el primero en hablar—. Charlotte me llamó ayer justo cuando iba a salir en un viaje de trabajo, y no tuve tiempo de contarle nada —sacudió la cabeza—. Me sorprende que no le dijeras la verdad, ahorrándote así el tener que seguir fingiendo ser mi prometida —añadió con severidad.

—Necesitaba verte, Griffin —aspiró profundamente—. Me encontré estas cartas en el dormitorio de mi padre; creo que son tuyas —dijo mientras metía la mano en el bolso y sacaba las dos cartas.

Griffin las miró y se vio que las reconoció por la cara que puso.

—No lo creo. Las cartas pertenecen a la persona a quien han sido enviadas, no al remitente —dijo con brusquedad.

Dora se sintió desesperada.

—Griffin… —se humedeció los labios—. No tenía ni idea… Mi padre nunca me dijo nada —tragó saliva—. Nunca me enteré de que habías intentado encontrarme después de aquella noche en Dungelly Court.

En la primera carta, Griffin le decía eso a su padre. También le decía que estaba enamorado de ella…

Esa mañana, cuando había leído las dos cartas, no había podido creerlo. Griffin se había enamorado de ella hacía dos años y había ido en su busca para decírselo. Pero primero se tropezó con su padre, y este le mintió… ¡No le extrañaba que le hubiera tomado tanta manía!

Griffin se encogió de hombros.

—Creo que ya no importa —dijo con recelo.

¡Por supuesto que importaba! Una de las cosas que siempre le habían molestado era que nunca hubiera intentado ponerse en contacto con ella después de separarse aquella primera vez.

—Sí que importa, Griffin —protestó acaloradamente—. Mi padre te dijo que iba a casarme con otra persona cuando te presentaste en casa a buscarme.

En la primera carta, Griffin le agradecía que le hubiera hecho saber del compromiso. También le pedía que lo avisara si esa situación variaba.

Griffin se encogió de hombros de nuevo.

—Yo ya medio me lo esperaba. Tú me habías dicho que había un

hombre en tu vida.

—¡Yo me refería a mi padre! —le explicó—. Yo... Me asustaste en Dungelly Court; jamás había conocido a nadie como tú...

—A mí me pasó lo mismo... —añadió él.

—Tenías razón. No me permitía a mí misma ser Izzy, es decir, sentirme atraída por ti —añadió con torpeza.

—¡Asustaste a la pobre Dora!

—Al cuerno con Dora —dijo con impaciencia—. Griffin, no estaba prometida...

—Pero lo estuviste seis meses después —le recordó con gravedad —. ¡Te prometiste con mi propio hermano! Tu padre debió de disfrutar mucho con la ironía. Cuando le pregunté por qué me había mentido seis meses antes, me dijo que yo no era lo suficientemente bueno para ti, que ni siquiera tenía un trabajo en condiciones, y tampoco un sitio donde vivir. Quería algo mejor para su única hija que un escritor de guías de viaje sin casa propia. ¡Mi hermano Charles y su carrera política le parecían mucho mejor! —añadió con gravedad.

Dora había visto el tono de la segunda carta. Griffin estaba enfadado con su padre por las mentiras que le había contado. Pero también le decía que aceptaba el compromiso de Dora y Charles y que jamás haría nada para interferir entre ellos.

Su padre debería haber deducido de esa carta el tipo de hombre que era Griffin: un hombre de palabra y sincero. ¡Desde luego mucho más de lo que lo había sido su padre!

Pero el señor Baxter los había mantenido apartados el uno del otro adrede durante dos años, y de no haber encontrado esas cartas, quizá hubiera seguido haciéndolo. Si no era capaz de llegar al corazón de Griffin en ese momento, si él ya no sentía lo mismo hacia ella, entonces quizá su padre acabara ganando...

Siempre había pensado, a pesar de su reserva, que su padre la amaba. Y quizá lo había hecho. Pero había sido un amor posesivo y destructivo, un amor que no le había dado la libertad de amar a la persona elegida. Porque dos años atrás se había enamorado de Griffin, y después había enterrado ese amor al pensar que para él su encuentro había sido un juego.

Miró a Griffin con los ojos brillantes, a punto de llorar.

—Es demasiado tarde, ¿verdad? —le dijo, dándose cuenta al tiempo que hablaba que Griffin no parecía ya el mismo hombre que había conocido, que había amado...

Griffin suspiró con impaciencia.

—¿Demasiado tarde para qué, Dora?

Al oír aquel nombre en sus labios sintió un tremendo dolor. Y estaba segura de que eso era lo que él pretendía. Llevaba todo aquel tiempo amándola y ella no había hecho más que apartarlo de su lado.

—Lo que tu padre hizo con nosotros estuvo mal —asintió secamente—. Pero quizá nos hizo a ambos un favor. ¿Cuántas veces me has dicho tú misma lo poco que nos convenimos? —añadió con aspereza.

Dora y Griffin quizá no. ¿Pero... y Izzy y Griffin?

La traición de su padre la había sorprendido y dolido al mismo tiempo, pero lo que más la había asombrado era el hecho de que Griffin se hubiera enamorado de ella. Su padre había muerto, pero ellos estaban vivos. Y no pensaba marchar hasta que Griffin no le dijera él mismo que ya no la amaba.

—Mi colección de unicornios está ahora en la vitrina del salón, Griffin —le contó tranquilamente, esperando que se diera cuenta de lo que intentaba decirle.

El hecho de encontrar aquellas cartas había liberado a Izzy, y no tenía intención de volver a ser Dora nunca más.

Él tragó saliva.

—Me alegro por ti —murmuró desapasionadamente.

Como ya tenía los ojos llenos de lágrimas, lo veía bastante borroso.

—¡Ayúdame, Griffin! —rogó temblorosamente.

Él aspiró profundamente.

—¡No sé lo que quieres que haga! ¿Quieres entonces que hable con Sam? ¿Es eso...?

—¡Oh al cuerno con Sam! —dijo apasionadamente—. ¡Al cuerno con mi padre, y con Charles también!

Los tres hombres eran en el fondo iguales. Todos habían querido algo de ella, pero algo donde no había sitio para la felicidad de Dora ni para darle la oportunidad de ser ella misma.

Griffin jamás se había comportado así. En realidad, había insistido en no querer tener nada que ver con Dora. ¡Él tan solo había querido volver a ver a Izzy!

—Griffin, ¿es que no te das cuenta de que, de haber sabido hace dos años que me estabas buscando, o que mi padre te había echado, no me habría comprometido con Charles, ni hubiera salido con Sam? ¿No entiendes que me habría enfrentado a mi padre, o a cualquiera, para poder estar contigo? —estaba a pocos centímetros

de él—. Griffin, te quiero. Siempre te he querido. Solamente nunca pensé, hasta hoy, que pudieras amar a alguien como yo —gimió.

—¿Izzy…? —parecía de repente indeciso, una imagen muy distinta del Griffin que siempre había conocido.

—¡Sí…! ¡Soy Izzy! Oh, Griffin —lo agarró de los brazos en un gesto de súplica—. ¡Por favor, créeme cuando te digo que siempre te he amado! Incluso cuando estaba furiosa contigo podría haberte…

—¿Besado? —murmuró Griffin antes de hacerlo él con una pasión inigualable.

¡Griffin todavía la amaba! Lo notó allí, en la suavidad de su beso, en la primitiva emoción que ya no tenía necesidad de ocultar porque sabía que sus sentimientos eran correspondidos.

—¿Te quieres casar conmigo, Izzy? —se apartó de ella y la miró con inquietud, sin saber cómo había ocurrido todo aquello.

Ella le agarró la cara entre las manos, temblando ligeramente.

—Me habría casado contigo hace tiempo si me lo hubieras pedido. Me habría enfrentado a mi padre, a tu madre o a cualquiera que hubiera intentado detenernos. ¿Me crees? —alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

Él la miró también un momento y luego la abrazó con fuerza.

—¡Sí, te creo! Qué cantidad de tiempo hemos perdido, Isadora Baxter, futura señora Sinclair.

Dora se apoyó contra su pecho, sonriendo con malicia.

—¡A tu madre no le va a gustar ni un pelo!

—¿Qué fue lo que dijiste antes? ¿Al cuerno con mi madre? —Griffin se echó a reír—. Además, no creo que a mi madre le importe ya con quién me case. Le dije hace un par de semanas que no me metería en política de ninguna manera —le explicó—. Y que jamás me casaría con Amanda Adams…

—Pues parecía gustarte bastante en la boda de Charlotte —recordó Dora, sintiendo celos de nuevo.

Griffin sacudió la cabeza con pesar.

—Solo porque me di cuenta de que a ti no te había gustado ni un pelo.

—Pues claro que no —reconoció con impaciencia—. No puedo soportar verte con otras mujeres.

—Bueno, no volverás a verme —le aseguró en tono sensual.

Dora lo creyó, porque sabía ya sin duda que Griffin la amaba.

—¿Qué me estabas contando de tu madre? —le recordó suavemente.

—Ah, sí—murmuró divertido—. Con unos hijos tan decepcionantes mi madre ha decidido tomar ella cartas en el asunto. ¡Se va a casar con Jeffrey Adams para ser otra vez la esposa de un político!

Dora lo miró con incredulidad. ¡Qué lástima que a Margaret no se le hubiera ocurrido hacerlo antes!

—¡Sorprendente! —exclamó Dora finalmente.

—Más bien, conveniente —Griffin la corrigió con satisfacción—. Así en el futuro no tendrá tiempo de darnos la lata —añadió con alegría.

Jeffrey Adams no tenía idea de dónde se metía al casarse con Margaret. O quizá sí... Margaret había sido una buena esposa para Simón Sinclair, y Jeffrey Adams era desde luego un político ambicioso. Por lo menos, casándose con Margaret, Adams siempre tendría su apoyo. ¡Quizá llegara a ser primer ministro antes de lo imaginado!

—Griffin —murmuró Dora, incapaz de mirarlo a la cara mientras jugueteaba con uno de los botones de su camisa—. Después de que Charles... ¿Después de morir Charles, porque no... ?

—¿Porque no vine a declararte mi amor, a pesar de la oposición de tu padre? —hizo una mueca.

—Sí —lo miró a los ojos de modo interrogante.

—Pensé que quizá lo amaras.

—¡Pero si llevas semanas diciéndome que no lo amaba!

—Eso quería creer yo —reconoció Griffin con pesar—. No me importa si era así, Izzy...

—No, no es verdad —sacudió la cabeza—. Y tampoco lo es la impresión que he querido darte de que había tenido intimidad con algún hombre en mi vida —Dora se ruborizó—. Jamás, Griffin. Ni con Charles, ni con nadie.

Él la abrazó con posesión.

—Ahora sí —le aseguró con sensualidad.

—Primero tengo que contarte lo de Charles, explicarte lo que pasó —insistió con delicadeza—, Y después no volveremos a hablar de ello. Yo... Al principio me halagaron las atenciones de Charles. En realidad, aún estaba afectada por mi encuentro contigo en Dungelly Court —reconoció, respondiendo a su picara sonrisa con otra—. Charles era guapo, tenía éxito en su carrera, y me eligió a mí para compartirla con él —sacudió la cabeza—. ¡Pero todo se convirtió en una pesadilla el día que me enteré de que erais hermanos! Había oído hablar tanto del calavera del hermano

pequeño de Charles, del mujeriego...

—¿Recuerdas que hace unas semanas me dijiste que si empezábamos a hablar de nuestras relaciones pasadas, a mí me llevaría toda la noche contártelas? —la miró con intensidad al tiempo que ella asentía lentamente con la cabeza—. No ha habido ninguna mujer en mi vida desde que te conocí a ti en Dungelly Court. Es cierto, Izzy. Si no podía tenerte, desde luego no quería ninguna sustituta.

—Pero siempre llegabas a casa de tu madre con alguna los fines de semana —recordó con dolor.

—Cada vez con una distinta —dijo él—. Me temo que no era más que una técnica de camuflaje, Izzy. Si ibas a casarte con mi hermano mayor, yo no pensaba permitir que vieras el dolor que me estabas causando.

—Eso hace que este último año, desde la muerte de Charles, me resulte aún más incomprensible —lo miró, frunciendo el ceño.

—Pasaron diez meses y dos días hasta que volví a verte —Griffin la corrigió—. Además, quería que te sintieras completamente libre de tus relaciones pasadas antes de aparecer de nuevo en tu vida. Y, a pesar de que los motivos de tu padre podían haber sido erróneos, después de pensármelo bien decidí que era mi responsabilidad demostrar que era capaz de ser el tipo de yerno, el tipo de marido, que tu padre deseaba para ti. Por eso alquilé el apartamento y firmé un contrato con la televisión. ¿Cómo iba a imaginar que saldrías con otro antes de volver yo a tu vida convertido en un hombre nuevo? —le echó una mirada de reproche.

Si Dora hubiera tenido la oportunidad, se habría casado con él dos años antes, hubiera tenido o no casa y un trabajo permanente.

—Ya hemos hablado de Sam —dijo sonriendo—. Él era para mí lo mismo que para ti esas mujeres. Bueno, cambiando de tema, ¿dónde vamos a vivir después de casarnos? —quería dejar el pasado precisamente donde debía estar—. No podemos vivir en casa de mi padre.

—En realidad, ya es tu casa, pero estoy de acuerdo contigo —Griffin hizo una mueca de disgusto al pensar en ello—. Y el apartamento tampoco es adecuado. Compremos una casa nueva, un sitio grande donde poder vivir a gusto con nuestros hijos. Con muchos hijos —añadió—. Todos tan guapos como su madre.

¡Griffin también deseaba tener hijos!

—¿Te acuerdas de que una vez me preguntaste por mi madre? —dijo Dora—. ¿Por su forma de ser? —dijo sonriente—. Bueno,

pues era extrovertida, vivaz, le encantaban las bromas y amaba la vida.

—¿Como yo? —Griffin se dio cuenta de lo que estaba intentando decirle.

No se había enamorado de un hombre como su padre, como había sido Charles, sino de una versión masculina de su madre...

—Te quiero, Griffin Sinclair —le dijo con sensualidad, sabiendo que era el hombre ideal para ella.

—Y yo a ti, Izzy Baxter —le aseguró—. Con todo mi corazón, y para toda la vida.

Sí, la amaba. Izzy no lo dudó ni un momento, y supo también que jamás lo dudaría.

A partir de entonces, sería Izzy, una mujer que ya no tenía miedo a amar ni a ser amada. Al menos, no si era Griffin a quien amaba y él quien la amaba a ella.

—¿Y si nos vamos de aquí? —murmuró Griffin con voz ronca—. ¿Y te demuestro lo mucho que te amo?

—Sí, por favor —aceptó con timidez.

Él se echó a reír.

—Y mañana, cariño mío... Mañana vamos a salir y te voy a poner un anillo de compromiso aquí en este dedo —le besó el dedo anular de la mano izquierda—, ¡Y dentro de poco una alianza!

Dora lo estaba deseando. ¡Ya habían perdido demasiado tiempo!

—Sí, por favor, eso también —le dijo muy contenta mientras salían a la noche estrellada, agarrados de la mano.

Juntos.

Para siempre.